Fray Mocho

Revista Semanal



N.º 846

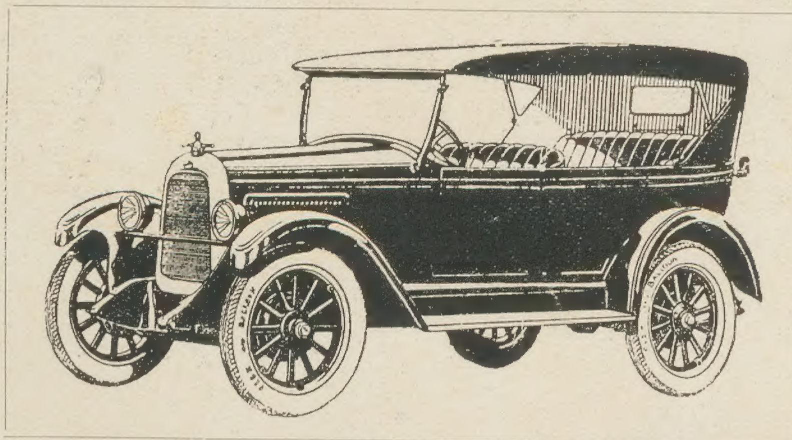
1816 - 9 DE JULIO - 1928

Un Hecho Sin Precedente



En 1926 se dijo que el Whippet era el coche del futuro. Y así fué. Dos años después los elementos de su categoría incorporaron parcialmente sus características pero, mientras algunos de éstos mantenían sus precios anteriores y otros lo aumentaban, surge el Whippet perfeccionado y el precio más reducido, al par que, en virtud de esos acontecimientos se aquilata su valor intrínseco, toda vez que no tuvo necesidad de sufrir una nueva y total experiencia mecánica, ya que se había anticipado técnicamente a su tiempo, ofreciendo, así, mayor confianza y una inversión más conveniente en calidad, en precio y en economía de combustible.

Whippet
Perfeccionado



AGENCIAS Y REPUESTOS EN MAS DE 300 PUEBLOS DE LA REPUBLICA

Si en su localidad no hay agente, escríbanos

HAMPTON, WATSON y C^{ÍA}

Salón de Exposición y Ventas:
CERRITO 702

BUENOS AIRES

Oficina, Talleres y Repuestos:
B. PEREZ GALDOS 126

Sucursal en Santa Fe:
SAN MARTIN 2628

Sucursal en Mendoza:
LAVALLE 28



FRAY MOCHO



Fundado el 3 de Mayo de 1912. — Dirección y Administración: Cerrito 607

Año XVII — Buenos Aires, julio 10 de 1928 — N.º 846

LA ESTIRPE GLORIOSA, por Rojas

Un ósculo fraternal
que el patrio pendón cobija,
selló, en supremo ideal,
la unión espiritual
de la madre y de la hija.

Los zuecos nuevos

Por Jean Rameau

¡Lindos zuecos de madera barnizada, zuecos rosados como pantorrillas de niño, perfumados como la piel de una señorita, de nariz respingada, que parecéis reir en el extremo de los pequeños pies, zuecos de "clic clacs" sonoros que parecéis reír en el extremo de los pequeños pies, zuecos de "clic clacs" sonoros que parecen cantar sobre los grandes caminos! ¡Divinos zuecos nuevos! ¡Qué fervientes letanías murmuraba el corazón de Bautistín al acercaros! ¡El, que os adoraba, que os deseaba tanto, sin poderos conseguir

No, nunca Bautistín había tenido zuecos nuevos. Y quizá por eso sus ojos parecían destinados a una tristeza eterna.

Bautistín tenía un hermano un año mayor que él, y para ese hermano eran siempre los zuecos, las gorras, los trajes nuevos. Cuando el pie del hermano era demasiado grande para la gorra o sus espaldas muy anchas para las blusas, la mamá, que era una mujer económica, pasaba todo, zuecos, gorras y trajes a Bautistín. Y el hermano menor estaba vestido constantemente con los desechos del mayor, Emilio.

Por las gorras y los trajes, Bautistín no se atrevía a rebelarse. No sabía muy bien que una gorra costaba cara, treinta sueldos lo menos. ¿Y el traje? A veces tres francos cincuenta. Pero los zuecos no valen más que doce sueldos el par, en casa de Davignau, el zuequero, hasta los que tienen tacos como las botas, hasta los de nariz respingada.

Un día que acababan de darde los zuecos viejos de Emilio, zuecos ñatos, con hendiduras en los talones, zuecos cuyos "clic clacs" roncos no sabían ya cantar a lo largo de los caminos, Bautistín se sintió tan desgraciado, que tomó un gran partido.

Corrió, descalzo, hasta la casa de Davignau, el zuequero. Entró con mucho valor, saludó a la señora Davignau, declaró que el tiempo era favorable para la viña; luego, después de haber carraspeado tres veces para darse ánimo, anunció:

—Yo venía a encargar un par de zuecos...

—¿Un par de zuecos? — preguntó la señora Davignau. —Muy bien. ¿Para quién son?

—Para mí.

—¿Para tí? Bueno. El señor Davignau no está; pero voy a ordenar que te tomen la medida.

La señora Davignau abrió una puerta y llamó:

—¡Melania!... ¡Melania!... Ven a tomar la medida para un par de zuecos.

Acudió Melania. ¡Oh! Bautistín la conocía bien. Era linda, Melania Davignau; crecida, cortejada ya. Tenía ojos preciosos y era agradable volver con ella de misa, oyéndola hablar; tan agradable, que Bautistín la hubiera seguido así hasta el fin del mundo.

Melania preguntó:

—¿Son para tí, Bautistín?

—Sí, para mí.

—Bueno... Pon el pie en el suelo... Apoya fuerte... Eso es...

Melania se inclinó, flexible como un junco sobre el que se posa una abeja; tomó el tobillo de Bautistín con su mano izquierda; en seguida hizo con la derecha dos señales en el suelo: "ris ras", una en el talón y otra en la punta del pie.

—¿Los quieres justos o un poco grandes?

—Un poco largos, me hace el favor... — respondió el ambicioso Bautistín, — y anchos también... y, sobre todo, con la nariz muy alta.

—Muy bien, Bautistín. Quedarás contento. Ven a buscarlos pasado mañana.

Sin embargo, el niño se había puesto rojo como si hubiera cortado una carrada de juncos.

Carraspeó confuso, y, después de haber parpadeado dos o tres veces, dijo en voz baja:

—¿Cuánto costarán?

—Para tí, Bautistín, diez sueldos.

—¡Diez sueldos! — murmuró el niño.

Y cerrando a medias los ojos, murmuró:

—¿Me permitirá usted que los pague con trabajo?... Quizá yo no tendré diez sueldos pasado mañana; pero puedo venir a trabajar a su casa un día o dos, los que usted quiera. Sé cortar juncos, ordeñar las vacas, cortar leña, carpir la viña, desgranar maíz...

Melania sonrió a todas aquellas hermosas proposiciones del niño, y su voz dulce de oir como un cántico, contestó:

—No te preocupes Bautistín... Ya nos arreglaremos... ¡Hasta pasado mañana!

* * *

¡Oh, qué lindos zuecos encontró hechos para él dos días después!

Dos zuecos redondos, con el interior rosado, oliendo a madera nueva. ¡Y qué nariz tenía! Una nariz alta, respingada, burlona, que parecía decir a todos los zuecos de los alrededores: "¡Qué lindos somos!, ¿eh, compañeros? Pues somos para Bautistín...! ¡Vamos! Llévanos. Pon tus pies en nuestros huecos que tienen tan buen olor. Vas a ver qué bien te quedamos. Cantaremos "clic clac" en los caminos. ¡Pruébanos, Bautistín!" Se atrevió. Metió sus pies en la madera rosada. Y sus pies fueron tan dichosos que se creyeron en el paraíso.

—¿Te quedan bien? — preguntó Melania, con su voz angelical. — ¿Estás contento, Bautistín?

¡Si estaba contento!...

Pero sus previsiones se habían, ¡ay!, realizado. No tenía los diez sueldos. Su vergüenza fué tan grande que acudieron lágrimas a sus ojos.

Pero la joven Melania había comprendido lo que lo preocupaba.

—¡Ven! — le dijo.

Y después de conducirlo al pie de una gran higuera, le preguntó:

—¿Sabes juntar higos, Bautistín?

—¿Juntar higos?...

—Sí..., si sabes, sube a ese árbol y junta algunos. Es así cómo me pagarás tus zuecos. Y come los que quieras.

* * *

Aquella tarde, Bautistín entró a su casa, repleto de higos, hasta el punto de sentirse pesado.

¡Qué ricos eran los higos de Melania! ¡Y qué hermosos los zuecos! Para no echarlos a perder, se los había sacado cuando llegaba a algún paraje donde había barro.

Y aquella noche, después de la comida, los lavó, los secó, los hizo brillar; después los puso al borde de la cama, contra la pared. Pero al día siguiente Bautistín no encontró sus zuecos.

—¡Ah! — dijo, abriendo muy grandes sus ojos tristes.

¿Y qué fué lo que vió cinco minutos después al salir del cuarto? ¡Sus zuecos nuevos en los pies de Emilio.

Y aunque era el más pequeño, el más débil, se atrevió a decir al hermano mayor:

—¡Devuélveme mis zuecos!

—¿Son tuyos?

—Sí, son míos... Me los dió ayer Melania Davignau.

—¡Ah! ¿Te los dieron ayer?... Bueno... ¿Y eso qué prueba? Si fueran para tí serían más chicos. Te los han dado para mí. ¿No es cierto, mamá?

Y la mamá, después de haberlo pensado, contestó:

—Es claro... Son un poco grandes para tí, Bautistín. Es mejor que los use Emilio.

Y viendo que el hijo menor lloraba, la madre le dijo con su voz más cariñosa:

—¡Consuélate! ¡Vamos!... Te los devolverá el año que viene.

LAS NAVES

Se infló en el mar el vientre de las velas
preñadas por un viento de esperanza;
y, el rumbo hacia la incierta lontananza,
partieron las audaces carabelas...

El alba, entre la gloria de sus telas,
insinuaba presagios de bonanza,
pero la mar, rugiente de venganza,
lanzó ante aquellas naves sus procelas.

Bogaron... y escrutaba en la cubierta
la inmensidad el que en la mar desierta
fuera un loco genial para la historia;

hasta que, al fin, entre celajes rojos,
la nueva tierra apareció a sus ojos,
bella promesa de futura gloria.

LA LIBERTAD.

Todo, América, obliga en tus cabañas
a amar la Libertad: el sol que brilla
sobre las puras mieses de la trilla,
que arrancara el labriego a tus entrañas;

el pampero que sopla en tus campañas,
llevando hacia los surcos la semilla;
el mar que brama en tu grandiosa orilla;
el cóndor de tus épicas montañas...

Y si ella fecundó tus soledades,
no la quieras matar en tus ciudades,
hoy que resurge en la eclosión plebeya,

pues cuando ella reinó en tu campo abierto,
hizo con los centauros del desierto
la gesta sin igual de tu epopeya!

Ricardo ROJAS

España y la fecha de la Independencia Argentina

¡9 de Julio! Alegrémonos, como argentinos, en una fecha que es inmensa, no sólo por su alcance en la historia americana, ya que ella significa la libertad inscripta con rúbrica definitiva, sino también en su amplia representación en la conquista de los más altos ideales humanitarios. El 9 de Julio es fecha que escapa al constreñido límite de la frontera patria, y, que, enalteciendo al pueblo que le dió su aliento de Independencia, figura con carácter de fiesta en el calendario de todas las naciones libres del mundo. El 9 de Julio es fecha realizada de verdad en el destino de la República, soberano, preciso, como la determinación y el anhelo de los convencionales del Tucumán, ciudadanos todos de la prosapia heróica que definió la conciencia argentina, revelando su profunda personalidad moral y política. El júbilo con que escucharon su clamor las Provincias Unidas del Río de la Plata, repitióse hondamente a través de nuestras generaciones, adquiriendo volúmen frente al tumulto del tiempo que no respeta nada que carezca de fuerza inmortal, de imperecedera consistencia, ni cede tampoco ante el error histórico, la hazaña infructuosa a la algarabía transitoria. Su puesto en la vanguardia de la civilización contemporánea, que la Argentina afirmó con el esfuerzo de sus hijos y la contribución desinteresada de las falanjes que vinieron a poblarla y quererla, es puesto que justifica el 9 de Julio como la fecha inolvidable, que celebra la libertad internacional. Comparten su proclamación todas las naciones del mundo. Es etapa cabal en el camino que escalona la humanidad entera, guiada con renovada fe hacia el aspirado consorcio de la paz, el trabajo y la justicia. El 9 de Julio es la fecha de la Argentina, en la sucesiva esperanza que animó a los hombres por el derrotero del derecho común. Cuando sellamos nuestra Independencia, palabra devota que tiene sin embargo, arranque de ímpetu estallado, de reconcentración que salta luego en pujante borbollón, sellamos asimismo el pacto de libertad que nos ha tocado cumplir, y que cumpliremos siempre como Nación soberana. Somos hoy el pueblo grande que prometimos; grande tanto por su desarrollo físico cuanto por su espíritu de bien y su cultura indiscutible. ¿Cómo negarlo, si la realidad habla de ello por nosotros y supera la concepción de nuestros mayores y del mundo que nos vió surgir gloriosamente? La República alcanza ya la categoría de potencia soñada por los prohombres que suscribieron nuestra libertad en la venerable casa histórica del Tucumán; la República colma ya el anhelo de sus patricios; la República es ya, a un centenio apenas del 9 de Julio de 1816, el pueblo fuerte, libre y humanitario, cuya Independencia proclamaron con jubilosa y angustiada voz los representantes de las Provincias Unidas del Río de la Plata, congregados bajo la advocación de la Providencia en uno de los momentos difíciles de nuestra historia.

¡Alegrémonos, pues, y pongamos en el asta nuestro entusiasmo generoso! ¡9 de Julio, afirmación creciente de libertad, nuestra bandera de cielo cubre a todos los habitantes libres del mundo y reitera que la raza revive en nosotros con una permanencia que será eterna! ¡9 de Julio!

* * *

España ha comprendido y sufrido con amor nuestra Independencia. Está a nuestro lado, en la celebración del acontecimiento; y ahora como nunca, porque la Argentina ha demostrado ser digna de su conquista libertaria y de la tradición gloriosa de la metrópoli ibérica, "dónde jamás se puso el sol ni se arriaron las insignias".

El tiempo ha deparado a España el lugar cierto que le correspondía: late en la Argentina con vibración filial, en el reconocimiento sereno de sus títulos, el idioma y la naturaleza étnica, que le asignan derecho definitivo a nuestra gratitud y nuestra simpatía. Español es el ambiente que respiramos en el período largo de la Colonia; española es la lengua que nos identifica como argentinos desde el primer momento de conciencia patria; española es la bizarría con que defendimos nuestra esperanza de pueblo libre; españoles eran nuestros mayores, y españoles somos nosotros. Su ley de herencia superior a toda voluntad, que acatamos con alegría profunda, por la grandeza y la dignidad inmortal de España, que se proyecta a las naciones americanas de su orígen. Digamos que nos enorgullecemos de España, la madre histórica, que avanza hacia su apogeo, dirigida por la mano férrea y noble del General D. Miguel Primo de Rivera.

Pocas soberanías se han prolongado en el espíritu, como esta que España mantiene en su progenie americana. Los grandes ingenios han desaparecido con la caída del poderío bélico, de la posesión de hecho. Pasaron, no dejando huellas de su dominio o no dejando otras huellas que el dolor del vasallaje humillante. La historia repite con igual exactitud el esplendor y la miseria de formidables ingenios, cuyo destino es la execración porque únicamente representaron el espíritu de conquista, definitivamente desalojado del derecho.

España es la excepción; España es el ejemplo del imperialismo, entendido no como simple fuerza material, sino más bien como fuerza moral y aún como fuerza de la inteligencia. Su dominación en América, mundo que indagó y descubrió en el horizonte



El Congreso de Tucumán, en el acto de proclamar la Independencia Argentina, el 9 de julio de 1816. —(Dibujo de Zavattaro)

por el valor aventurero y romántico de sus navegantes, ha dado frutos maduros. Su espíritu perdura en las jóvenes nacionalidades americanas, idénticas e inseparables entre sí por la comunidad de raza, de organización política, de intereses y de destino.

Cuadra significarlo precisamente con referencia al 9 de Julio, la fecha de nuestra soberanía. Cuando un pueblo como el nuestro diseña sus rasgos, en fisonomía terminante, conviene decirlo. La República no ha desnaturalizado su origen étnico, a pesar de la poderosa influencia de múltiples factores de distinta índole. Estamos unidos a España por una tradición histórica que nos honra, y a intensificarla tiende toda nuestra voluntad y nuestra fé. Tal es el concepto arraigado en nosotros, que España cultiva y evidencia recíprocamente.

* * *

Los últimos años fueron en ese sentido decisivos. España abrió a América, principalmente a la Argentina, la amplitud de su cordialidad. Los vínculos naturales y materiales, ya de suyo considerables, ahondáronse hasta la raíz racial, despertando el claro sentimiento espontáneo y mútuo que se pone de manifiesto en circunstancias tan diversas como la adqusisción de unidades navales o la concurrencia solidaria a asambleas internacionales, políticas, literarias o científicas. Débese, en primer lugar, a la tesonera acción del General D. Miguel Primo de Rivera. Su inteligente comprensión de las relaciones hispanoamericanas lo llevó a encarar el problema desde el punto de vista práctico, haciendo eficaz obra de intercambio que así como es contratación de negocios, es influjo cultural, por medio de libros, de profesores, de conferencias. Supo el Gobierno de la España actual interpretar un problema que sus antecesores, con hallarse noblemente inspirados, malograban a veces en mérito a una salida retórica más o menos certera. Su acción no fué, por otra parte, de exclusiva tendencia al desenvolvimiento del espíritu español en América. Hizo más, el General D. Miguel Primo de Rivera: consiguió también que fuera América a España, dándola a conocer en sus verdaderos valores y auspiciando cuanto propósito de difusión de su producción e inteligencia se intentase. España y América trabaron mediante su sabia política un constante acuerdo, que les indica una ruta paralela en la historia de la civilización occidental. El 9 de Julio lo recuerda, en la plenitud formidable lograda por el mundo hispano.

Pronto se observará el alcance de la obra realizada por el General D. Miguel Primo de Rivera en lo que atañe a las relaciones de España y América. Nos falta ciertamente, la perspectiva necesaria; pero como ella se traduce en incalculables beneficios para nuestros pueblos, no dejará de ser juzgada en sus merecimientos.

Nosotros nos adelantamos a hacerlo en la deshilvanada nota presente, donde nuestro patriotismo, exaltado por la fecha eterna de la Independencia, nos acerca a España y a su gloria.

EVOCACION

Por Julio Acosta

Por angosta callejuela de Buenos Aires colonial, envuelto en oscura capa, avanza un caballero de fina catadura y ademán resuelto. La recia espada, iluminada a veces por la luna despide argentinos reflejos y, roja, una pluma se mece gallardamente sobre el sombrero.

A su paso, cuando la bota tropieza en el piso desigual óyese el tintineo débil de la espuela.

Al fin de la vía, frente a la magnífica mansión de su alma, se detiene y velado tras la sombra espesa de tupida enredadera a la dama que le espera: "Bella Isabel, le dice, de tus valientes hermanos y de tu noble padre arrostrando el enojo vengador, habiendo seguido tus pasos desde nuestra lejana España hasta las riberas del risueño Plata, guiado tan solo por tus promesas de cariño, vengo, dueña mía, a requerir las pruebas de ese amor. Bien sabes que del ejército real abandoné las filas sólo por dejar el corazón cautivo correr tras su opresora.

Y heme aquí... Si al menos me dejaras beber el amor en la divina fuente de tus labios.

Mas ¿qué pasa? ¿Un importuno dirige sus pasos hacia acá?"

Al oír esto, cierra Isabel la ventana y desaparece sin ruido.

Otro caballero se acerca a la ventana y viendo junto a ella al amante le dice con altivez castellana: "Insensato. ¿ignoras la fuerza de mi brazo y que de doña Isabel soy el amante correspondido? ¿Qué buscas al pie de su ventana? Ah! pero cara vas a pagar tu osadía porque en breves instantes te habrá traspasado el pecho este rígido acero que sabe mucho de victorias. Soy Diego de Paredes".

Contesta el otro: "Soy Fernando de Charras y el único dueño del corazón de Isabel. La ofensa que has arrojado a su nombre no quedará sin venganza. No desconozco tu valor, mas del mío puedes informarte en las filas musulmanas."

Y sin decir más, echan mano a las espadas y se ponen frente a frente, tranquilamente, sin inmutarse cual si se tratara de un negocio mucho menos grave que el juego de sus vidas.

Cuando van a darse el primer golpe se abre la ventana y en ella aparece Isabel, quien arroja su mantilla entre los dos.

Detiénense, y, después de saludarla barriendo el suelo con la pluma de su sombrero dice don Diego: "aquel que después de la lucha conserve su vida cogerá este trofeo".

Recomienza la lucha, ágiles voltean las espadas chocando rudamente con sordo ruido. Muy pronto la de Fernando se hunde en el pecho de don Diego buscando el corazón. Cae sobre unas matas el infeliz, mientras la sangre enrojece la hierba y la vida se aleja de su pecho con presteza.

El vencedor coge la prenda; va a devolverla a su dueña que le dice: "¿Has vencido, Fernando? He aquí mis labios".

—"Líbreme Dios, señora, responde airado, ¿podéis amarme, si con culpable calma me habéis visto combatir con peligro de mi vida?

Si vuestro egoísta amor quería un sacrificio, sobrado tiene con la muerte del infeliz don Diego.

Si vais a amarme sólo por la destreza de mi brazo, mejor no me améis."

Y así diciendo, se alejó altivamente por la estrecha vía...

POR LA MADRE
(ANTE ESPAÑOLES)

Anda por mis venas algo
de vuestro genio divino,
que fué mi padre un hidalgo
traducido al argentino...
¡La copa, pues, de "bon" vino
que me dáis en este día,
estando en la mano mía
no chispea en mano extraña
como que es hijo de España
quien hijo es de la hidalguía!

Y aunque el decirlo no cuadre
al modernismo de agora
y a la enlutada señora
la desventura taladre,
siento al pensar en mi Madre
un orgullo fuerte y duro...
¡Por Don Gonzalo lo juro,
y bien en mi hogar lo abona
una mohosa tizona
que siempre pendió del muro!

Viejo acero toledano
que irradia a mis ojos luz
y acaso sintió en la cruz
el empuje de la mano
de algún recio castellano
que guerreaba a la gineta;
vieja espada que concreta
glorias que cantar no puedo:
la virtud hecha denuedo
y el denuedo hecho Poeta!

¡Cuántas veces, en la tarde,
ante ese girón cansado,
Españoles, he pensado
que solo en alma cobarde
puede caber un alarde
de desdén por el abuelo,
el duro abuelo español
que dió guerra a medio suelo
y está, lo mismo que el sol,
decorándonos el cielo!

¡Madre España que a los vientos
acometió con las velas
de sus locas carabelas;
España de los sedientos
capitanes, y los cruentos
lances en las tierras solas,
la que asombraba a las olas
divulgando por el mundo
con su penacho jocundo
la gracia de sus manolas!

¡Reina cubierta de canas
como su historia de justas;
la de las torres adustas
donde vibra en las campanas
mezcla de rezos y dianas,
sonando en los mismos sones
con las místicas endechas
el bravear de las legiones,
como si estuvieran hechas
las campanas con cañones!

¡La que sonríe en Sevilla
y renace en Barcelona
y en todas partes pregona
el esplendor de Castilla;
la de la airosa mantilla
que se derrama en la espalda,
la que hizo del sol su adorno
y de la mar su esmeralda
tiñendo de rojo y gualda
cuanto halló su vista en torno!

¡La que nos legara el casco
que ha de ceñir el latino
para cruzar el camino
luminoso de Damasco;
la del gallego y el basko,
firmes como la virtud;
la altanera, la quimérica;
la inverosímil, la homérica,
la vieja madre... salud,
salud en nombre de América!

BELISARIO ROLDAN

Las grandes riquezas nacionales

Nuestro petróleo

Tanto se ha dicho de la importancia del petróleo en el desenvolvimiento industrial contemporáneo, tantas veces se ha encarecido la trascendencia que para nuestra época tiene ese mineral, más rico mil veces que el oro mismo, que ha llegado — y esto es lógico — a entrar, a arraigarse en la conciencia popular, de modo tal que, sin conocerse, sin saber a ciencia cierta dónde radica ese poder inmenso e insubstituíble, se le da su exacto valor. Petróleo es hoy para el pueblo poderío y riqueza; savia que la Nación necesita para su engrandecimiento industrial y económico. De ese elemento depende, se ha dicho con toda razón, la fuerza de hoy: el aire, el mar y la tierra están a merced de las esencias y derivados que de él se extraen. Aparatos y maquinarias de toda índole se mueven a impulso de ellos.

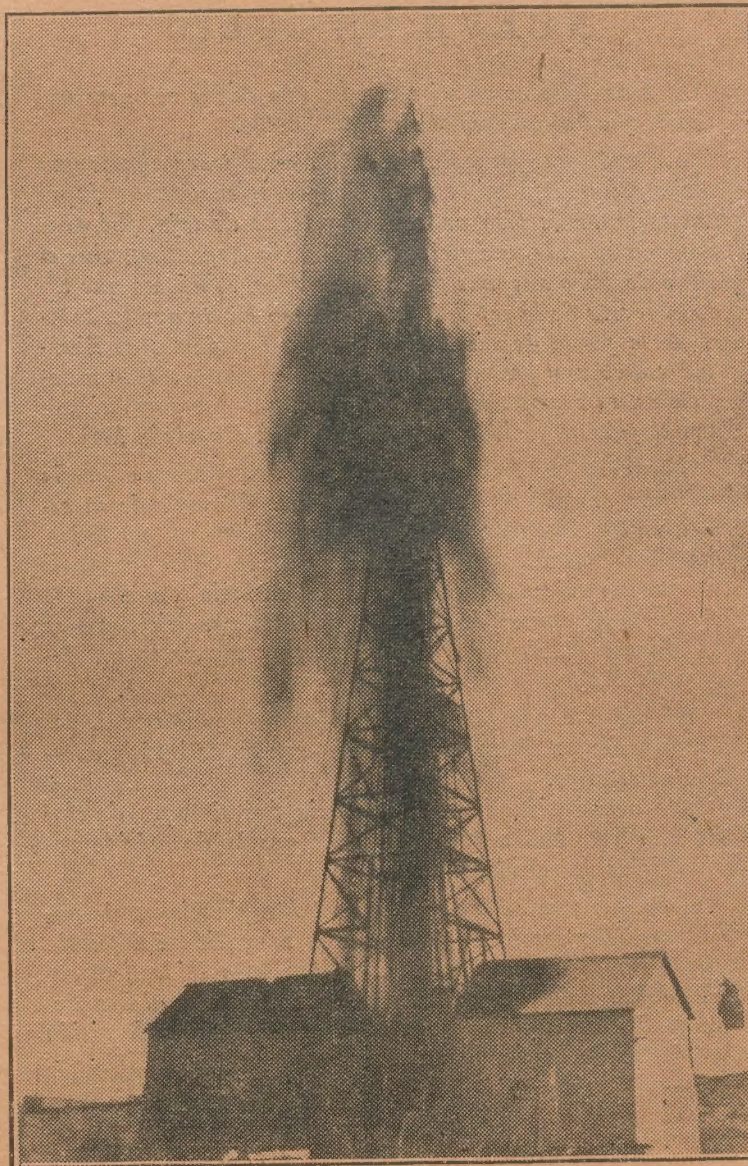
De ahí, pues, la lucha que por su posesión se ha entablado entre las naciones que aspiran a ejercer la hegemonía del mundo. Lucha sorda, tenaz, sangrienta a veces, que no ha terminado, ni terminará, seguramente, hasta que otro elemento, cosa muy remota por ahora, pueda reemplazar al combustible ansiado con la eficacia — sirva esto de ejemplo — con que con él se ha reemplazado al carbón de piedra.

La Nación que ayer dominaba y la que hoy domina son, ocultas tras sindicatos constituídos en ellas las protagonistas principales de esa contienda. Pero, desgraciadamente, ni una ni otra, llegado el momento decisivo, habrán de ser las víctimas del combate. Las consecuencias, graves siempre, las sufrirán los países que sirvieron de escenario, de campo de batalla, y que con una imprevisión y desidia injustificables permitieron el arraigo de esos trusts en sus territorios. Méjico es el que encarna en todos sus aspectos ese doble sufrimiento. Fué víctima primero de la campaña por la posesión de sus fuentes de petróleo y luego teatro de la lucha entre la Standard Oil, sindicato yanqui, y la Royal Dutch, el trust inglés.

La cuestión desde el punto de vista argentino.—

Esbozadas así las cosas, y en una justa correlación, cabe preguntar: ¿Hemos medido la gravedad de las consecuencias que para nuestro país, más industrial que Méjico y con yacimientos de petróleo en su interior, tendría un acaparamiento de sus riquezas de combustible por firmas extranjeras, indeseables por sus antecedentes? La Standard Oil, por ejemplo, cuyo dominio en la Provincia de Salta durante el Gobierno del Sr. Corbalán ha sido notorio, llegando a impedir la entrada de la Dirección General de Yacimientos Petrolíferos Fiscales a las zonas petrolíferas de aquella provincia, supeditaría a las alternativas de la lucha que en el mundo ha entablado contra su rival inglés el futuro de nuestras industrias y de nuestro comercio exterior e interior; la seguridad de la Nación pendiente de lo que en Nueva York resuelva el directorio central del trust americano.

Se justifica con eso lo dicho y lo hecho y por hacer aún en favor del contralor de las riquezas de petróleo por el Gobierno Nacional. En ese cuadro resultan pálidos los colores sombríos con que se ha pintado la dominación de la Standard Oil Co. y que los pusilánimes y acomodaticios o vinculados a los intereses de la innoble empresa han tachado de exagerados, sin considerar seguramente lo que el sindicato en cuestión había hecho en Salta, perturbando las conciencias, provocando delitos y estimulando acciones contrarias al bien de la Nación. La Standard Oil Co. ha solicitado y obtenido de un Poder Ejecutivo inconcebible por su incapacidad y falta de patriotismo lo



que sabía perfectamente bien que no podía solicitar y en derecho no se podía conceder. Así lo dice el decreto del Gobernador señor Cornejo, dictado en acuerdo de ministros el 31 de mayo último. Triste espectáculo el que ofrecen esos malos ciudadanos que apoyan, defienden y estimulan a la Standard Oil ¡A fuego habría que marcarles la frente con la frase de Mariano Moreno!

La solución legal del problema.—

La Cámara de Diputados ha dado ya su veredicto. Que sea de la Nación todo el petróleo existente en el país y que la Nación misma realice las operaciones relacionadas con su industrialización y transporte. Falta ahora la resolución del Senado, que forzosamente debe ser consecuente con aquélla, porque se trata de la solución lógica a que debe arribarse en este problema, en el que peligra la conservación del elemento primordial para el progreso de la Nación. Al Senado pedirá también el pueblo, en caso necesario, como lo hizo con la Cámara de Diputados, la sanción de esa ley. Nuevamente habrán de alzarse las tribunas en los centros universitarios y culturales y en los lugares públicos para reclamar la ley necesaria, en caso de requerirlo la sanción legislativa que se reclama y que es de urgente necesidad.

La Standard Oil en Salta—

El caso de la provincia de Salta, de actualidad, demuestra y justifica esa urgencia. Hasta los derechos adquiridos allí a un particular por la Dirección de Yacimientos Petrolíferos Fiscales han sido avasallados por la Standard, que con el consentimiento tácito del Gobierno del Sr. Corbalán entró a perforar en terrenos que no le pertenecían bajo ningún concepto. Un particular, en posesión de los derechos de explotación de una mina y de 29 estacas minas o derechos de exploración, se encontró con que, en jurisdicción de éstas, la Standard había iniciado ya trabajos de explotación, siendo inútiles todas las gestiones que posteriormente se hicieron con el fin de que el sindicato americano desalojara las tierras que había ocupado usurpando derechos que ya eran de la Nación, a la que el particular había transferido sus títulos. Y el Gobierno de Salta, por intermedio de su ministro de Hacienda, Sr. Rovaletti, que, para favorecer a la empresa americana se había constituído en autoridad minera, confirmó la posesión indebida.

El nuevo gobierno de Salta y la solución definitiva.—

El nuevo Gobierno de aquel Estado ha vuelto en parte las cosas a su lugar con el decreto declarando que las estacas minas deben pasar a poder de la Provincia, que es su propietaria legal. Miéntras tanto, la Standard continúa su explotación hasta que se cumpla el plazo de 90 días acordado, en la esperanza de que se produzca algún cambio a su favor, seguramente.

Esperemos los argentinos, por nuestra parte, que no sea así y que las advertencias hechas en el sentido de que el Gobierno triunfante en las últimas elecciones ajuste sus procedimientos en las cuestiones petrolíferas a la tendencia que ha inspirado siempre al Partido Radical, se cumplan, porque así lo quiere el pueblo, único a quien favorecerá que el Estado Nacional monopolice esa riqueza y su industrialización y transporte.

La nacionalización del petróleo es de apremiante, de urgentísima necesidad. El primer proyecto de ley en tal sentido data del 23 de septiembre de 1919 y lleva las firmas del Dr. Hipólito Irigoyen y el Dr. Alfredo Demarchi. Después de muchas e infructuosas tentativas tenemos ahora la firme convicción de que el Senado Nacional convertirá en ley, en las primeras sesiones que celebre, el proyecto que la Cámara de Diputados sancionó el año pasado.

Finalmente, justo es reconocer que corresponde al radicalismo, inspirado por su conductor, el Doctor Hipólito Irigoyen, la iniciativa y la realización de esta obra de Gobierno de importancia única por su trascendencia y proyecciones.

Fray Mocho, siguiendo la norma de conducta que desde un principio se trazara, en el sentido de prestar preferente atención a cuanto se refiera a los grandes intereses morales y materiales del país, seguirá ocupándose, con espíritu imparcial de este importante renglón de la riqueza nacional, abriendo sus páginas a las más autorizadas opiniones, que oportunamente solicitará, tratando de buscar con ellas, las soluciones a sus más urgentes problemas.

Y sobre todo abogará por que los encargados de encauzar esa fuente de riqueza tan extraordinaria y tan promisora para nuestro futuro industrial, sean personas que tengan la competencia necesaria, y dispuestas a supeditar sus pequeños intereses, a uno más grande y noble — al interés de la Nación, porque únicamente con hombres probos y capaces, lograremos independizarnos definitivamente ya que tenemos derecho, pues somos un país rico y noble, capaz de servirse a sí mismo.

O D I O

Por José Hernán Figueroa

Hincó la pala en la tierra húmeda y se encaminó, con el cuerpo flojo por la fatiga, a descansar al amparo de la sombra cribada que le brindaba una "tusca" cercana. Hacía un calor de fragua, y ni un soplo de aire venía de los alfalfares, verdiáureos bajo la ardorosa inclemencia de la tarde canicular. Reverberaba el cielo, limpio de nubes en toda la amplitud de su parábola de un claro azul resplandeciente. De vez en cuando una "bumbuna" solitaria, enclaustrada en el soterrado del monte, lanzaba su llamado melancólico y arrullador; de vez en cuando el "coyuyo", agitando sus alas vibrátiles, rompía la quietud de la hora, rascando su monocorde cuerda única, sobre la corteza de los algarrobos. Y, dominando todos los indefinibles rumores, subía adormecedor del rezongo del río que corría abajeño, chispeante el caudal al sol, empedrado de peñascos descuajados y de menuda arena, multicolor, iridiscente, al trasluz del agua torrentosa...

Hacía tres horas que paleaba la acequia "enlamada" por recientes lluvias, "con un calor que no se podía estar", sofocante, y se encontraba a la sazón verdaderamente transido. Con los pies desnudos, recogidos los pantalones de "barracán" hasta las rodillas, enlodado en los charcos, lanzaba por sobre el hombro, a entrambos bordes, con movimiento ágil de experto, paladas de cieno mezclado con hierbas desbrozadas, dejando como testimonio de su tarea montículos negros, pulidos por el roce de la lámina metálica. De tiempo en tiempo escupaíse las manos callosas, restregábaselas, y hacía una corrida hasta donde se encontraba su avío de coca y "llieta" y una vez llenada la imperiosa necesidad de voltear el acuyico, emprendía nuévamente su trabajo, dale que dale hasta concluir la porción asignada por el patrón.

Sentado en los calcañares, Sandalio Barrantes, atalayaba el campo inmóvil, el valle descendiendo en suaves ramblas y allá, difuminado en la distancia, el cerro calvo y ralo de vegetación, manchado de calizas estrías, de ocres torrenteras. Por sobre la arboleda, emergiendo tras las copas puntiagudas de los álamos de un gris plateado, asomábase la "sala" con sus tejados parduscos. Teniendo de fondo aquel lienzo de montaña, la casa de paredes encaladas se mostraba nítidamente. Hacia ella iban los pensamientos de Sandalio, y sus miradas obstinábanse en aquel punto. Por su obscura conciencia de diaguita, tardos y pesados pensamientos se arrastraban, hinchados de rencor, semejantes a nubes fuliginosas rodando por un cielo igualmente tenebroso. En un punto sus ideas se concretaron, arracimáronse, y la imagen del patrón saltó patente, como se yergue en la tiniebla nocturna, descubierto por un halo de luz inesperado, el peligro que presentíamos y que nos aguardaba, agazapado en la sombra.

—Me l'ai de pagar caro — exclamó, a tiempo que se limpiaba el sudor del rostro con la manga.— Que se amuelen otros, que en cuanto a mí no mi ai tener sudando el quilo... ¡Vi'ario no más si parece que deseara dejarme "charcón de tanto amolar!... ¡Carascha!"

Envalentonado con esta muestra de rebeldía, desusada con él, añadió dando consistencia a su resolución:

—Velay, mi dir nomás...

Una bandada de loros barranqueros pasó hendiendo al aire con sus prolongados "queo, queo" y se abatió subitánea en un plantío de plátanos lejano. Sandalio les siguió con la vista hasta que se abatieron y calculó, inconscientemente, el sitio del aterrizaje, campo de la subsiguiente depredación de los cacos alados. Era el predio de los Arias.

Al recuerdo de este nombre una áspera vergüenza le fué llenando el pecho, en creciente exasperación. El mayor de los Arias, Goyito, había tenido ocasión de presenciar uno de los tantos avances de don Nicolás a quien se le importaba, para decir lo que tenía que decir, un pito de los extraños y de los amigos.

Las cosas sucedieron así:

En diversas ocasiones, con motivo de sus viajes al pueblo con encargos para la proveeduría, Sandalio topóse con conocidos antiguos: peones de fincas colindantes, arrendatarios que llegaban desde lejanos, equidistantes puntos con intención de hacer una "farrita", después de mercar sus pariciones de ganado o vender su escasa u óptima cosecha. Ahítos de soledad e inapetentes de continuarla en los "puestos", perdidos en la hondura de las abras, añoraban el báquico desenfreno y sobre todo desentumecer los miembros en las quiebras airosas de una "chilena" o un bailecito de Camacho al compás de la "caja" tensa y sonora. Todo ello lo conseguían y disfrutaban con exceso hasta que se acababa la plata. En entrañable compañía, invitantes y convidados y el apéndice ineludible de coleros, transcurrían días y semanas, desprendidos y manirrotos cuando había que oblar en un continuo:

—Vamos, no se ai de hacer rogar el compagre... ¿Otra copita de chicha?

O también:

—¿Qué andan haciendo esos músicos que no tocan?... Hay que usar los dedos, que naide es "tullido" pu'acá y los presentes quieren mover las tabas...

Sandalio andaba corto en dineros. Prometió saldar una deuda "del tiempo de ñaupa" y la pagó. Tocábale, por entonces, escurrir el bulto y hacerse el chiquito para pasar inadvertido y no sufrir un papelón ante los amigos. Pero un sábado de paga, no le valieron sus escapatorias y subterfugios, pues, cuando menos se pensaba, encontróse de manos a boca con Goyito, que, saliendo de la trastienda donde de ingurgitaba copiosos "litros", en menos que canta un gallo le espetó:

—¿Pero diánde salís que andáis tan perido? ¿Qué ti'a pillao la Salamanca que no aportás por el pueblo?... Ni que vivieras en Filipinas... Cualquiera diría que la mujercita lo tiene maniao y con cabestro... ¡Caracho con el Sandalio! Güen mozo y apolillao ¿dónde se ha visto?... — Y dando un respiro, continuó, entre el aplauso y las chirigotas de los tertulianos, que se gozaban de la turbación de Sandalio: — La casa hay que dejarla pa las mujeres, que andan boliadas con las polleras y los changos a la rastra. Nosotros los hombres — y se golpeaba con la mano cerrada el pecho — tenimos que divertinos aunque sea cada muerte de obispo y ahuyentar las penas como a los perros sarnosos. Cuando sí'iamos viejos y no podamos voliar la pata ni zapatear, entonces hay aguantar nomás, tomar arroz con leche y ayudar a las "guaguas" a limpiarse el moquillo... Pero vos, "cumpa" Sandalio, tinís tiempo tuavía, aunque sos fierito como Picio, sos capaz, de hacer una patriada...

Y empecinado en que le acompañase en sus libaciones no le dejó partir hasta la noche.

Sandalio dió explicaciones, más explícitas y abundosas en detalle, a medida que el alcohol y la "chicha" mezcladas hacían su efecto. En una palabra, el "chucho" que ya creía desaparecido de raíz, después del tratamiento que mientras verificaba la conscripción había sido objeto, le traía nuevamente acogotado, con ganas de echar todo al diablo y acabar de una vez. Fiebres tenaces le agarortaban por las noches, desvelándole, haciendo crujir el escaso catre de tientos. Castañeteábanle los dientes y un sudor helado le acoquinaba, poblando de espantables visiones el ámbito del rancho... ¡Mala época pasaba!... ¡Ni la quinina le sentaba ya!...

A esta altura uno de los oyentes interrumpió su relación con voz aguardentosa, tembleequeante:

—¡Qué quinina, ni qué niño muerto... tuitas esas son puras macanas... Yo mi curao lo más bien con ginebra!...

Acrecieron sus ímpetus con nuevas copas. Al final de cuentas Sandalio prometió volver y Goyito en ir a su encuentro el domingo venidero, como lo hizo.

Compareció temprano, antes de almorzar. Vino caballero en una yegua cariblanca, la mejor de su manada, que seguramente haría correr, de sopetón, como número extra en la carrera de la tarde. Caracoleó para que le admirasen las chinas y las hijas púberes de los peones que se habían asomado, y desensilló en el corredor, maneando su cabalgadura para que pastase por allí.

La peonada, aprovechando la fiesta, enjaezaba sus caballos y se marchaba tomando distintos rum-

NUEVE DE JULIO

El 9 de Julio es en mi concepto una de las conmemoraciones que hablan más al alma del pueblo.

Tucumán que ha visto durante varias generaciones una casita muy vieja en la calle Congreso, en una de cuyas habitaciones de piso de ladrillo y techo de teja, fué proclamada la Independencia de la Nación Argentina, vive el día 9 de Julio sus más gratos recuerdos, lo mismo que todo el Norte de la república; ese mismo Norte que levantara en la punta de sus lanzas gauchas los ideales de libertad y arrojara para siempre los más famosos ejércitos españoles, en cuyos cuerpos había hombres que combatieron con el primer genio militar del mundo: Napoleón 1.o

Tucumán que trasuntara en horas de suprema angustia el sentir de todo un pueblo, alentó con el temple de su espíritu a los Congresales de 1816. Conocidas son, por todos, las circunstancias en que se desarrollaba el Congreso de Tucumán: derrotadas las armas de la patria y sobre todo el efecto de moral de una formidable expedición que se organizaba en España, para ahogar en sangre la revolución de Mayo.

Es por ello que resalta más la energía y altivez de los Congresales de Tucumán al salvar con su actitud la suerte de la patria.

¡La declaración de independencia fué el toque de clarín que levantara a todo un pueblo que había sufrido varios siglos de vasallaje!

Creo que una de las más importantes funciones de gobierno, debe ser la de fomentar la educación del pueblo con ejemplos de un nacionalismo tan puro é idealista como el de los varones sencillos y austeros, que en el Congreso de Tucumán y en horas tan inciertas, tuvieron la visión profética de nuestra gran democracia.

Adriano E. BOURGUIGNON

bos. Sandalio, luciendo prendas domingueras, le aguardaba, listo.

Iba a montar, después de almorzar, cuando de las piezas postreras de la galería se asomó el patrón. Sonaba, repiqueteando, el timbre del teléfono y él (el patrón) se llegó a atender el requerimiento:

—Sí, mi amigo... Muy bien. Ahora mismo voy a subsanar el inconveniente... ¡Eh, eh!... ¿Qué no moleste a los peones por ser domingo y que según los mandamientos?... No me haga reír. ¡Ja!... ¡ja!... ¡ja!... Pero esos son gajes del oficio, mi querido amigo. Para eso estamos nosotros, para servir a los vecinos como usted, mi amigo...

Colgó el auricular y llamó a Sandalio, que, olvidadizo, habíase a apeado a buscar su poncho floreado y de cenefas vivas, por si acaso, al regresar, lloviera o refrescase, como sucede en los atardeceres de la montaña.

—Oígame, Sandalio; va a tener que ir a la toma. La acequia está cubierta por la arena que trajo la creciente de antiayer, y se me están quejando de que no baja agua para el regadío de los potreros del Molino. Así es que desensille no más, que ahurita voy a llegarme a ver cómo anda eso y qué tal marcha el trabajo...

A Sandalio, a quien le dió un vuelco el corazón al sentirse llamado, se le cayó el alma a los pies:

—Oígame, si me permite, patrón...

—Hablá...

—Es que anda risultando que don Goyo mi está esperando para empriender el paseo de que ll hablé la otra noche, y... como están disocupaos Firme, Cantalicio y el potrerizo...

—¡Siempre has de andar con disculpas sobadas para hacer de tu capa un sayo y no cumplir las órdenes mías! He ordenado una cosa y quiero que se cumpla sin dilación alguna. Así es que ya sabés...

Arias, que se impacientaba por la espera, sabedor de la orden, interpuso sus buenos oficios.

—Usted, señor mío, se calla. Usted manda en su casa, y no quiera dárselas de redentor, que va a salir crucificao... ¡No faltaba más!... ¿Conque tenemos farrita, eh? Pa' eso hay dedicación, pa "matar el gusanillo" como dicen pu'allí, pero cuando se trata de agarrar la azada o el arao andan haciéndose los chanchos rengos, los "chuschentos"...

No hubo caso. Ciegos de indignación, mascullando ternos y tacos, se apartaron.

El patrón les miraba, haciendo que leía, tendido en su mecedora. De pronto, viendo cómo se despedían enfurruñados los frustados compañeros de correrías, no pudo soportar la risa que le retozaba malignamente en el cuerpo, y lanzó una carcajada. Le saltaban las lágrimas al contemplar la cara atribulada de Sandalio y Arias, y sus ojillos brillaban gozosos irisados con puntitos de luz.

—¡Ja!... ¡Ja!... ¡Ja!...

Arias, al tiempo de partir, se dió vuelta y le enrostró, con toda su voz:

—¿Está contento de su gracia, el vejete de porquería?

Y partió al trotecito.

—Vení, bajáte... ¡Volvé a repetir lo que has dicho! — le increpó el patrón.

El jinete, zumbón, agitó las manos y se perdió en la polvareda.

Sandalio dió varias inútiles vueltas, casi sollozante, y se fué después de un rato, campo traviesa, con su silueta magra, toda huesos, la pala al hombro, rumbo a la toma.

II

Concluída la cena se sentaron, como era costumbre, a gozar el fresco de la noche, en el corredor que encuadraba la casa. Sumergido en la cerrazón nocturna el campo dormía calladamente, bajo la luminosa paz de las estrellas que titilaban altas, guiñando con sus vivos ojos de luz. Empezaban a caer algunas gotas y un airecillo húmedo hacía estremecer las carnes con su soplo helado. Luisa requirió una chalina y se arrellanó en su silla con esa voluptuosidad con que sólo saben hacerlo las mujeres jóvenes.

Ocultos en la sombra, don Nicolás y su hija conversaban rememorando acontecimientos y hechos pasados. Un mundo de ilusiones y de pensamientos encontrados palpitaba en las palabras de esa niña, casi una mujer ya. Quien la escuchaba soñaba con ella, y se entusiasmaba al influjo juvenil de sus palabras. Don Nicolás la oía soñoliento, pronto a dormirse del todo.

Era el momento de decirse:

—Buenas noches, querido papito.

—Buenas noches te de Dios, m' hija.

Ya se incorporaba, pesadamente amodorrado, don Nicolás, y Luisa introducía las sillas a los interiores, pronta para cerrar las puertas — atrancadas con gruesos barrotes, por ella misma — cuando pudo percibirse un chapoteo en la acequia, que cruzaba el patio a la altura de la tranquera.

Don Nicolás desprendiéndose de su sopor, prestó atención.

El mismo ruido, a la sordina, se dejó oír.

—Debe ser el "Barcino" — O sino el "Tigre" que anda olfateando las comadrejas...

Pero pronto se convenció de lo infundado de su conjetura, pues casi instantáneamente, como al influjo de un conjuro, éstos aparecieron, la cabeza gacha, obsequiosos y zalameros.

Un vago temor hizo presa del ánimo de don Nicolás, y antes de emprender su búsqueda quiso hacerse acompañar por el potrerizo que dormía arrebujado en sus mantas, al término del corredor.

—¡Manuel!... ¡Manuel!... — llamó.

Manuel compareció a medio vestir, con su cara de muchachuelo llena de susto.

Desprendieron la lámpara de la anilla que le daba sustento y mientras Manuel la portaba, don Nicolás introduciéndose a tientas en su dormitorio, buscó en su mesilla de noche el revólver de puño de nácar.

—¡Eh! ¿Quién anda por allí, ¡Si es hombre que se presente! — gritó don Nicolás — caminando en la obscuridad del guardapatio. Hurgonearon aquí y acullá. Nada.

—"Barcino", vení... "óchale". "óchale"...

Los dos perros que habían desaparecido se llegaron mojados, destilando agua, aullando quejumbrosamente.

Luisa tuvo un estremecimiento.

—¡Papá!... ¡Papá !no te arriesgues. No debe ser nada...— suplicó.

Don Nicolás no contestó. Al borde de la acequia, tendido tal cual largo era, midiendo el ancho cauce, paralelo al álamo desmochado y "canteao" que servía de paso, yacía Sandalio. El agua le cruzaba el canijo cuerpo; las manos en su supremo esfuerzo, yacían cogidas a un raigón, brote nuevo y sin embargo, resistente del chopo. El agua canturreaba y alumbrada por la lámpara semejaba un bermejo río de sangre arrastrando a Sandalio. Respiraba jadeante y un hipo le abombaba el pecho enteco y rugoso.

Le llevaron en brazos hasta las casas, destinando el cuarto de la ochava para él. Pesaba como un odre colmado y hasta le sonaron las choquezuelas al depositarlo en el jergón.

—En fin, una salvada con suerte —manifestó don Nicolás a Tecla, la mujer de Sandalio. — ¡Todo por andar calavereando!...

Desde la tarde anterior, en que había desertado de su puesto. Sandalio consumió su tiempo en el boliche del turquito Elías, y sin un centavo, ebrio, sin amigos, terminada la plata, retornó a su casa.

Resbaló en el endeble como estrecho improvisado pasadizo, y cayó a la corriente, chapoteando, ahogándose, hasta que lo encontraron.

—Ya puede ir buscando trabajo cuando se levante, — remató don Nicolás ante la mujer llorosa — que no sirve ni para mirar quién viene y no le necesito ya... ¿Oyes?..

III

La fiebre alta enflaqueció en extremo sus facciones terrosas, sin sangre. Sus manos escuálidas se prendían tenazmente de las cobijas y así se pasaba con la vista turbia mirando el techo, siguiendo el tardo revolar de los moscardones zumbantes en el cañizo. Una sed insaciable le mordía la garganta y cuando pidió agua, un poquito de agua, su mujer compadecía quiso traérsela, pero se interpuso en su camino el patrón que andaba por allí y dándose pujos de sabihondo en estos achaques, le arrebató el pocillo desbordante y ordenó prohibitivo:

—¿Pero se habrá visto semejante ocurrencia? ¡Darle agua con la temperatura que tiene!... ¿Andás loca, mujer?... ¿Quieres matar a tu marido?...

Y así varios días. Hasta que...

Sesteaba don Nicolás en el corredor, en su silla hamaca, la pantalla de palma seca en las manos, con un pañizuelo de hierbas ocultando el rostro de la voracidad de los mosquitos. Los perros dormían a sus pies, hechos una rosca; y del cuarto de la "niña" venía una charla deliciosa, salpicada de risas.

Puerta de por medio, Sandalio, adormilado, se despertó, e iba a comenzar su cantilena de siempre:

—¡Agua!... ¡Un poquito de agua!

Cuando divisó por la puerta entreabierta a don Nicolás. Se contuvo...

Cuando acudieron precipitadamente, sobresaltadas por el grito ahogado, un ¡eh, bárbaro!... inteligible, hallaron a don Nicolás sacudido por nerviosos espasmos, horriblemente congestionado, marcado el cuello por una línea amoratada... comatoso.

Por el guardapatio, camino de acequia que canturreaba su canción de novia enamorada de los campos, de las selvas y de los cielos, iba trastabillante, con los labios resecos, Sandalio Barrantes.

EL INVIERNO

Hermana! Hermana! Mira...
cómo está gris el cielo!...
siento, apenas, el paso
moribundo del viento;
todo el mundo está triste!...
todo el mundo está enfermo!...
y por eso las horas
desfilan en silencio...
Ya las hojas marchitas
han llenado el sendero.
En nuestro parque humilde
la última flor ha muerto.
Los pájaros, medrosos,
no cantan en los ceibos,
tiemblan, cual si escucharan
un lúgubre secreto...
El camino está fosco...
desde aquí lo contemplo;
los álamos, inmóviles,
como en un cementerio;
más allá las praderas....
más allá el firmamento...
¿Sientes?... Caen las hojas,
aún de este árbol tierno...
Hermana! Hermana! Mira...
está más gris el cielo
y asoma en el camino
la silueta de un viejo...

Mario BRAVO.

AMOR CRIMINAL

Por Luis Vega Rey

Si el amor puro y desinteresado produce el bienestar en los inefables goces de la familia, no es menos cierto que las pasiones violentas y mal contenidas llevan en sí el gérmen de desdichas y desventuras.

En cierta población europea residía en amoroso conjunto un matrimonio con el suficiente capital para que los hijos pudieran ser perfectamente educados, y educados hasta con lujo, como vulgarmente se dice. De estos dos hijos, la segunda del matrimonio llamábase Laura, y era hermosa como el sueño de un poeta.

Su cabello se parecía a las madejas del sol; los ojos rasgados y expresivos, eran de un purísimo azul de cielo, y el rostro y los labios de aquella belleza, tan grande como la de la más adorable sultana, competían con la nieve y el coral. Era lo que se llama una soberbia hermosura.

Pero, bajo aquel primoroso manto de perfecciones, latía un corazón ardiente y poderoso como la lava de los volcanes.

El exceso de amor paternal le había hecho dueña por completo de sus acciones, y puede decirse que solo en ella se reconcentraban todos los goces del hogar doméstico.

Federico, su hermano, casi constantemente alejado de la casa paterna en su calidad de militar, oficial pundonoroso y valiente, era modelo de caballerosidad, y aunque ausente, no podía considerarse dolorosa esta separación, pues su correspondencia no interrumpida, era causa de que se le creyese al lado de la familia.

Aquellos padres eran por tanta dicha, que completaban sus virtudes, envidia de todos los matrimonios de la ciudad.

Pero ¡ay! que jamás ha existido en este valle de lágrimas felicidad completa y duradera.

En el diáfano cielo de aquel hogar no tardaron mucho en aparecer negras nubes que en breve espacio habían de aglomerarse en terrible tempestad sobre tan venturosos y descuidados seres.

Por premio a sus méritos fué Federico ascendido, dando, con tal noticia, en una carta a sus padres, la mayor de las alegrías, al ver colmada en su hijo toda la ternura de su amor.

Con tal motivo, Federico, en uso de licencia, llegó a visistar a sus padres en compañía de su predilecto amigo Alfredo, también militar aunque de mayor graduación, y destinado casualmente a recoger los reclutas que había en depósito en el punto en dónde residía la familia de Federico.

¡Qué de caricias, qué de abrazos, qué de prodigalidades al hijo y al amigo!

Sobre todo, este fué desde luego el objeto preferente de la atención de Laura. Verle y sentir la hermosa joven dentro de su pecho el fuego voraz de la llama del amor fué obra de un instante. En el jardín, en el paseo, en la mesa, los ojos de aquella mujer no separaban su ardiente mirada del rostro de Alfredo.

No se ocultó al joven militar el objeto de tales demostraciones pero, ruboroso, más que excitado, procuraba disimular.

Como todos, se asombraba de la arrebatadora hermosura de Laura, pero su corazón pertenecía ya a otra mujer que, aunque no tan bella, había logrado aprisionarle en las redes de una pasión casta y circunspecta. En suma: estaba comprometido por palabra formal de casamiento con su prima Margarita, joven virtuosa y modesta, que allá en humilde aldea esperaba el plazo en que había de verificar su boda.

Deseando poner término a las acechanzas de los ojos de Laura, reveló a la familia de ésta lo que queda relatado, manifestando a la vez su deseo de pasar algunos días al lado de sus padres y Margarita, que vivían en el mismo pueblo, pero Laura, al conocer esta determinación, en lugar de poner veto a su creciente amor, se propuso arrebatar el afecto de Alfredo a su desconocida rival.

Su ardiente e indiscreta voluntad, no reprimida por sus padres, se impuso a todos los miramientos sociales, sabiendo encontrar muy pronto ocasión de revelar abiertamente a Alfredo aquella imperiosa pasión que tantos disgustos había de producir.

Alfredo, como pundonoroso caballero, no dijo una sola palabra de tal lance, pero decidió, desde luego, dejar aquella casa y precipitar su unión con Margarita.

Partieron por fin los jóvenes militares a su destino y quedó Laura indignada y presa de oculta desesperación; jurando en secreto ser esposa de Alfredo o vengarse de sus desvíos.

... ...

En seis meses, el aspecto de aquella tranquila morada varió por completo. Malos negocios y azares de la suerte dejaron casi arruinados a aquellos desdichados padres, y entonces Laura, persiguiendo con tesón su ideal, les propuso, para serles menos gravosa, trasladarse al lado de su hermano el cual, consultado, aceptó gustoso el pensamiento.

Nunca el mal viene solo. Cuando aún no hacía un mes que Laura se había unido a su hermano, una traidora pulmonía arrebató a éste del mundo de los vivientes, y, por natural resultado de la fatalidad, Alfredo recibió de los labios del moribundo el encargo de velar por su hermana y conducirla al lado de sus padres.

Después, Satanás, procuróse el medio de penetrar en el corazón del joven, y se consumó la obra del demonio.

Una infeliz criatura fué la víctima de aquella desdichada pasión, porque después de ser padre, Alfredo, engañando a Laura con el pretexto de ir a otro punto, corrió a cumplir la palabra empeñada, efectuando su enlace con Margarita.

... ...

¿Qué fué de aquella alucinada amante?

¿Creéis que corrió arrepentida a implorar su perdón en la casa paterna? No: avergonzada, herida en lo más profundo de su ser y sin olvidar un instante al hombre origen de sus desgracias, al que consideró siempre perdido para ella; tomó una resolución extrema. Pobre, sin más bienes que su hermosura, dejando encomendada su inocente hija a brazos mercenarios, pasó el mar, y a los pocos años moría en el hospital de una hermosa ciudad de la gran Antilla, entre los horribles martirios del remordimiento y la enfermedad contraída en los excesos de una vida de crápula y vicios de todo género, después de escribir a Alfredo una carta en la que le rogaba buscara y amparase a su hija, educándola en las severas máximas de un padre bondadoso, "ya que yo, — decía — por estar entregada a mi voluntad y capricho, no he tenido ni aún el respeto del deber que me imponía pedir perdón a mis ancianos padres".

Buscó Alfredo a los padres de Laura, que ya habían muerto de vergüenza y dolor por tan inmensas desgracias, y buscó y no encontró, a las personas encargadas por Laura del cuidado de su hija, a la que aún busca en vano, presa de horrorosos remordimientos.

¡He aquí a lo que conduce la excesiva bondad y mal entendido cariño de los padres!

¡Una mujer perdida para el bien y una niña abandonada, y quién sabe si, también, más tarde, víctima de ese abandono!

Tucumán

Ciento doce años después de la solemne declaración de la Independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata, la ciudad de Tucumán, en cuyo histórico recinto se juramentaran los hombres que rubricaron el acontecimiento de Mayo, se halla en el momento culminante de su desarrollo industrial y social y en manos de nuevos gobernantes que han de saber encauzar firmemente el río de sus grandes riquezas.

Capital de un importante estado argentino, — El Jardín de la República, como bien dijera Avellaneda—la hermosa ciudad se levanta, más bella que nunca, en el centro mismo de toda esa riqueza. La rodean, ríos caudalosos que fertilizan la tierra, tierra sembrada de las cañas que en los grandes establecimientos azucareros, serán pulidas y convertidas en oro, más tarde. De ella, parten caminos innumerables que llevan hacia la grandeza de los paisajes y la grandeza del trabajo, cuyos motores armoniosos llenan el aire con sus sonoras vibraciones, musicando así, el esfuerzo estupendo del hombre que labora para el porvenir de la patria común.

Tucumán! Y a pesar de la fiebre del trabajo, necesaria, para ese porvenir de la patria común, no ha olvidado sus coqueterías de preferida, de mimosa, en el concierto de las provincias argentinas, y por eso, exhibe ahora a los ojos del turista, parques, paseos, jardines, centros deportivos y culturales, tales como sus federaciones atléticas y sus Biblioteca Sarmiento y Sociedad Alberdi, y ha logrado mantener su título de Jardín a través de los años, hermoseándose más aún.

Todavía en las plazas de Tucumán, aroman los naranjos, de un verde profundo hacia el invierno, y florecido de azahares hacia la primavera. Aunque puede decirse, que, en Tucumán, la primavera es eterna.

Y todavía los campanarios de sus iglesias se alzan en todo su magnífico paisaje, llenos de pájaros y alegres campanazos. Sus hijas, sus bellas hijas, conservan los mismos ojos — clásicos ojos de las tucumanas — y la mismas virtudes de las matronas de ayer. Dijérase que Tucumán, ha heredado toda la hidalguía y la poesía de la España de ayer, de la España maravillosa que preparó las carabelas y conquistó el nuevo mundo y nos legó lo que mejor tenía. Digna heredera es Tucumán, de esa España que por la obra de un grupo de hidalgos agrupados alrededor de un hombre lleno de vigor y de talento, como lo es el general Primo de Rivera, está renaciendo felizmente de sus gloriosás cenizas!

Ciento doce años han pasado. Los hombres de hoy, han levantado un monumento en la calleja de ayer donde se alzaba la humilde casita de tejas en donde se juró solemnemente la Independencia argentina. Han rodeado esa casita de un hrmoso palacio hacia donde converge el conmovido homenaje de las nuevas generaciones. Y han colocado en una vitrina, el cráneo de uno de los más ilustres hijos del terruño; el extraordinario guerrero, herido en cien combates, el magnífico arquetipo de la raza, Gregorio Araoz de Lamadrid, honra de la historia argentina.

Tucumán está, pues, a la vanguardia de las provincias argentinas. Mucho se ha de esperar de este privilegiado pedazo de tierra patria, a quien sus probos gobernantes de ahora, encauzarán definitivamente, en todas sus riquezas y en todas sus virtudes, para gloria de la Nación.

¡POR SU MADRE!

Por F. de Torres y Gisbert

En una buhardilla casi desprovista de muebles y sobre un camastro que medio cubría miserable colcha de indefinible color, veíase una mujer en cuyas facciones, estropeadas por larga y penosa enfermedad, aún se divisaban restos de pasada belleza. La enferma podría tener unos cuarenta y cinco años de edad, y hacía ya un mes que se hallaba postrada en el lecho sufriendo un reuma articular, muy agudo, al que prestaban escaso alivio los medicamentos prescriptos por el doctor.

Para su curación, era de todo punto necesario tomar ciertas aguas minerales; pero los recursos estaban completamente agotados; todo se había vendido o empeñado para sufragar los gastos que la enfermedad ocasionaba, y la infeliz mujer veía que sus fuerzas iban disminuyendo y los sufrimientos aumentando.

Junto a la cama de la enferma trabajaba con afán, sin dar paz a las manos, que se ocupaban en confeccionar flores de trapo, una joven de hermoso y pálido rostro en el que se veían los dos surcos que las lágrimas habían marcado.

—¿No descansas, hija mía? — preguntó la paciente a la obrera. Te estás matando con tan continuado trabajo; suspende tu faena, te lo ruego.

—Ya concluyo, madre querida; es cuestión de un momento y, a mi regreso de la tienda, traerá esa nueva medicina que te ha de mejorar.

—¡Hija de mi alma!... — murmuró la enferma, mientras se enjugaba los ojos que el llanto humedecía. ¡Qué abnegación la tuya! ¡Es un angel ¡Dios la bendiga!

—Ya terminaré mi tarea, voy a entregarla, y antes de media hora estaré de vuelta: ¿necesitas algo, mamá? — dijo la joven disponiéndose a salir.

—No, hija mía; vete tranquila.

Cambiaron un beso la madre y la hija, marchándose la segunda a entregar su obra.

Cuando regresó María, encontró a su madre presa de un fuerte ataque. La pícara enfermedad no cedía ante ninguna medicación.

—¡Qué martirio, Dios mío! — exclamaba aquella buena hija. ¡Es horrible ver sufrir a una madre y saber que, lo que la salvaría, no se halla a nuestro alcance!

Acercóse la joven a la enferma y le dió una cucharada del medicamento que había traído. En este momento, llamaron a la puerta. Salió María y volvió acompañada de un hombre de bastante edad, pero bien conservado. Era el dueño de la casa.

—¿Cómo se encuentra usted, señora? — preguntó a la paciente.

—Muy mal — respondió la interpelada. Acabo de sufrir otro ataque.

—¡Vaya por Dios! No hay más que tener resignación y confiar en la Providencia. Los males del cuerpo son beneficiosos para el alma, si los soportamos con valor.

—¡Ay!... — suspiró la enferma, que añadió, dirigiéndose a su hija.

—Da una silla a don Atanasio.

—No, gracias; tengo algunas cosas urgentes que hacer y me es imposible detenerme; no he venido más que para enterarme de la salud de usted.

—Es usted muy bueno — expresó la madre de María.

—Si supieras a lo que viene!... —dijóse ésta mentalmente.

—Hasta luego, pues — añadió el "casero".

—Vaya usted con Dios, don Atanasio; acompáñale, hija mía.

Obedeció la joven, y, cuando llegaron a la puerta, volvióse el propietario de la finca, diciendo a la obrera.

—Ya lo ve usted; su mamá se muere, conoce usted el remedio que la salvaría y se lo niega.

—¿Y a qué precio lograré su vida? — murmuró la infeliz muchacha.

—Una hija debe sacrificarse por su madre — profirió don Atanasio, —y si usted quiere irá a los baños...

—¡Sí, irá con lo que produzca la venta de mi honra! — exclamó llorando María.

—Si prefiere usted su muerte.... —insistió el viejo libertino.

—¡No!... ¡Quiero que viva! Es lo único que me resta en el mundo, adoro a mi madre y estoy pronta al sacrificio — prorrumpió la muchacha.

—Entonces... — balbuceó aquel infame.

—Traiga usted el dinero que juzgue necesario, el indispensable únicamente, no quiero un centavo más, y dispóngase para recibir la mercancía que ha comprado. Voy un momento a la calle, subo en seguida y aquí le espero — expresó rápidamente María bajando con precipitación la escalera.

Don Atanasio fué a su casa, tomó dos billetes de cien pesos, subió de nuevo, colocóse junto a la puerta, y allí, con los ojos chispeantes y una sonrisa de "sátiro", esperó la presa que tanto codiciaba.

No tardó ésta en llegar.

—¿Tiene usted ahí "eso" — preguntó María.

—Aquí está — respondió el aludido presentando los billetes de banco.

—Démelo que voy a guardarlo, e inmediatamente se cumplirán las condiciones de nuestro contrato. ¡Espere!

Entró María llevando en su mano el dinero y don Atanasio esperó.

Un instante después se oyó un gemido, y la voz de María que, algo insegura, dijo:

—Puede usted venir cuando guste.

Apresuróse el innoble anciano, y, cuando pisó el umbral de la puerta, retrocedió espantado.

En el centro del departamento, estaba María con los brazos cruzados; pero no la encantadora María de antes, sino otra cuyo semblante veíase desfigurado por profundas cicatrices. ¡Se había quemado el rostro con vitriolo!...

—¿No viene usted por su presa? —manifestó la heroica joven dominando los atroces dolores que debía sufrir. — ¡Aquí la tiene usted... es suya!

—¡Horror!... — balbuceó don Atanasio, y como un loco se precipitó por la escalera.

—¡Ya tengo tu salud, madre mía! — dijo la valiente María cuando se vió sola.

—El remedio cuesta algo caro, más no importa: ¡He perdido mi hermosura, pero he ganado una madre!

ANECDOTA

Al dirigirse contra Roma, al frente del ejército de Italia recibió Napoleón I, en Tolentino, las proposiciones del Santo Padre.

Uno de los representantes de su Santidad se atrevió a decirle:

—Bonaparte; después del condestable de Borbón, sois el único francés que habéis ido contra Roma.

—Eso no tiene nada de particular — contestó Napoleón.

—Lo gracioso de esta circunstancia es que la historia de la primera expedición, la escribió un pariente mío: monseñor Nicolás Bonaparte.

SEGUNDOS AMORES

Por Binet - Valmer

En una habitación amplia, que hubiese podido servir para estudio de un pintor por la claridad que se filtraba a través de los cristales de sus grandes balcones, que daban al bosque de Bolonia, se hallaban un hombre y una mujer, que habían ya llegado al otoño de su vida.

Los dos eran menudos, insignificantes, y los dos se pasaban muchas horas del día leyendo juntos, sonriéndose y besándose; y así vivían, desde que Raúl Marechal, viudo, se había dedicado a consolar a Germana Froisel, viuda también, y ésta le había consolado a su vez.

Sus juventudes no habían sido muy dichosas; pero ya en el umbral de la vejez vivían felices y tranquilos, sin esperar ni desear nada y conformándose con su plácida y monótona existencia.

Antaño, para conquistar a su primera mujer, que era muy hermosa y que le aceptó a pesar de ser tan bajo y tan feo, Raúl luchó por ser un gran artista, poeta, pintor, músico o escultor, y no lo había logrado. Ella nunca estaba satisfecha, y se murió dejándole como único recuerdo agradable una hija tan hermosa como ella y que contaba entonces veinte años.

Germana se había pasado los dos primeros años de su matrimonio viajando por Africa con su primer marido, que sólo se casó con ella porque era rica; más al cabo de ese tiempo se vió obligada a regresar a Francia para cuidar de su hijo, que ya tenía veintidós años y que era tan agradable y seductor como su padre, al que Germana había adorado con pasión.

—Los muchachos tardan en volver—dijo el hombrecillo, acercándose al balcón.

—No te inquietes — respondió la mujercita aproximándose a su vez—; ya sabes que Mauricio es prudente.

—Tu hijo conduce bien; pero un accidente...

Se detuvo bruscamente recordando que el padre de Mauricio había muerto en un accidente de automóvil y habían convenido Raúl y Germana no hacer nunca ninguna alusión sobre el pasado.

—No tengo más que una preocupación—dijo la mujercita—, que si Mauricio hace alguna imprudencia será para deslumbrar a Enriqueta. ¿No encuentras que tu hija ha cambiado respecto a mi hijo?

—Sí..., claro... Como han crecido los dos...

—Enriqueta coquetea con él... No es que se lo censure. Ya están los dos en la edad que muchas veces se transforman los sentimientos entre amigos de la infancia...

—¿Qué sentimientos pueden existir entre nuestros hijos? Se quieren fraternalmente...

—No sé... He observado ciertas cosas en Enriqueta... Las mujeres somos más suspicaces en estas cuestiones...

—¿Hablas en serio? ¿Crees que Mauricio corteja a mi hija?

—¡Es todo lo contrario, Raúl! Es a Enriqueta a la que le gusta agradar a Mauricio. El otro día, mientras conducía el "Hispano", se distraía mi hijo a cada momento con la charla de tu hija, ¿no te fijaste?

—¡Mi hija habla menos que tu hijo! Me desagradaría que se hubiesen enamorado, aunque no sería extraño. Enriqueta es fuy hermosa...

—Sí...; se parece... a su madre...

—Y tu hijo a su padre...

—Hacen una pareja tan distinta a la nuestra...

—Sí; tienen todo lo que nos falta... Pero callemos..., habíamos prometido no hablar del pasado...

Permanecieron un rato silenciosos; parecía que en aquella habitación tan alegre flotaba un ambiente de tristeza...

—Germana, un día u otro tu hijo se enamorará y sentirás que te roben su cariño...

—¿Y a ti no te molestará que te separen a tu hija?

Me resignaré, aunque sufra, más fácilmente que tú... Pero no me gustaría que se casase con Mauricio; me recuerda demasiado al que quisiste...

—¿Y crees que a mí me agradaría? Enriqueta es el vivo retrato de tu primera mujer... Me costó tanto borrar en ti su recuerdo. ¡Ella era tan hermosa y yo soy tan fea!

—¡Cállate! ¡Tú no eres fea!

—Soy una mujer insignificante...

—¡Como yo!

—¡Tú tienes frente y ojos de poeta!... Cuando nos casamos, ahora lo podemos confesar, soñábamos los dos—¿no es cierto?—en otro viaje de novios, y yo pensaba que si tu mujer hubiese encontrado en la vida a mi marido, no se hubiesen fijado en nosotros; y ¡los odiaba!

—¿Los odiabas?

—Sí; y sin embargo he sido buena para tu hija...

—Germana, no quiero que se quieran. Me opondré...

—¿Con qué derecho? Si Mauricio quiere a Enriqueta, no vas a hacer desgraciado a mi hijo... ¡Yo lo impediré!

—Antes de consentirlo sería capaz de marcharme con mi hija...

—¡Ten cuidado con lo que dices! ¡No destruyas su felicidad y la nuestra!

—¡Tú has sido la que has hablado la primera!

—¡Silencio! !Han llamado! ¡Deben ser ellos!

—Si son ellos voy a decirles...

—¡Nada de violencias! ¡Cállate!

Se abrió la puerta, y en la habitación entraron los dos muchachos, elegantes y hermosos, riendo... Su risa era pura y sus ojos demostraban que entre ellos no existía más que el amor fraternal. Explicaron su retraso... Había sido por jugar al "tennis" con otro muchacho y otro muchacha; y al hablar de ellos... los dos enrojecieron. La paz de la familia no corría peligro de desaparecer.

Una planta maravillosa

No lo es por su aspecto, ni por la belleza de sus flores, ni por el perfume que exhala, ni por sus cualidades medicinales; no sirve para que su alcaloide envenene ni para que su sombra produzca daños sin cuento al que se aprovecha de ella. Y, sin embargo, merece el calificativo de maravillosa.

¿En qué consiste la rara virtud que tiene? El "Abrus praecatúrum" es una planta que se cría en la zona tórrida y se aclimata en la templada. Abunda en las regiones litorales y tiene el don de la previsión. No ve los acontecimientos futuros ni los tesoros ocultos; pero encogiendo sus hojas todas, tomando el aspecto de un vegetal moribundo, advierte a los hombres y a las mujeres la aproximación de un terremoto. Apenas la tierra cesa de estremecerse, recobra el arbusto su lozanía, las hojas su frescura. Y jamás han fallado sus indicaciones.

Silvar es higiénico

Silbando, los pulmones se fortifican y adquieren mayor capacidad, sin cansar la laringe, como sucede con el canto. Todas las mañanas debe practicarse tan útil como sencillo ejercicio, que equivale a la mejor gimnasia ejecutada al aire libre. Todos los músculos del dorso trabajan sin exceso y se tonifican.

Los médicos higienistas han estudiado la cuestión, examinando cuidadosamente todas las pruebas y argumentos presentados por la señora Shaw, y se encuentran acordes con ella, hasta el punto de haberse determinado a fundar un instituto para la enseñanza científica y artística del silbido.

La tristeza del can

Por Eduardo Buil

Hace mucho tiempo leí no sé dónde un trabajo de asunto afín, original del maestro Palacio Valdés; pero nada influyó sobre estas líneas, fruto de mi visión personal, ante una emoción, por mínima, no menos autónoma.

Iba, cuando ya el cielo mostraba los rútilos fulgores misteriosos de los astros, atravesando campos y veredas de un pintoresco pueblecillo valenciano en busca de la estación — una casuca antiestética y gris — donde debía tomar el vehículo que me devolviera a la ciudad, que a lo lejos se acusaba como un monstruo de mil ojos fosforescentes en la noche.

Todo era quietud en torno mío. En la hora fría, no se percibía más que el rumor de alguna acequia escondida entre cañaverales y el bisbiseo sobrecogedor del aire, que al introducirse en las leves estrías de las hojas, producía pequeños silbos incoherentes.

De pronto, percibí tras de mí unos pasos insócronos y sutiles. Volví la vista y no vi entre las sombras acusarse ninguna sombra humana. Nadie me seguía. ¡Bah, será ilusión de mis sentidos...!, pensé, pero los pasos siguieron percibiéndose cada vez más cercanos hasta que sentí el roce de un cuerpo contra mis piernas. Era un perro sin dueño ni hogar seguramente. Al comprender que yo le miraba, cesó en su seguimiento, y se quedó mirándome con precaución, como a un posible enemigo. Yo le acaricié suavemente y seguí mi paso. El siguió tras de mí. Anduve aprisa ya, temeroso de tener que volver a mi casa a pie, sin hacer caso del espontáneo acompañante. Viendo que no le dedicaba ninguna atención, llegó hasta mí, y como queriendo ganar mi para él valiosa amistad, siguió su paso junto al mío, y, sorprendiéndome, pegó un pequeño salto, y muy reverente me dió la mano. Yo, olvidándome de que hablaba a un irracional o acaso convencido íntimamente de que me comprendía, le dije:

—Vete, yo no soy tu amo; ve a tu casa...!

El me miró como diciéndome:

—Yo no tengo casa. ¡Llévame contigo...! Me ha parecido que tienes buen corazón. Tú no me has pegado, como tantos otros... ¡No me abandones...!

Todo esto leí yó en los ojos grandes y claros del can, sobre los que caía entonces un rayito de la claridad opalescente de la luna. No obstante, yo, duro, cruel, repetí imperativo:

—¡Hala! ¡A casa...!

El perro se paró comprendiéndome por el gesto y el tono de voz, y yo me marché hacia la estación, tranquilo por haberme eliminado de la entonces molesta compañía. Ya al llegar al andén, me olvidé del perro. Pero, por lo visto, él no renunciaba a mí, cuando al reconocer, otra vez, sus pasos, me volví y le tenía a mi lado. Le acaricié nuevamente, y aparentando no hacerle caso, me alejé de él.

Los faros del tren-tranvía se iban acercando, agrandándose. Dos haces de luz potente abrían un surco cónico de claridades sobre los rieles y los campos. Ya se oía desde la estación el traqueteo del motor que se avecinaba. El perro, aunque temeroso de acercarse a mí, me espiaba de hito en hito. Entoncs, bajo la claridad de las lámparas del edificio, le miré con detenimiento. Era un perdiguero melado, de grandes orejas gachas y belfo húmedo; por la robustez de sus patas, yo le adivinaba ágil, elástico. Lo más interesante eran sus ojos, redondos, luminosos en los que brillaba una interrogación y una súplica. De pronto, el perro vió el tren que ya entraba en agujas y comprendió que iba a perder toda esperanza. De un salto vino a mí y me miró más fijamente aún, más implorante. Yo le acaricié, y le dije, amable:

—Vete, yo no puedo llevarte a mi casa, hay mil pequeñas cosas que lo impedirían, otro dueño encontrarás en mejores condiciones que yo para acogerte, anda...

Subía al tranvía, se puso éste en marcha.

Yo hubiera jurado que una lágrima brilló, rutilante, en los ojos del can.

Y entonces, ¡yo lo ví!, el perro despreciado vió como el tranvía se me llevaba, y decidido a no perder acaso al único que le acarició, lanzóse de un salto hacia la plataforma del vagón en que yo iba; pero no acertó a medir el impulso, chocó contra el coche y cayó entre las ruedas.

No oí más que un quejido lastimero, que a poco se extinguió en un alarido desgarrador.

Yo di un pequeño grito y sentí un gran remordimiento en mi corazón.

No le vi más. Los coches posteriores me impidieron ver su cuerpo destrozado en holocausto mío.

¿Qué proceso se operó en la mente confusa del pobre animal...?

Yo vi en sus ojos un dolor intenso, casi humano; una melancolía, motriz de todas las grandezas y de todos los sacrificios...

¿Vibraba en tí, pobre bestezuela, un hálito de alma superior...?

Tú eras como tantos y tantos seres superiores a tí, al parecer, que también pasan por la vida en busca de una mano cariciosa y amiga, y, al no encontrarla, se sumen en una honda y suicida desesperanza...

Yo olvidaré antes a muchas personas que me juraron admiración, amistad o amor, que a tí, pobre perro perdiguero, que encontraste la muerte buscando una caricia que mi triste egoísmo te negó...

Una extraña aventura

Por A. Verdugo Landi

La alegría loca y desenfrenada del Carnaval palpita bajo el cielo azul de una noche tibia en Argel, la ciudad bella y soñadora que brilla con todo su esplendor cosmopolita.

Las notas cromáticas de los atavíos moros confúndense en pintoresco desorden con los uniformes de los militares y los disfraces de las alegres máscaras.

El ambiente frívolo del momento embruja el alma, la llena de sensualidades infinitas.

A cada paso, el misterio de unos ojos velados por púdicos cendales nos detienen hechizados; son las bellas mujeres de Argel, las de los ojos negros y profundos como abismos, la piel ardiente y morena transparente como el ámbar.

... ...

En un apartado y pintoresco rincón de la ciudad viven Luis Antonio y Carmen, un matrimonio español.

La casa donde habitan es modestísima, y alza sus plantas entre otras de aspecto también mísero; más distante, el palacio de un rico judío pone la nota altiva y majestuosa de su señorío.

Aun cuando viven tan apartados de la población, los ruídos de ésta llegan a la pobre casa como un eco de vida.

La miseria más espantosa se ha adueñado de la casa del matrimonio español. Carmen, la bella y abnegada esposa, lucha bravamente contra la adversidad. Pero todo es inútil, Luis Antonio, el hombre que supo fingir una pasión que no sentía, bien pronto le demostró toda la inutilidad de su vida, la bajeza de su alma degenerada, abandonándola moralmente y desdeñando su belleza y su amor.

Luis Antonio, el marido, disponíase a salir aquella noche, como las otras.

El Carnaval le brindaba ancho campo para su regocijo. Pensaba con deleitosa impaciencia en los bailes alegres donde las mujeres y el vino le esperaban como una tentación.

Aquel día, como tantos otros, la escasez de recursos había llegado hasta el punto de no tener para cenar. Para colmo de males, les habían cortado la luz por falta de pago.

En su cruel egoísmo, Luis Antonio pensó en buscar algún amigo que le prestase dinero para divertirse; por su imaginación no pasó siquiera la ráfaga de un sentimiento noble hacia la compañera que carecía de un humilde pedazo de pan.

—No te vayas—imploró la desdichada—; ya ves que no tenemos ni luz. No te vayas, Luis Antonio; tengo miedo, mucho miedo...

El contestó impasible:

—Me voy. No puedo estar aquí... Esta miseria me agobia, y tú, con tus lamentos, me aburres. Estoy harto de ti.

Y esto lo dijo cínica, brutalmente.

Carmen sollozó ante la conducta cruel del marido, y aún tuvo valor para implorar nuevamente pidiéndole que al menos la llevase consigo.

Tenía un miedo horrible al judío que habitaba el palacio cercano porque hacía mucho tiempo que la perseguía tenazmente.

Aquel hombre debía saber toda la desgracia de su vida, y en sus ojos se leía la pasión que consumía su alma, poniendo en sus miradas el deseo, mezclado con melancólica ternura, hacia la mujer hermosa y bella.

Al fin partió Luis Antonio a la ciudad riente, que le fascinaba con sus fiestas.

Antes de marchar registró sus bolsillos, acaso en un destello de generosidad, y encontró una moneda de cobre.

—Ahí tienes—dijo el hombre lacónicamente —; con esto puedes comprar una bujía.

Y marchó raudo hacia Argel, la bella embrujada.

... ...

El miedo, la obscuridad y el silencio agotaron sus fuerzas materialmente; moralmente, aquella mujer estaba deshecha ante la conducta brutal del marido.

Tras de muchas vacilaciones, decidióse al fin, y salió rápida para comprar luz.

Temblorosa, dirigió sus miradas a uno y otro lado. A cada momento volvíase, escudriñando el horizonte. Las sombras antojábansele a la infeliz mujer figuras siniestras.

Al cruzar un lugar más habitado, vió realmente la silueta de alguien que se le acercaba.

Ahora sí que creyó desfallecer de angustia.

Pensó gritar instintivamente, ante la creencia de que fuera el judío; pero el grito se estranguló en su garganta.

Al fin decidió esperar el peligro resueltamente.

Era un hombre anciano el que se acercó a ella implorando su caridad.

—Señora, déme una limosna; no he comido; tengo hambre y soy viejo — y el anciano tendió su mano descarnada y trémula.

El corazón de la mujer aun latía violentamente, y mil ideas contrarias cruzábanse en su cerebro.

Al fin habló al pedigüeño, ocultándole pudorosamente su hambre.

—Hermano, soy tan pobre como usted; sólo tengo una moneda, y tengo que comprar una bujía; la compartiremos y que Dios nos proteja—y el anciano aceptó la limosna, devolviéndole a su vez otra moneda.

Y al llegar a su destino, cuál no sería la sorpresa al ver que el pobre le había dado una moneda de plata.

La vida, en un sarcasmo cruel, ayudábala de este modo; con la limosna del mendigo pudo cenar aquella noche la abnegada y bella española.

FRAY MOCHO

Ha trasladado sus oficinas de Dirección, Redacción y Administración, a su nuevo domicilio situado en la calle

CERRITO 607

esquina a Tucumán

LA ULTIMA OFRENDA

Bajo aquel fastigiado rumoroso que un día
Dió a mi cuita temprana su acertada emoción,
He colmado mi ánfora de una azul melodía
Pensando que no es tarde para mi corazón...

Fatal fuera el enigma que legó tu pupila
—¡Tan profunda y tan clara! — a mi viejo cantar.
Y hoy que mi alma cansada de sufrir se aniquila
Tienes tú la insistencia del oleaje en el mar...

Mi vida no concuerda sino con el arcano
Rumbo que le marcara el lirio de tu mano
Cuando truncó la Pálida tu extraña exaltación:

Y aguardo, dulcemente, la inevitable cita
Donde la persistencia de tu alma infinita
Punzará, mortalmente, mi bravo corazón...

René ZAPATA QUESADA

Por qué el cielo es azul

Vigard, el sabio profesor noruego, después de un largo estudio de los colores de la aurora boreal, ha llegado a la conclusión de que la capa atmosférica de la tierra se halla rodeada de una cubierta de ázoe cristalizado. Esto explica el color azul del cielo y el hecho de que las ondas de T. S. H. sigan el contorno de la tierra, en lugar de la tangente.

La teoría de que ciertos gases están compuestos de partículas cristalinas infinitamente pequeñas, no es nueva. El profesor Owen la ha considerado últimamente como la razón por la cual el gas helio no puede ser solidificado, pues lo está ya.

La luz que tarda 815 años en llegar a nosotros

Los astrónomos ingleses nos dicen que la luz nacida de la constelación Orión tarda ochocientos quince años en llegar a nosotros, recorriendo el espacio a una velocidad de setenta y siete mil leguas por segundo.

El abate Moreux, Director del observatorio de Bourges, nos invita a mirar el cielo al anochecer para que contemplemos el espléndido brillo de esta constelación, nacida en 1109.

Es decir que en este año tuvo su formación, pero nosotros no la vimos, hasta ochocientos quince años después. Es muy posible que, a estas horas, un cataclismo haya hecho desaparecer la constelación cuyo brillo no obstante, estamos contemplando todavía.

UN FERROCARRIL PINTORESCO

La línea férrea internacional de Salta a Chile

Huaitiquina. Así ha llamado el pueblo a esta línea de montaña que, internándose por la histórica quebrada del Toro, siguiendo el sinuoso y antiguo camino de los incas, penetra en el seno de las cordilleras hasta alcanzar las más elevadas altitudes en el desolado altiplano del territorio de los Andes. Pocos son los que conocen las particularidades de su trazado, así como también las enormes obras ya construídas, lo que nos obliga a trazar aquí una breve reseña de sus principales características y de las labores efectuadas.

Determinación del trazado y construcción.—

En el año 1921, después de los numerosos estudios realizados, se dieron principio a las obras de esta línea, trabajos que se intensificaron durante los años sucesivos, hasta el 1924, que encontró a la línea establecida en una gran extensión dentro de la quebrada. La línea arranca de Rosario de Lerma, llegando en la actualidad a Puerta Tastil, importante tramo que se halla en servicio público condicional. A partir de Río Blanco, que se encuentra a 14 kilómetros del punto inicial, la línea faldea los cerros occidentales de la quebrada, con una pendiente uniforme de 25 por mil, disminuída únicamente en las curvas, de acuerdo con los radios de las mismas. El radio mínimo fijado a estas en toda la línea es de 150 metros, y la distancia entre curva y contracurva, de 50 metros que sólo en casos excepcionales se ha reducido a 47 metros.

Entre Río Blanco y El Tunal la pendiente media del Río Toro es algo menor que la uniforme que lleva la línea, por lo que ésta continúa ganando altura sobre el río, y para ello faldea siempre los cerros occidentales de la quebrada, zigzagueando atrevidamente sus difíciles y ásperos contornos, hasta alcanzar el segundo cruce del río Toro, que se efectúa por medio de un viaducto de acero de 2.60 metros de longitud y 25 de altura, colocado en forma tal, que a su vez mantiene la pendiente de 25 por mil que se ha establecido.

Por las pronunciadas vueltas del Río Toro, la continuación del faldeo ha sido imposible en algunos sitios, siguiendo el trazado por la playa del río pero colocando en estos casos defensas que corresponden a diversos tipos que se han proyectado.

Cruzado por segunda vez el Río Toro, el trazado sigue por las faldas orientales de la quebrada, las cuales presentan condiciones mucho mejores para el desarrollo de la línea, pues tienen menor inclinación y en muchos puntos se encuentran mesetas de poca pendiente transversal, donde la rasanta ha podido adaptarse al terreno con facilidad, logrando grandes economías en la construcción.

Pasado El Tunal, la pendiente del río aumenta mucho, pues que alcanza al 40 por mil, lo que ha hecho necesario desarrollar artificialmente la línea para ganar altura. Esto se ha conseguido por medio de un retroceso (Switchbaks) y una curva en herradura situada en la quebrada del Alisar, que es transversal a la del Toro.

Es la segunda vez que en el país se emplean los retrocesos (Switchbaks) y sus ventajas para ganar altura se traducen en grandes economías desde que con su aplicación se evita, en muchos casos la perforación de costosos tuneles.

Pasada la curva de herradura, la línea entra al tunel Billigot, de sólo 203 metros de longitud. Con la altura lograda por el retroceso, a la salida del tunel la línea continúa el faldeo a 70 metros sobre la playa del río.

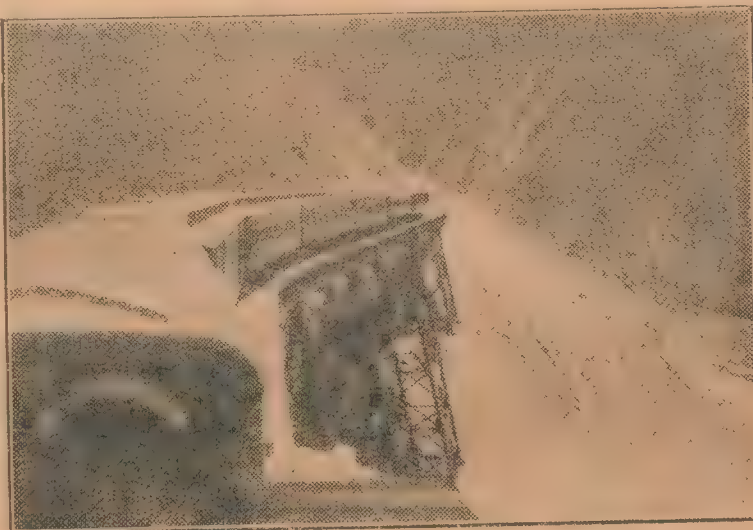
Las grandes ventajas, obtenidas con la aplicación del retroceso quedan demostradas al considerar que la pendiente de la quebrada del Toro entre el Tunal y el Candado, es aproximadamente de 40 por mil, de manera que la línea que sólo tiene una pendiente de 25 por mil, pierde constantemente altura durante ese trayecto de cinco kilómetros; pero como el retroceso aumentó el nivel en que el trazado viene desarrollándose, la línea cruza por el Candado con un puente de 120 metros de luz y 15 metros de altura.

Era indispensable pasar a ese nivel por el Candado desde que esta quebrada sirve de salida a un gran cono de deyección, que con sus arrastres de piedra y lodo en años excepcionales obstruye completamente la quebrada del Toro, que es muy estrecha en ese punto, sobreelevando el nivel de las aguas en forma considerable. Con la solución adoptada, la vía no correrá riesgo por la acción de esos arrastres de piedra y lodo, puesto que el cono de deyección tendrá fácil salida por el puente proyectado. Asimismo la vía se hallará a un nivel muy superior al de las aguas más altas.

El cruce del Golgota.—

Del Candado en adelante continúa el faldeo, pero poco a poco disminuye su altura sobre la del río, desde que la pendiente de este es algo superior a la de la línea. Entre el Candado y Gólgota se efectuó el estudio saliendo de este último punto con una pendiente de 25 por mil (descendente) y tratando de unir esta con la que se traía desde el Candado, para lo cual debía salvarse la diferencia de nivel que hubiera entre las dos rasantes, por medio de un retroceso (Switchbaks) cuya ubicación se fijó en un punto denominado Chorrillitos. La unión de las dos rasantes se efectuó sin inconvenientes por medio del retroceso entrando la línea luego a un túnel de 150 metros de longitud y siguiendo el faldeo hasta Gólgota.

Como entre Gólgota y Tastil el trazado no ofrecía dificultad alguna y, además, como se ha dicho, había sido estudiado prolijamente por el ingeniero Rauch, fué adoptado el ya existente con solo modificaciones de detalle.



Viaducto El Panteón en la Quebrada del Toro, sobre la línea de Huaitiquina.

A partir de Tastil existían soluciones de máxima, corespondientes a los trazados anteriores, que evidenciaban la posibilidad de llevar el trazado de la línea dentro de las condiciones que habían sido impuestas para la construcción. El trazado actual mantiene la línea desde Tastil por la quebrada del Toro en un trayecto de cinco y medio kilómetros con pendiente un poco menor que la máxima fijada: de allí vuelve por la misma quebrada, subiendo las faldas ocidentales hasta alcanzar la meseta. Sigue por un faldeo alto y se desarrolla en forma de rulos abiertos, con el fin de ganar altura otra vez en dirección al norte y paralela a la quebrada del Toro, para continuar después de un recorrido de 28 kilómetros, desde Tastil, en la quebrada de Lagunillas. En esta última parte de trazado se han introducido dos rulos cerrados, con trabajo relativamente fácil. En la quebrada de Lagunillas el trazado no presenta mayores dificultades, hasta el Abra de Lezcano. En este punto la línea demarcada entra en una zona que ha requerido de nuevo el faldeo, que sólo presenta algunos cortes de importancia hasta llegar al abra de Huassayan a una altura de 3800 metros. Desde allí hasta el abra de Muñano, en una distancia de 15 kilómetros, los trabajos que requirieron el desarrollo de la línea son de alguna importancia, aunque en general el terreno no llega a presentar las dificultades ya vencidas en el trayecto del trazado por la quebrada del Toro, comprendido entre las de Alisar y la del Candado. Desde el abra de Muñano, la línea baja directamente a la pampa de la Ciénaga Redonda, la que atraviesa hasta la angostura de los Patos. En este punto sube la baranca del arroyo de los Patos, con un faldeo en una distancia de un kilómetros y medio, para ganar una meseta que conduce en línea recta y sin trabajo hasta San Antonio de los Cobres, para bajar después la barranca del arroyo San Antonio, cruzarlo y continuar por la margen del mismo hasta Pompeya, donde comienza de neuvo a subir hasta el abra de Chorrillos a 4500 metros, sin mayor trabajo, tomando en cuenta la altura que ya ha ganado la línea en su recorrido. En los últimos veintiocho kilómetros del trayecto descripto las dificultades que el actual terreno presenta están concentradas, puede decirse, en solo dos kilómetros cerca de la quebrada de Polvorilla, que la línea cruza por un gran viaducto de 50 metros de altura.

Estado actual de los trabajos.—

He aquí ahora el resumen de las obras realizadas hasta la fecha.

Hasta la Estación de Puerta Tastil la línea se halla terminada y entregada al servicio público condicional.

Desde Puerta Tastil hasta San Antonio de los Cobres, zona que comprende los trabajos actualmente en ejecución, se encuentran completamente terminados los movimientos de tierra y las obras de arte que comprende los túneles, el mayor de los cuales tiene una longitud de 495 metros.

Los trabajos de enrieladura han alcanzado la estación Cachiñal, inmediata al viaducto Muñal, obras cuyas mamposterías están terminadas, comenzándose en la actualidad el montaje de la estructura metálica.

Este viaducto salva una luz de 180 metros y su pila central tiene 48 metros de altura.

Han sido, pues, alcanzadas con los rieles las estaciones de Meseta, Tacuara, Lagunillas, Incahuasi y la de Cachiñal ya citada. Momentáneamente la enrieladura sufrirá una paralización hasta tanto esté terminado el viaducto, y luego se proseguirá rápidamente hasta alcanzar San Antonio de los Cobres, capital del Territorio de los Andes.

Figuras prestigiosas del radicalismo en la provincia de Bs. Aires

La designación de Don Modestino A. Pizarro para la Presidencia de la Cámara Jóven de la Legislatura bonaerense ratifica la confianza en él depositada por los representantes populares en cuatro períodos consecutivos, caso de excepción, único, en la historia parlamentaria del primer Estado de la República y que significa la consagración más acabada y justiciera de los méritos que adornan al funcionario y de las acrisoladas virtudes cívicas del hombre.

Las responsabilidades que emergen del desempeño del alto sitial directriz, han sido brillantemente asumidas y satisfechas por éste tesonero luchador de nuestras bregas democráticas que sabe, en todo momento, con la cortesanía caballerosa, heredada de sus mayores, mantener el debate en el plano de la discusión serena y constructiva, aplicar, imparcialmente, el Reglamento con un tacto exquisito al que no falta la energía necesaria, conquistándose el respeto y el aplauso de todos los sectores en que se divide la opinión pública de Buenos Aires.

Administrador celoso y trabajador infatigable, su paso por el delicado puesto se ha señalado por múltiples y eficientes iniciativas de interés colectivo que atañen al bienestar general, las unas, en meditados proyectos de ley, ya en vigencia, y de órden interno y progresos materiales, las otras, que destacan, a simple vista, el aspecto del palacio legislativo que ofrece ahora, amplias comodidades dentro de un marco severo, una armoniosa línea que conduce, en forma admirable, con la majestad del recinto.



Doctor Modestino A. Pizarro, presidente de la Cámara de Diputados de la provincia de Buenos Aires

Los empleados y personas subalterno, tienen en Don Modesto, como se le llama por antonomasia, un Jefe comprensivo y un amigo leal y sincero. ¡Bellas y nobles cualidades que le caracterizan y blasonan!

Luchador esforzado de nuestras bregas democráticas, dijimos en el principio de las presentes líneas, desde la adolescencia, su vida es un ejemplo que se da a la juventud de veinte años que se empenacha de idealismo. Perseverante en el ensueño, valiente en los estallidos revolucionarios de la reparación en marcha, abnegado en las horas amargas del destierro que no quebrantaron el diamantino temple de su espíritu, irreductible en su fe partidaria y en la devoción admirativa hacia la figura de Hipólito Irigoyen, el triunfo de la causa le ha conducido al sitio que le pertenece por sus altivas y gallardas tradiciones y como premio al acendrado patriotismo que lo alienta.

Las carreras de Juan

Por Rodolfo Bringer

Al verse despedido del lavadero en que prestaba sus servicios desde hacía seis meses, Juan Sartan se dirigió a la agencia de colocaciones en busca de un nuevo empleo.

—¿A qué quiere usted dedicarse?—le preguntó el empleado.

—Me es lo mismo, con tal que gane para comer, para un vaso de vino y para un cigarro.

—¿Aceptaría usted una plaza de preceptor?

—¿Qué es eso?

—Un preceptor es un señor que enseña a un muchacho latín, griego, historia, geografía, matemáticas...

Juan Sartan no sabía ni latín, ni griego, ni historia, ni geografía, ni matemáticas; pero pensó que como se trataba de enseñar todas esas cosas a un muchacho que naturalmente, tampoco lo sabía, tal vez no advirtieran su propia ignorancia, y se apresuró a aceptar aquella plaza de preceptor: 250 francos al mes, matenido y vestido.

Los Duponchant eran unos comerciantes retirados que soñaban para su hijo Gastón los más altos cargos de la tercera República. Desgraciadamente, tan elevadas ambiciones no eran compartidas por Gastón, que sólo aspiraba a ser campeón de tenis.

Vivían en una suntuosa villa a la que iba Juan Sartan de nueve a seis para iniciar al joven Gastón en aquellos conocimientos que él no poseía, pero que iba adquiriendo por las noches en un cuartito de la calle de Saint-Mandé, pues era hombre de conciencia que no quería robar el dinero que le daban.

Al cabo de tres años y como el heredero de los Duponchant iba a examinarse del bachillerato, Juan Sartan se dijo:

—¿Y por qué no he de hacerme yo también bachiller, puesto que sé tanto como mi alumno?

Y ocurrió que mientras Gastón salía suspenso, Juan Sartan obtuvo la clasificación de sobresaliente. Pero los Duponchant, indignados por lo que atribuyeron, no a la pereza del hijo, sino a la torpeza del maestro, despidieron al preceptor, y Juan Sartan se vió de nuevo en la calle.

¿Pero qué le importaba ahora? Era bachiller con nota de sobresaliente y no dudaba en encontrar un buen empleo.

Volvió a la agencia de colocaciones de antaño.

—Soy bachiller y desearía una colocación apropiada a mi título.

—Tengo lo que le hace falta—le dijo el empleado—. Una plaza de cocinero en casa de un antiguo comisario de una república soviética que viene a París a gastar las economías que hace administrando la cosa pública de su país. ¿Le conviene?

Juan Sartan pensó que la cocina no forma parte del programa del bachillerato y que él no sabía una palabra de cosas de fogón, pero se dijo que un comisario soviético no debía de ser un "gourmet", y que podría salir del paso con una edición de "La cocinera burguesa" Y aceptó.

A los tres meses pasaba por ser un maestro en el arte culinario, y hubiera concluído por enriquecerse con el empleo si a un exaltado no se le hubiera ocurrido auxiliar a su amo.

Al verse otra vez en la calle, volvió a la agencia y dijo al empleado:

—Soy famoso en París por mis menus, y si tuviera usted una buena plaza de cocinero...

—No hay ninguna disponible, pero si quiere usted entrar de "chauffeur" al servicio de una señora... La plaza es buena, la señora no se fija en el gasto de la gasolina, y puede usted sacar un buen sobresueldo.

Juan Sartan pensó que no debía ser muy difícil conducir un "auto" y aceptó la plaza.

Condujo el coche como cualquier otro, atropellando alguno que otro traseunte, y todo hace creer que hubiera hecho una excelente carrera de "chauffeur", si su ama, que era viuda, no se hubiera enamorado de él y le hubiera propuesto casarse.

Juan Sartan no se había casado nunca, pero pensó que no debía ser mucho más difícil ser marido que ser "chauffeur", cocinero, preceptor o mozo de lavadero. Y se casó con la viuda.

Pero fué un marido detestable que hizo desgraciadísima a su mujer, a la que mató a fuerza de disgustos.

Y así fué viudo Juan Sartan; y como era rico, acabó por encontrarse perfectamente con aquel empleo, estable y tranquilo.

El dolor de reproducirse

Por V. García Martí

Ello es que nos asaltan inquietudes.

Un hijo producido por la sola atracción de sexos es un hijo de cualquiera: un hijo de esta clase debe siempre ingresar en un hospicio.

Además, he advertido que la mayoría de los padres no quieren a sus hijos, y es natural, porque no los esperaban ni se habían preparado para recibirlos. Algunos los toleran como enviados de Dios; pero son muy pocos los que los reciben como enviados del espíritu.

Para tomar parte en el amor filial es preciso tener muy limpio y dignificado el espíritu en el amor de *una* mujer, no de *la mujer*. Esta unidad hay que llevarla en el sentimiento mucho tiempo antes de la concepción. De este modo los hijos serán hijos del individuo y no de la especie. Antes que en la mujer se forme el cuerpo, debe formarse en el hombre el alma. En nuestra prole debemos perpetuarnos nosotros y no cualquiera. Cuanto más haya en ella nuestro, más será nuestra; por eso es necesario que no sea sólo un producto de una parte de nuestro cuerpo y de nuestro espíritu, sino de todo nuestro cuerpo y de todo nuestro espíritu. Como se ve, no es fácil tener un hijo. Para las personas de sentir excepcional es un dolor el reproducirse; porque sería dolor propio el de los hijos *totalmente* nuestros, porque sería grande el pesar de que los hijos no fuesen totalmente nuestros. No hay evasión posible. El dilema es ese y de hecho no puede salirse de ahí.

Cuanto al precepto de *creced y multiplicaos*, no es aplicable como argumento. De los dos, el último encargo sólo debe dirigirse a la plebe. Con la *aristocracia* no se puede jugar como con la cantidad. La *aristocracia* no es ni cuatro ni dos; es uno e intensidad de uno. Por ello el aristócrata no tiene más función que *crecer*. Veinte cuerpos no le perpetúan y sí un alma sin horizontes ni definiciones. El hijo, pues para los míos, significa afirmación y superiorización, no multiplicación ni difusión.

Por este último medio se procrea la prole de la plebe...

De otra parte, los padres no se habitúan a aceptar toda la responsabilidad que tienen por la generación de los hijos—ni aún aquellos que no han precavido lo más elemental, ni aun aquellos que, a falta de previsiones sociales y económicas, no las tomaron morales y religiosas—, y no sacarán sus hijos a la plaza con los ojos vendados para que no vean el cuerno del toro que les ha de desgarrar.

Estos crecen en la más espantosa soledad y desamparo. Huérfanos, porque los padres no los *reconocen* sus hijos.

Otro es el dolor de las madres *abandonadas*, que liban constantemente amargura cuando besan la piel rosada de sus hijos. Los ojos de estas madres no pueden comunicar aquella santa alegría del amor glorioso antes del parto en el parto y después del parto.

En muchos casos el río muda de cauce, y el árbol que vivía lozano se seca, y el fruto amarillea. Es necesario cultivar el huerto antes de dar el fruto y después de dar el fruto, por el árbol y por la cosecha, que es nuestro deber de propietario.

De otro modo, el vecino se reirá de nosotros. Podemos renunciar a tener árboles en nuestra heredad, pero no a tener vecino murmurador. Si sólo amamos las flores y no pedimos frutos, vestimos nuestro campo de poesía, y nadie se reirá del huerto porque lo hayamos convertido en jardín. Se dirá sólo que vivimos en perpetua juventud y que sonreímos siempre. Nosotros observamos que nos place más la virginidad que los malos frutos.

Otros hombres son avaros de su sangre, y no encuentran altar en que ofrendarla. En verdad son éstos los que han cuidado más de su sangre. Ellos no entran en cualquier templo, como los indiferentes que no creen ninguna religión y las respetan todas. Ellos necesitan tener fe, y sólo así comulgan y buscan su templo con la ansiedad del peregrino el oasis. Estos son también *aristócratas*, como los que teniendo un huerto lo cultivan sólo para flores. En cambio, os aconsejo que no busquéis la mujer como los perros las carnicerías.

BOGANDO...

Remero sentimental,
bogo en pos de mi ideal
y en bote azul y florido
cruzo un río de ilusión.
(El remero se ha perdido
buscando tu corazón).

Carlos C. Sanguinetti

Cuento judío

En un tren, el revisor comprueba que un judío va debajo del asiento, para no pagar.

—¿Con que esas tenemos?—le dice el empleado—. Ahora mismo os voy a entregar a la policía.

—¡Oh, por Dios!... No haga usted eso—implora el judío—. Es que se casa una hija mía y como no tenía dinero para ir a la boda...

El revisor acaba por ablandarse; pero se encuentra con que en el departamento inmediato va también otro judío, metido debajo del asiento. El empleado se indigna.

—¿Qué hace usted ahí?... ¡Supongo que a usted no se le casará ninguna hija!

A lo que el judío responde:

—Es que yo, sabe usted... ¡soy el padrino!...

EL HIJO DEL PACHA

Por Mauricio Dekobra

El señor Enrique Kramer observaba con una lupa un diamante de seis quilates en su despacho de la Charia-el-Menak, en El Cairo. Sonó el timbre del teléfono, y el joyero se puso al aparato.

—¡Hola!... Sí, soy yo... ¿Quién habla? ¿Radheb pachá? Buen día, excelencia... ¿En qué puedo serviros?

La voz del pachá repuso:

—Quería decirle, señor Kramer, que irá a verle un hijo mío dentro de una hora. Elegirá unas sortijas y unas pulseras y vendrá con uno de sus empleados a mi casa, a fin de enseñar a mi mujer algunas perlas y algunos brillantes. Cuento con usted, ¿no es así?

—Entendido, excelencia.

Una hora más tarde, un joven elegante, de tez morena, vistiendo un traje de gabardina color caquí y tocado con el "tarbouch" tradicional, entró en el establecimiento y dijo:

—Señor, mi padre ya le habrá anunciado mi visita... Vengo a buscar una colección de joyas solicitada por él. Un empleado suyo me acompañará a casa, y mi padre le remitirá el valor de las joyas escogidas por mi madre. ¿De acuerdo? ¿Quiere darme algunos anillos con záfiros y brillantes y algunos brazaletes ornados de esmeraldas y diamantes?

El joven sentóse en un sillón y empezó a elegir. Mientras tanto, el señor Kramer, que había llamado a la trastienda a uno de sus dependientes, le ordenaba:

—Usted deberá llevar las joyas en esta pequeña valija. Le acompañará Radheb bey a casa de su señor padre. A pesar de que la honorabilidad de la familia está por encima de toda sospecha, tenga buen ojo... Con discreción, naturalmente... Usted podrá aceptar un cheque en pago de los objetos vendidos...

Minutos después el hijo del pachá y el empleado del señor Kramer subieron a un coche. Este se detuvo ante una hermosa villa del bulevar de Guizeh.

—Aquí es — dijo el apuesto joven—. Deme las joyas, a fin de que mi madre pueda elegir... Usted sabe que no puede recibir visitas masculinas... Una vez que haya elegido, mi padre o yo bajaremos a pagarle lo que se le deba.

El empleado vaciló. No ignoraba que no podía presentarse en los aposentos de la mujer del pachá, y al mismo tiempo sabía que no estaba en el derecho de molestar a un cliente del señor Kramer.

Obligado por las circunstancias, accedió al pedido de Radheb bey, y mientras este último penetraba en la villa comenzó a pasearse a lo largo de la acera.

Transcurrieron diez minutos, un cuarto de hora, veinte minutos. El empleado, un tanto extrañado, miraba la casa, asombrado de que no hubiese en la entrada principal un *barbarín* de servicio.

Advirtiendo, frente a una casa vecina, la presencia de un sirviente negro, acercóse a él y le preguntó:

—¿Es ésta, en realidad, la casa de Radheb pachá?

—Sí — respondió el negro—; pero Radheb pachá no está en ella, ni ningún miembro de la familia... Partieron anteayer para Europa.

El empleado sintió correr un sudor frío por las sienes. Echó a correr en dirección al puente y llamó a un agente de Policía. El "chaouich", después de escuchar al pobre hombre, admitió que la tentativa de robo era flagrante.

—Vamos a la villa del pachá — dijo.

—Siempre que no sea tarde...

—¿Vió usted entrar al ladrón en la casa?

—No; yo vi que daba una vuelta alrededor de ella. Pensé que entraría por una puerta lateral.

El empleado y el agente llegaron sofocados hasta la suntuosa residencia.

—Entremos en seguida... Los segundos son preciosos...

Apenas hubieron hollado la arena de la alameda, el agente gritó:

—¡Allá está, en el fondo del jardín! Salta el cercado para ganar la callejuela...

La persecución fué accidentada. A pesar de todo, el elegante joven del "tarbousch" debió rendirse ante la amenaza del policía. Poco después los tres pasaban al despacho de la Comisaría.

Durante el curso de la declaración el "chaouich" había registrado al caco y extraído del sobretodo la pequeña maleta negra de las alhajas.

—¿Quiere ver el contenido de este saco y comprobar si falta alguna joya? — dijo el comisario al empleado.

Este, radiante de felicidad por haber recobrado su tesoro, abrió la maleta y lanzó un grito de espanto: estaba vacía.

—¡Oh! ¡Oh! — dijo el comisario frunciendo las cejas y mirando al joven pálido—. ¿Todas las alhajas robadas? Tu caso se agrava, mi amigo...

—No hay más remedio que telefonear a su patrón.

El comisario se puso al aparato, y con muchos rodeos dijo al Sr. Kramer que su empleado había sido víctima de uno de los robos más audaces.

—¿Cómo?... ¿Un robo? — respondió el joyero—. ¿Qué robo?

—¡Pero, señor! El robo de las joyas contenidas en la maleta negra... No hemos podido recuperar una sola...

Al terminar de hablar el comisario un estallido de risa resonó en el teléfono y el Sr. Kramer declaró:

—Tenga la bondad de tranquilizar a mi dependiente... Presintiendo que el joven elegante era un estafador cambié la maleta de las joyas por otra vacía.

Una visita a la ciudad donde se juró la Independencia Argentina

El ingeniero José S. Sortheix, gobernador de la provincia de Tucumán

Si la inteligencia superior y la capacidad para el trabajo organizado y metódico son condiciones determinantes de la eficacia y del éxito en las funciones ejecutivas del gobierno, el ingeniero Sortheix deberá ser el mejor gobernador que haya tenido Tucumán hasta el presente. No hay en esta afirmación nada de exajeración ni de lisonja.

El ingeniero Sortheix es, ante todo y por sobre todo, con o sin gobierno, un estudioso y un trabajador. El ha vivido estudiando y trabajando. Allí, en esas fuentes, es donde tienen que buscarse los rasgos y modalidades que definen la personalidad de Sortheix. El gobierno viene a darle relieve político, colocándolo en la zona de luz circunstancial donde se mueven las figuras públicas; pero el estudio y el trabajo han realizado la obra definitiva, dando la medida de su inteligencia y formando su carácter, o sea el cuadro íntimo y profundo que compendia, traduce y afirma las condiciones personales e irradía perennemente en la conducta, cualesquiera que sean las situaciones ofrecidas por el azar de la vida.

Hay que conocer a Sortheix en sus características particulares, para recién darse cuenta del significado que encierra su elección de gobernador. Su candidatura misma se explica así, como se explica y aclara su situación en el partido. Las esperanzas que despierta y las seguridades que ofrece como gobernante aparecen, aún proyectándolas fuera de Tucumán, excepciónalmente justificadas.

Sortheix, tucumano, hijo de francés, es ingeniero de la Escuela Central de París. Es profesor universitario. Todavía, siendo gobernador, dicta su cátedra.

Ha sido administrador de ingenio y es un gran mecánico capaz de mover las máquinas de todos los establecimientos azucareros, improvisando aprendices. No hay temor de que los industriales, en un hipotético conflicto con el gobierno, quisieran paralizar sus fábricas.

Una anécdota revela los conocimientos y técnica de Sortheix. Fundador del primer ingenio en cooperativa de plantadores, le fué comunicado como presidente de la Sociedad, que las máquinas nuevas no funcionaban y no había quien pudiera hacerlas funcionar. Trasladóse Sortheix y entre el asombro de los propios entendidos, descubrió y subsanó rápidamente las fallas. El ingenio se puso en marcha entonces y sigue marchando con toda regularidad y éxito.

Después de administrador de ingenio, ha sido plantador de caña. Es decir, ha practicado la más ardua, la más azarosa de las actividades dependientes de la industria, con excepción, por supuesto, de la del obrero, a quien también ha tenido que tratar de cerca y diariamente. Domina pues a fondo, como que los ha vivido diremos, los tres términos del problema azucarero, el del fabricante, el del plantador y el del asalariado. Nadie como él está habilitado para afrontar desde el gobierno la resolución del problema.

Estos rápidos antecedentes, si bien esbozan al ingeniero Sortheix en el plano concreto de sus relaciones prácticas con el medio, no dan la medida integral de sus aptitudes intelectuales o poder de su inteligencia. Para tener esa medida y apreciar su personalidad en el conjunto total de su valer, hay que mirar más alto y penetrar más hondo, aún a costa de alejarnos de los conceptos habituales que han definido y definen en general al personaje de gobierno.

Sortheix es un hombre de ciencia en la verdadera acepción de esta palabra. Las horas más profundas y solemnes de su desenvolvimiento intelectual las ha dedicado a las matemáticas que conoce y maneja en toda la extensión de su portentoso desarrollo. El sabe de "ecuaciones" y de cálculo, desde el análisis "ordinario" hasta el cálculo "infinitesimal", siendo autor de un libro sobre el tema. Sabe de "diferenciales" concebido el análisis a la manera de Leibniz. Sabe de "fluxiones" o "límites" o "primeras y últimas razones", dentro de los conceptos de Newton. Y sabe de la concepción de Lagrange, que al introducir las funciones "derivadas", señaló la unidad perfecta del análisis y su carácter puramente abstracto presentándose como la concepción más racional y filosófica.

Tales expresiones que semejan jeroglíficos dentro de este esbozo de un gobernador de Provincia, son sin embargo, pese a la somera generalidad con que se las presenta, términos comprensivos de las amplias perspectivas hacia las cumbres del pensamiento humano. Llegar a ellas, estudiarias y comprenderlas hasta convertirlas en preferencias del espíritu y en rasgos distintivos de la personalidad, entraña de por sí una superioridad de inteligencia muy por encima de las apreciaciones comunes. Entraña también una labor inmensa y paciente. Por eso constituyen una verdadera selección los hombres que poseen esa inteligencia y han sido capaces de ejercitar esa labor. Sortheix está entre ellos y estará entre ellos, sean cuáles fueran todas y cada una de las eventualidades del gobierno.



Ingeniero José S. Sortheix, gobernador de la provincia de Tucumán

Conocido de este modo el ingeniero Sortheix, fluyen inmediatamente diversas consideraciones sobre el gobernador y sobre los acontecimientos que con él se relacionan. Desde luego aparece en el escenario de los políticos dirigentes y hombres de gobierno, como un tipo nuevo o como un nuevo molde que se incorpora al movimiento poderoso de renovación de valores y formas que realiza, entre el asombro y la incomprensión de muchos, nuestra democracia inspirada y dirigida por la clarovidencia genial del Dr. Hipólito Irigoyen.

En la contextura intrínseca y dominante de su vida y de sus condiciones, este gobernador se asemeja más a algunos ejemplares de la política europea, que a los ejemplares de nuestro medio en general. Su autoridad y prestigios previos e inmediatos, no le vienen de su directa actuación política. Los trae consigo mismo y en forma tan especial, que a ratos parecieran hasta contradictorios con el orden de actividades donde van aplicarse.

Puede también decirse que la candidatura y el triunfo en Tucumán de un hombre como Sortheix, envuelven una demostración y al mismo tiempo un experimento. Una demostración en cuanto afirma de una manera evidente la capacidad de nuestro pueblo, hasta en los rincones de la República, para el acertado ejercicio de su soberanía y discernimientos democráticos. Un experimento, en cuanto colocan la inteligencia, la preparación y las aptitudes esencialmente científicas como términos preponderantes en la apreciación de una figura política que surge y del porvenir o suerte de su gobierno.

No creemos que los hombres de ciencia sean fatalmente eximios gobernantes. Si creemos, en cambio, que es más fácil encontrar un eximio gobernante entre los hombres de ciencia que entre los vulgares y mediocres. La cuestión estriba en que el hombre de ciencia, sienta los atractivos de la política y en que se le presente la oportunidad de actuar en un plano que lo satisfaga y lo determine a emprender la tarea. Son éstas circunstancias, precisamente, las que con menos frecuencia ocurren; pero ocurridas, llega el momento de detenerse y observar al hombre, sabiendo que representa una notoria excepción. Es el caso de Sortheix.

Radical de muchos años, no es militante de los comités, ni práctico electoral, ni agitador de multitudes. Sin embargo, ungido candidato, se apropió con rapidez de esos medios y los esgrimió con sorprendente eficacia.

Asumió el mando. Prestado el juramento ante la asamblea legislativa esbozó sus ideas de gobierno en un discurso cuyo exordio señaló una rara nota de elocuencia por la forma y maneras de decir y cuyo contenido es una revelación de ideas concretas y definidas sobre los problemas más vitales de Tucumán.

Y ahí está, de gobernador, ejerciendo el cargo en las iniciaciones de su período que dura cuatro años. Dá la impresión de un jefe al frente de una batalla o la de una fuerza puesta en movimiento. Clasifica los hombres y los elige en razón de su dinamismo, como él dice. Quiere hacer, quiere realizaciones y las busca con afán. Es un gobernador de mano firme y de pensamientos recios. Puede convertirse en una figura prominente de la política nacional.

Según la constitución tucumana el vice-gobernador, es el Presidente del Senado. El cuerpo lo elige cada año. Hoy ese cargo tan importante lo desempeña el doctor Alejandro Pérez.

Las condiciones del doctor Pérez son innegables. Es médico distinguido. Si se dedicara exclusivamente a su carrera, podría hacer fortuna. Pero la política lo atrae de manera invencible como una inclinación ingénita y poderosa. Y entonces, el ejercicio de la profesión, tiene que resentirse seriamente, sobre todo, en sus resultados pecuniarios.

Aún cuando la clientela es numerosa, el doctor Pérez atiende en general si cobrar sus servicios. Unas veces por correligionario, otras veces por la pobreza del enfermo y otras, porque ya es en él una modalidad éste desprendimiento.

El vice-gobernador de Tucumán tiene una verdadera personalidad política. La ha conquistado en buena ley actuando constantemente en el partido. Es figura democrática por excelencia, a quien no le arredran ni disminuyen los vaivenes de la suerte. Demuestra con ello la sinceridad valiente de su espíritu batallador y el arraigo entre las masas.



Doctor Alejandro Pérez, vicegobernador de la provincia de Tucumán y presidente de la Cámara de Senadores

Ha sido candidato a gobernador en una de las luchas pasadas, entre fracciones del partido, cuando la intervención a Tucumán del ingeniero Alvarez de Toledo, hoy embajador en París. No merecía y no debió ser derrotado en esa lucha.

Dos veces consecutivas ha sido candidato a diputado nacional y las dos veces no obtuvo la banca. Sin embargo, cuando se planteó la unificación del partido en la Provincia, el doctor Pérez estaba al frente de un núcleo numeroso y respetable de correligionarios que seguían sus inspiraciones. Fué, en consecuencia, un factor de mucha importancia para la solución que culminó con el espléndido triunfo del Ing. Sortheix. La popularidad el Dr. Pérez creció enormemente al unirse el partido presentándose compacto é irresistible. Le correspondía de derecho la vice-gobernación.

El doctor Pérez es un hombre jóven y sus condiciones le aseguran el porvenir político. Otros podrán surgir y desaparecer. El ha de perdurar siempre porque tiene amigos y es persistente, porque no desfallece, no se acobarda ni se desilusiona. Ese es el doctor Pérez, vice-gobernador de Tucumán.



Doctor Adriano E. Bourguignón, ministro de Gobierno



Señor Alberto Barros, presidente de la Cámara de Diputados.



Doctor Joaquín Apolinario, ministro de Hacienda.

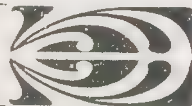
El doctor Adriano E. Bourguignón, Ministro de Gobierno de la Provincia de Tucumán, es una de las figuras más notables del norte argentino. Tanto por su actuación pública intensa, como por su indiscutible prestigio intelectual, el doctor Adriano E. Bourguignón ha perfilado los rasgos definidos de la personalidad. Pertenece a la categoría de hombres que comparten la acción y las responsabilidades de la política, con el desempeño de las altas funciones de la administración y la magistratura, y el conocimiento de las manifestaciones del pensamiento y el espíritu. Puede por ello asegurarse que reune virtudes excepcionales, que se complementan admirablemente con su temperamento noble y claro, y que lo habilitan con creces para el delicado cargo de Gobierno que ocupa. Joven de naturaleza, ha alcanzado sin embargo la madurez reflexiva, el sereno estado de ánimo y la precisión cabal que requiere el manejo de la cosa pública. Su obra desde el cargo aludido, será, pues, indudablemente, beneficiosa y perdurable.

Ocupa la Presidencia de la Cámara de Diputados de Tucumán, el señor Alberto Barros. Su elección por dicho alto cuerpo legislativo, enuncia ya una personalidad de amplio y arraigado prestigio local, que, naturalmente, ha trascendido al país entero. No se necesitarían mayores referencias para reconocerlo. Pero si el conocimiento de los hombres que en las distintas actividades sociales trabajan decididamente por el bien de la Nación reporta beneficios morales inapreciables, oportuno es decir que el señor Alberto Barros llega al sitial de la legislatura tucumana después de una intensa y meritoria actuación pública. Ha escalonado con inteligencia y recta labor cargos delicados en la esfera partidaria y representativa, que lo llevaron a las altas funciones que ahora desempeña y que le han ganado el indudable prestigio que acredita su nombre. Desde la Presidencia de la Cámara de Diputados de Tucumán, el señor Alberto Barros proseguirá la patriótica obra, que le reserva seguramente para mayores destinos.

Ha sido confiado al doctor Joaquín Apolinario el Ministerio de Hacienda de la Provincia de Tucumán. Si se tiene en cuenta que el porvenir de la industriosa y próspera región depende principalmente del desenvolvimiento y natural desarrollo de su administración y sus finanzas, se comprenderá qué títulos morales e intelectuales exige el desempeño de aquel alto cargo. Sobre todo para un Gobierno que, como el del Ingeniero Sortheix, se inicia con el auspicio y la esperanza colectiva, la designación para el Ministerio de Hacienda era de singular trascendencia pública. No pudo hallarse más acertado, sin embargo, el primer magistrado de Tucumán. El doctor Joaquín Apolinario asegura por sus merecimientos indiscutibles, una recta e inteligente obra de gobierno. Ciudadano probado en las actividades de la política y de la lucha social, entre cuyos iniciadores obreristas se cuenta, su nombre es una garantía que supo advertir el país entero, acogiendo con viva simpatía su nombramiento.



CAMARA DE SENADORES DE LA PROVINCIA DE TUCUMAN





Señor Carlos A. Campero. — (LEALES)



Señor José Ignacio Aráoz. — (MONTEROS)



Señor Raúl Castro Videla. — (CAPITAL)



Señor Tristán Coronel. — (CRUZ ALTA)



Señor Isaías Padilla. — (FAMAILLA).



Señor Leandro S. Aráoz. — (MONTEROS) Vice presidente primero.



Señor Francisco de la Vega Lobo.— (CHIQUIGLASTA) Vice segundo.



Señor Clemente Barquet. — (BURRUYACU)



Señor Celedonio Gutiérrez. — (CAPITAL).



Señor Luis Grunauer (hijo)— (RIO CHICO)



Señor Carlos I. Miranda. — (CHIQUIGLASTA)



Señor Arturo R. Alvarez. — (FAMAILLA)



Señor Guillermo Remis. — (TRANCAS)



Señor Nicasio E. Taboada.— (CRUZ ALTA)



Señor Pablo S. Alvarez. — (CAPITAL)



Señor Carlos María Terán. — (TAFI)



Señor Adolfo Piossek. — (CAPITAL)



Señor Luis A. Silvetti. — (GRANEROS)

CAMARA de DIPUTADOS de la PROVINCIA de TUCUMAN


Señor Ceferino Almirón. — (CHICLIGASTA)


Señor Segundo E. Brandan. — (C. ALTA)


Señor Joaquín Juárez. — (RIO CHICO)


Señor Salvador Mothe. — (RIO CHICO)


Señor Horacio Sánchez Soria. (CAPITAL).


Señor Emilio Rodríguez. — (GRANEROS)


Señor J. M. Vera Hernández. (CAPITAL)


Señor Fernando Paz. — (FRANCAS)


Señor Domingo Salazar Pérez. (CAPITAL)

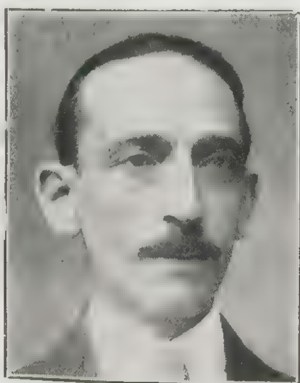

Señor Cervando Rocha. — (BURRUYACU)


Señor José Lucas Penna. — (CHICLIGASTA)


Señor Oscar Parajón Ortíz.— (FAMAILLA)


Señor Miguel Padilla. — (FAMAILLA)


Señor Félix Mothe. — (MONTEROS)


Señor León Rougés. — (MONTEROS)


Señor Lucio López Peña. — (CAPITAL)


Señor Fernando de Prat Gay. (CAPITAL)


Señor Norberto Antoni. — (FAMAILLA)


Señor Marcos A. Olmos. — (CAPITAL)


Señor Benjamín Cossio. — (CAPITAL)


Señor Leandro Aráoz (h). — (MONTEROS)


Señor Juan Carlos Cossio. — (C. ALTA)


Señor Pedro Argañarás. — (LEALES)


Señor Francisco R. Gordillo. (RIO CHICO)



Señor Manuel Mendilaharzu. — (TAFI)



Señor Miguel Mendoza Padilla. — (CHICLIGASTA)



Señor Agustín Sal. — (CAPITAL)



Señor Rodolfo Cuello Elías.—(MONTEROS)



Señor Ernesto Rusiñol Frías. (TAFI)



Señor Juan Carlos Nougués (hijo) (FAMAILLA)



Señor José Raquel Salas. — (CAPITAL)



Señor Julio Soria. — (C ALTA)



Señor José Lozano Múñoz. — (C. ALTA)



Ing. Enrique Salgado Martín, secretario de la gobernación de Tucumán



Señor Ramón Cordeiro, subsecretario del ministerio de Gobierno.



Señor Pastor Kreisel, subsecretario del ministerio de Hacienda.



Doctor Ricardo E. Casterán secretario del Senado.



Señor Aurelio de Zuasnábar prosecretario del Senado.



Señor Julián Bugean, secretario de la C. de Diputados.



Señor Enrique J. Terán, secretario 2.o de la C. de Diputados.



Sr. Juan Carlos Romano, prosecretario de la C. de Diputados



Señor Ricardo Ferreyra, Tesorero de la Provincia



Señor Eduardo Podestá, comisario de la legislatura

Bolsa de Comercio de Tucumán







De derecha a izquierda, señores Marcos Romero.— vocal. — Pascual Royo, Vice Presidente. — Pantaleón M. Coronel, Presidente. — Andrés Ibarzábal, Secretario. — Fortuna Saad, Tesorero. — José Albornoz, Gerente. — Nallib Nadra, Antonio Riba, José Pucci y Antonio Pastell, vocales.



Doctor Miguel Campero, ex-gobernador de la Provincia de Tucumán y actual presidente de la Caja Popular de Ahorros.

El doctor Miguel M. Campero, cuyo paso por el gobierno de la Provincia se ha traducido en una gestión altamente provechosa para aquel estado argentino, nació en Tucumán el 12 de octubre de 1881. — Cursó sus estudios en la Universidad de Buenos Aires graduándose de doctor en Derecho y Ciencias Sociales el año 1907. — Desde 1903 figura en el partido Radical. En agosto de 1906 fué elegido presidente del Comité Universitario Radical de Buenos Aires.

Establecido en Tucumán, fué designado Defensor de Pobres en 1909. Un año después era ascendido a agente fiscal. En agosto de 1911 se le nombró juez de la instancia en lo civil y comercial; y en abril de 1913, durante el gobierno del doctor Ernesto E. Padilla, fué designado presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Provincia, en cuyo cargo fué reelecto por un segundo período de tres años.

Elegido gobernador de Tucumán, asumió el mando el 15 de mayo de 1924, terminando su mandato igual día de 1928.

Actualmente ocupa el cargo de presidente de la Caja Popular de Ahorros. Difícil cargo por cierto, y en el que el Dr. Campero hará obra perdurable, de acuerdo con sus grandes condiciones. En la Caja Popular, que desarrolla una gran obra económico-social, benefactora de obreros y empleados, el Dr. Campero está llamado a realizaciones felices.



Señor Juan Luis Nougués, intendente municipal de la capital tucumana, que está desarrollando una acertada y beneficiosa actuación edilicia, en favor del embellecimiento y progreso urbano de Tucumán.



General don Juan Esteban Vaccarezza, comandante de la quinta división de ejército y presidente honorario del Congreso de Municipalidades de Tucumán. Es uno de nuestros más prestigiosos jefes del ejército, donde se le respeta y admira.



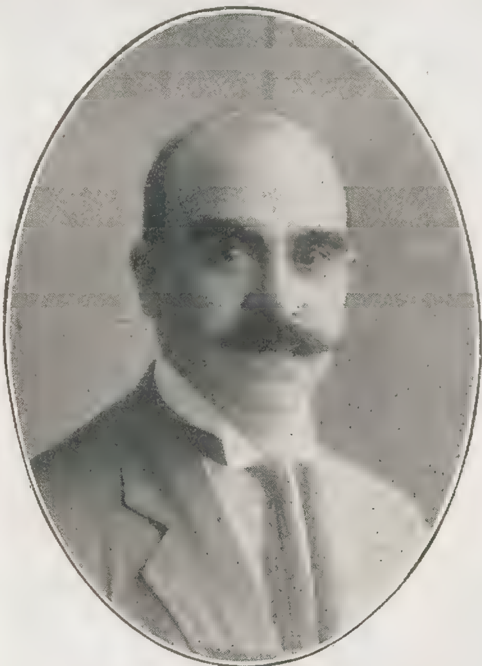
Monseñor Bernabé Piedrabuena, culto y distinguido prelado, que desempeña el obispado diocesano de Tucumán.



Doctor Manuel Martínez, uno de los pocos hombres a quien los años no le han hecho perder la fortaleza del espíritu, la actividad y los entusiasmos. En otras épocas ha sido jefe de Policía de la Provincia, ministro y diputado nacional. Ha sido también y es todavía un ferroviario distinguido con largos y eficaces servicios en ese ramo.



Ecos de la asunción del mando gubernativo. — El gobernador de la provincia de Tucumán, ingeniero Sortheix, acompañado de las demás autoridades provinciales y locales, durante la recepción organizada por la Sociedad Francesa, en honor del mandatario tucumano.



Doctor Esteban Gaubeca, distinguido y probo magistrado, presidente de la Suprema Corte de Justicia de Tucumán y presidente honorario del Congreso de Municipalidades



Doctor Manuel Cossio (hijo), presidente del Consejo de Higiene de la Provincia, cuyas acertadas medidas para atajar el avance de la peste bubónica han sido elogiadas sin reservas



Doctor Miguel Critto, presidente del Consejo de Educación a quien se deben acertadas iniciativas para la reorganización del magisterio.

CARCEL PENITENCIARIA DE TUCUMAN





El Centro de Comerciantes Minoristas ofreció un almuerzo criollo a los recluídos en la Cárcel Penitenciaría de Tucumán. Este simpático gesto dió motivo a una verdadera fiesta que mitigó por unas horas la pena de los que perdieron su libertad. Asistieron al acto los ministros del Poder Ejecutivo doctores Bourguignón y Apolinario, quienes felicitaron al director del establecimiento carcelario, mayor Justo F. de la Vega y al personal a sus órdenes por la disciplina e higiene que imperaba en el penal.— A la izquierda: los ministros mencionados, el director de la cárcel, el sacerdote señor Castro Videla y la comisión de comerciantes organizadora del acto. — A la derecha: vista parcial de los penados al servírseles el almuerzo.



Pabellón de penados que contiene 300 celdas repartidas en 3 pisos. Tiene cabriadas y tirantería de hierro, muros de mampostería y cemento y, pisos de mosaicos. — Costó $ 461.000.



Mayor de ejército retirado don Justo F. de la Vega, director de la Cárcel de Tucumán.



Una perspectiva de la Cárcel Penitenciaría de Tucumán y parte del muro que rodea a esta prisión edificada hace poco tiempo.

Fots. Castillo y Lanio

Concejo Deliberante de Tucumán



Doctor Julio Prebisch (Concejal)



Doctor Ignacio S. Toledo. (Concejal)



Señor Felipe Noguera (Concejal)



Señor Brígido Terán, presidente del Concejo Deliberante y presidente del Congreso de Municipalidades de Tucumán



Señor Nepomuceno Montenegro. — (Concejal)



Señor Ceferino Almirón. (Concejal)



Señor Rosa Mercado. (Concejal)



Señor Modesto Guasch. (Concejal)



Señor Francisco López García. (Concejal)



Señor Miguel A. Molina. (Concejal)



Señor Lázaro Figueroa. (Concejal)



Doctor Amancio Alvarez. — (Concejal)



Señor José Canizo (Concejal)



Señor Antonio Alberti. (Concejal)



Doctor Federico P. Luchini (Concejal)



Doctor Rodolfo Sosa (Secretario)



La policía de Tucumán



El ingeniero Sortheix, gobernador triunfante en Tucumán, no pudo elegir un Jefe de Policía de mejores condiciones que el señor Diego Olivera. Su lealtad de amigo, su caballerosidad característica, son de viejo cuño. No hay combinación política o de cualquier orden que las tuerza. Estos rasgos le vienen por tradición de familia, pues, desde tiempo inmemorial, los Olivera, en el Sud de la Provincia, han sido hombres respetables y puntales inconmovibles del partido que los contara en su seno o del hombre a quien acompañaran con su adhesión o simpatías.

Este descendiente de troncos rurales, es inteligente y preparado. En cualquier puesto que ocupó, supo cumplir con su deber con distinción y honradez acrisolada; y así lo cumplirá siempre.



Señor Diego Olivera, jefe de policía de la ciudad de Tucumán

Su inteligencia y preparación han trasuntado muchas veces en sus colaboraciones bajo su firma, publicadas por uno de los diarios que hacen honor a la República: "La Nación". Ya sabemos que colaborar en este diario, es casi como una consagración pública inapelable.

A nadie le gusta tanto la política como al actual Jefe de Policía tucumana. Le falta, sin embargo, cierta ductilidad partidista que exigen, lógicamente, los comités. Y le sobra, a veces, la ironía. Por eso, y posiblemente porque no ha sido un ambicioso ni un impaciente, o porque prefiere ser abnegado en sus vinculaciones y afectos personales, no ha llegado antes a las posiciones significativas de que es capaz.

Ahora, parece tocarle el turno, siendo la Jefatura de Policía un comienzo auspicioso.



Señor Macario Ricci, comisario de órdenes



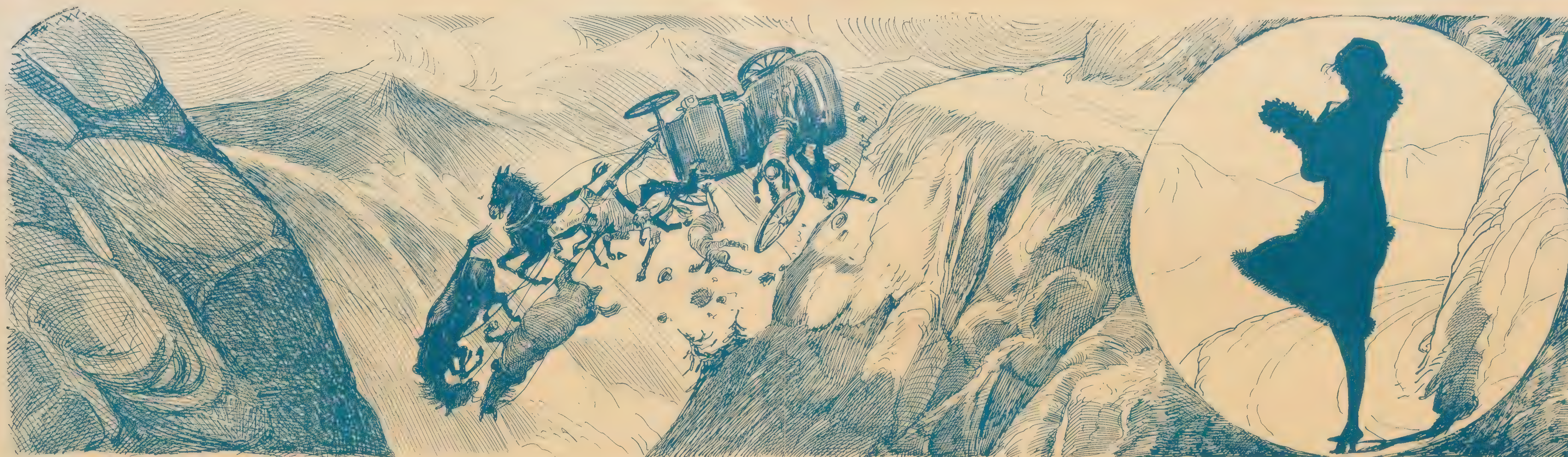
Grupo de jefes y oficiales del escuadrón de seguridad, de la policía tucumana.



Teniente coronel Manuel Hernández, jefe del escuadrón de seguridad.



Sub-oficiales del escuadrón de seguridad



El ventisquero

Por M. García Rey

A los tres años de matrimonio, el marqués estaba tan enamorado de su esposa como el día antes de su casamiento, lo cual podrán no alcanzarlo a comprender algunos maridos, pero esto no es un inconveniente para que el amor del marqués resultara un hecho.

En cuanto a Elvira, que había querido a su primo Arturo, de esa manera especial que ama la mujer, cuando lo hace por vez primera, parecía estar satisfecha de su posición social.

Sin el consejo de ambas familias, Elvira y Arturo hubieran concluído por casarse; pero como ni uno ni otro contaban apenas con bienes de fortuna, se convino, por parte de todos, en que aquel matrimonio era un disparate en toda la extensión de la palabra; que no había ni siquiera que pensar en él, pues "contigo pan y cebolla", era una frase vacía de todo sentido y cursi por añadidura; por lo que los primos, atendiendo a los sentimientos de la realidad, más que a los de sus corazones, hicieron punto y aparte en su mutuo y recíproco amor.

Y el marqués de G... que por lo ilustre de sus blasones, al par que por su cuantiosísima fortuna había sido el candidato suspirado por cuantas jóvenes de la más encopetada aristocracia se encontraban en estado de merecer y del que se aseguraba, como cosa resuelta, su enlace con una joven algo parienta suya modelo de todo género de virtudes y bella hasta ser la admiración de los salones a que por entonces concurría, vió a Elvira, se enamoró como un loco de ella, y concluyó, con gran escándalo de todos, por dejar plantada a su futura, la que desde entonces no volvió a dejarse ver en público.

Elvira, por su parte, no dudó un momento en aceptar aquel ventajosísimo partido, y el linajudo y archimillonario marqués concluyó por tener el mismo trágico fin que cuenta Víctor Hugo cupo al capitán Jebs.

El primer año de matrimonio, o sea el convenido en llamar el de la luna de miel, se lo pasaron los nuevos esposos recorriendo las principales capitales de Europa. Desgraciadamente para el marqués, durante este viaje, Elvira tuvo el capricho de que les acompañara una prima suya, la cual no volvió a separarse de la nueva marquesa.

Aquella prima fué el primer punto negro de la vida del enamorado marqués, porque el segundo, o sea el ex-amante y primo también de Elvira, más que punto negro, resultó punto filipino.

La presencia de Arturo en la casa del marqués acabó por constituir para éste, una verdadera contrariedad.

Las atenciones que Elvira dispensaba a su primo, las continuas visitas de éste, y otra multitud de detalles, nimios en la forma, pero no en el fondo; concluyeron por despertar los celos del marido. Este no ignoraba las relaciones amorosas habidas entre Elvira y Arturo, hacía algunos años, pero hasta que los celos no comenzaron a germinar en su corazón, aquello había pasado inadvertido. Pero desde entonces, no.

Las miradas que se cruzaran entre Elvira y Arturo, las confianzas que mutuamente se permitieran, las coincidencias naturales, o que al menos había que confesarse que debían serlo, resultaba para el celoso marido una serie de suposiciones que, comenzando por preocuparle, concluían por constituír su desesperación.

La figura imprescindible de aquella prima que parecía multiplicarse, cuando Arturo se encontraba allí, era para el marqués el mayor de todos los torcedores. Y procurando ocultar en lo más recóndito de su alma aquéllos, para él unas veces fundados y otras hasta criminales pensamientos, acudiendo a lo mejor a su memoria la figura de aquella otra, de la que había labrado la eterna infelicidad, y sumido en el más hondo de los dolores y en la más acerba de las amarguras, mirando siempre desvanecerse las pruebas de cuantas sospechas concebía, en una palabra sufriendo todo el horroroso martirio que experimenta todo aquel que tiene la desgracia de concluir porque se apodere de él, el no sin razón, llamado demonio de los celos, el buen marqués sufría espantosamente, sin que a este sufrimiento alcanzara siquiera el lenitivo de la comunicación; hasta que la figura de Arturo desaparecía y, como consecuencia de esto, la de la imprescindible prima se restaba y el enamorado esposo, al encontrarse a solas y en presencia de su mujer, comenzaba por olvidar y concluía por arrepentirse y hasta avergonzarse de aquella serie de dudas y sospechas.

Por primera vez desde su matrimonio, al concluirse los meses de primavera, Elvira y su esposo decidieron pasar una temporada, en una magnífica posesión que tenían en el Pirineo y de la cual colindaban los terrenos con una propiedad de los padres de aquella primera prometida del marqués y en donde la joven se habían instalado desde poco después del casamiento de aquél con Elvira.

El tiempo continuaba, por no variar en un todo contrario a lo predicho por el almanaque. Hacía ocho días que los marqueses se encontraban en su finca del Pirineo, y ni uno solo se había dejado ver el sol, cuando se presentó Arturo.

Para el marqués resultó éste el mayor de todos los nublados.

Dos días después, amaneció uno espléndido. El contraste que presentaban los rayos del sol, al tocar, huyendo, las capas de nieve que cubrían el suelo, era realmente hermoso.

Después del almuerzo, se convino en dar un paseo en carruaje, y en atención a que el lugar en que el paisaje resultaba más bello y donde la nieve debía encontrarse en mayor cantidad era el de los ventisqueros, se decidió ir por aquél.

Si el marqués a consecuencias de la llegada de Arturo, no hubiera estado tan preocupado, seguramente que no habría dejado de fijarse, en que los cuatro caballos enganchados, a los dos delanteros, que eran muy jóvenes y briosos, habían tenido la imprevisión de no darles cuerda. Este detalle para un tronquista, cuál lo era el marqués, no hubiera tenido importancia alguna, al no tratarse de un camino tan estrecho como el que tenían que recorrer y al cual rodeaban multitud de precipicios, en el fondo de los cuales se hallaban los ventisqueros.

En el momento de subir al carruaje, que solo tenía cuatro asientos, resultó una de aquellas coincidencias, que el marqués acababa siempre por confesarse que debían ser naturales. La imprescindible prima bajo el pretexto de que en los de atrás se mareaba, se empeñó en ir en el asiento delantero, y como no era cosa de no complacerla, Arturo y Elvira ocuparon los asientos traseros.

Trataba el marqués con toda su habilidad y pericia, de hacer que los caballos que tan pronto se iban hacia la izquierda como querían volverse a la derecha, entraran en camino, cuando al fijarse en la sombra que proyectaba el carruaje, creyó ver que Arturo rodeaba el talle de su prima y que ambos unían las cabezas en actitud de darse un beso. Y al levantarse como movido de un resorte y ver como las sombras no le habían engañado, abandonó las riendas, y tendiendo los crispados puños, rugió: "¡miserables!".

Pero antes que el marqués acabara de pronunciar esta imprecación, los caballos, al sentirse sueltos hacia el precipicio, rodaron por éste, y en unión del carruaje y de cuantos iban en él, desaparecieron un instante después en uno de los próximos ventisqueros.

Desde aquel día y siempre a la misma hora en que ocurrió la catástrofe que acabamos de relatar, sobre una peña, desde la que se dominaba todo el lugar donde se hallaban los ventisqueros, se veía la figura de una mujer, de la que ni la distancia, ni el amplio manto en que iba envuelta, eran bastante a ocultar la juventud, la distinción y la belleza. Y aquella figura, al retirarse de aquel sitio, lo hacía siempre por el camino que conducía a la finca colindante de la que por allí se sigue conociendo como propiedad de los marqueses de G....

FLORES TUCUMANAS



Señorita María Sara Cossio Alurralde



Señorita Julieta Cossio Alurralde



Señorita Nelly Terán







Señorita Sara Elvira Colombres de la Vega



Señorita Elena Moraga Fagalde



Señorita Raquel Vallejo

Bellezas urbanas de Tucumán



"Galo muriente", una de las bellas esculturas que exornan el Parque Centenario



Estatua ecuestre del general San Martín, erigida en la plaza de su nombre. Esta escultura es copia fiel de las que ocupan lugar preferente en las plazas de Buenos Aires, Córdoba, etc., designadas con el nombre del Libertador



Vista panorámica de Tucumán, tomada desde la terraza del Banco de la Provincia. Se ve el frente del Plaza Hotel, una casa colonial al lado, confitería "La París", la iglesia de San Francisco y parte del frente de la casa de gobierno.



Dique "La Aguadita", cuya construcción data de 1899, época del primer gobierno de don Lúcas Córdoba. Con esta obra cuya construcción se debe al ingeniero D. Eliseo Anzorena, se solucionó lo que hasta entonces significaba un grave problema: el riego para el departamento de Cruz Alta, el más importante como cañero - industrial de la provincia.



"Fauno danzante", otra hermosa obra escultórica que adorna el Parque Centenario

Fots. Castillo y Lanio.



Un detalle de la plaza Belgrano que es, después de la Independencia, la más antigua de Tucumán. Fué creada en 1858 y ostenta en su centro la estatua del prócer a quien debe su nombre.

La personalidad del doctor Horacio B. Oyhanarte

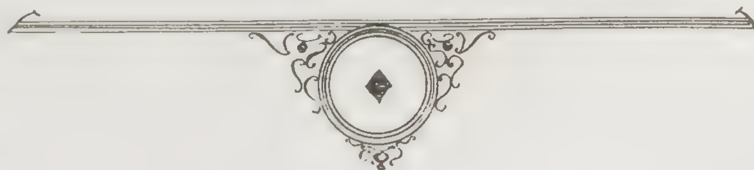
El nombre del doctor Horacio B. Oyhanarte está vinculado perdurablemente a la formación de la conciencia cívica argentina, al desarrollo de nuestra democracia social, al afianzamiento de las instituciones públicas del país. Pocas mentalidades más provistas que la suya, de clara doctrina y de inteligencia amplia. Una personalidad armoniosa es la del doctor Horacio B. Oyhanarte, en quien se complementan la severa cultura universitaria, con la comprensión precisa de los problemas contemporáneos fundamentales. Agréguese a ello una actividad múltiple y un infatigable anhelo de bien colectivo, y se tendrá la fisonomía entera del ciudadano cuya sensibilidad es, por otra parte, notoria, en ensayos literarios y piezas de alto vuelo oratorio y tribunicio.

Su acción lo destacó brillantemente en la vanguardia del radicalismo, desde las horas convulsas de la primera lidia, hasta estos instantes de plenitud decisiva. El doctor Horacio B. Oyhanarte es, en efecto, una de las más altas figuras de nuestra política, en cuyo progreso moral influyó profundamente desde la tribuna popular, el parlamento y el foro, y aún desde el periodismo y el libro, ya que no le fué desconocida por su talento y cultura indiscutibles ninguna de las manifestaciones del pensamiento. Hay, sin embargo, entre las distintas fases de su personalidad, una cuyos rasgos lo han evidenciado mayormente y que lo presentan en su verdadera consistencia intelectual. Nos referimos a sus rasgos de estadista y orador. En tal sentido podría afirmarse que sus cualidades adquieren excepcionales valores, y lo colocan muy por encima del nivel común de nuestros hombres públicos. La actuación parlamentaria del doctor Horacio B. Oyhanarte será por ello recordada, tanto como por sus vastas consecuencias en favor de la democracia argentina y de sus naturales intereses prácticos y morales. Citamos, a mayor abundancia de referencias, su discurso inolvidable por el mantenimiento de la neutralidad del país durante el período trágico de la guerra. El Congreso argentino no oía voces así desde la época patricia de la organización nacional. El doctor Horacio B. Oyhanarte llevó al recinto la noción de la responsabilidad histórica que correspondía al Parlamento, y que sus componentes no habían percibido o pretendían eludir, con desmedro de la soberanía de la Nación y del clarísimo anhelo del pueblo todo de la República. Con acento férvido, acompañado del ademán oportuno; sobrio, enérgico, fácil y hondo a un tiempo, la severa prosa de su famoso discurso perdura todavía bajo la cúpula concéntrica del Congreso argentino. No menos significativo y trascendente, su discurso en apoyo de la intervención federal a la Provincia de Buenos Aires. En ambos casos el doctor Horacio B. Oyhanarte confirmaba no sólo su solidaria actitud con el pensamiento del radicalismo, sino también su interpretación cabal de una sana política de gobierno y sus cualidades de orador de excepción. ¿Cómo, pues, no había de arraigar su nombre en el reconocimiento y el concepto del país? Cuando se recorra detenidamente el último proceso de desarrollo político y social de la República, se hallará, además, que el doctor Horacio B. Oyhanarte es uno de los contados ciudadanos, que, desde la actividad febril de sus funciones públicas, supo compartir las especulaciones nobles del espíritu, auspiciando y contribuyendo directamente a la elevación de la cultura nacional. Su notable oración al poeta es un testimonio duradero de esta alta virtud que integra y honra la personalidad del doctor Horacio B. Oyhanarte.



DOCTOR HORACIO B. OYHANARTE

En el foro es el doctor Horacio B. Oyhanarte una figura consular, de excelencia romana. La multitud ha ascendido las gradas y traspuesto el pórtico de los tribunales, para oir la enjundia de uno de los más grandes jurisconsultos argentinos. Representa él un nuevo concepto del derecho, el único cierto, indudablemente, de acuerdo con la esencia de la ley y las modalidades de nuestro tiempo. Hay una recia estructura de columna latina en los párrafos de sus formidables alegatos jurídicos. Quienes hayan observado en ellos una eficaz y digna tendencia iconoclasta, habrán advertido asimismo su afán constructivo, su enérgica disciplina legal. El doctor Horacio B. Oyhanarte ha sabido, sí, destruir ídolos; pero ha sabido también reemplazarlos por la fe auténtica y el recto sentido y conocimiento de la justicia. Libró en el foro batallas terminantes por el derecho público. Las proyecciones de muchos intrincados asuntos particulares alcanzaron hasta el interés nacional; y otros, como el referente a la reivindicación de la propiedad de las tierras de Mar del Plata y la falsificación de libretas de enrolamiento en Córdoba, fueron por su índole y magnitud, causas de hecho al pasado argentino. Joven aún, dotado de méritos propios y con un haber que no puede ser más relevante, el doctor Horacio B. Oyhanarte prosigue su intensa labor en las distintas actividades sociales y ocupa lógicamente un puesto de primera fila entre los hombres que enaltecen a la República.



La jura de la bandera por los conscriptos del ejército





Con la asistencia del presidente de la República y del ministro de Guerra, realizóse la ceremonia de la jura de la bandera por los nuevos conscriptos incorporados al ejército. — A la izquierda: el primer magistrado, doctor Alvear, el ministro de Guerra, general Justo y otras personas, en el palco oficial, durante la realización del acto. — A la derecha: el general Marcilese, leyendo su arenga.



El jefe del regimiento 2 de infantería, pronunciando una alocución patriótica



Conscriptos desfilando ante la bandera, en el acto de la jura

Apertura del Congreso Nacional



El presidente de la República, doctor Marcelo T. de Alvear, leyendo su mensaje ante las cámaras legislativas, en la solemne apertura del período parlamentario



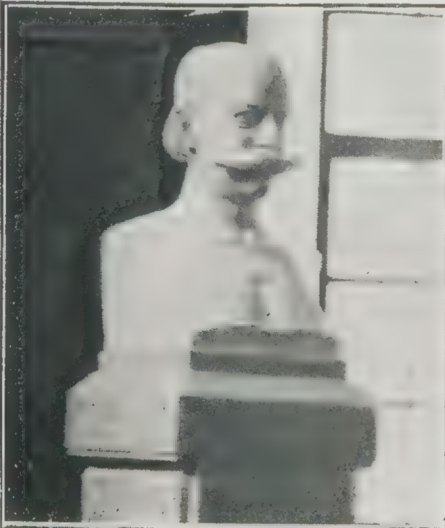
El doctor Alvear es recibido por la comisión parlamentaria, a su llegada al palacio del Congreso nacional con objeto de inaugurar las sesiones legislativas.

En el Hospital Militar Central



Con asistencia de los ministros de Guerra y Marina, general Justo y almirante Domecq García, inauguróse en el hospital Militar Central un nuevo pabellón de cirujía y recibióse el busto del teniente coronel de Sanidad, doctor Rodolfo S. Roccatagliata donado por la comisión de homenaje del ejército al eminente cirujano. — El director del hospital Militar pronunciando su discurso ante los ministros nombrados, el director general de Sanidad Militar, doctor Julio R. Garino y otras personas.





El busto del doctor Rodolfo S. Roccatagliata, recientemente inaugurado.



El director general de Sanidad Militar, doctor Garino y parte de la concurrencia que asistió al acto.

AUDICIÓN POÉTICA EN HONOR DE LA SEÑORITA DOMINGUEZ





Organizada por el comité argentino - peruano Clorinda Matto de Turner llevóse a efecto la anunciada audición poética en honor de la poetisa María Alicia Domínguez. La señorita María Luisa Parodi disertó sobre la obra de la señorita Domínguez, algunas de cuyas poesías fueron recitadas por la señorita Elena de Marinis. También hizo uso de la palabra la presidenta de dicho comité, señorita Adelia di Carlo. — A la izquierda: la obsequiada rodeada de un grupo de amigas. — A la derecha: vista parcial de la concurrencia.

Colaboradores de "Fray Mocho"



Señor Enrique Alió, publicista y educador que se incorpora al número de los colaboradores de FRAY MOCHO.

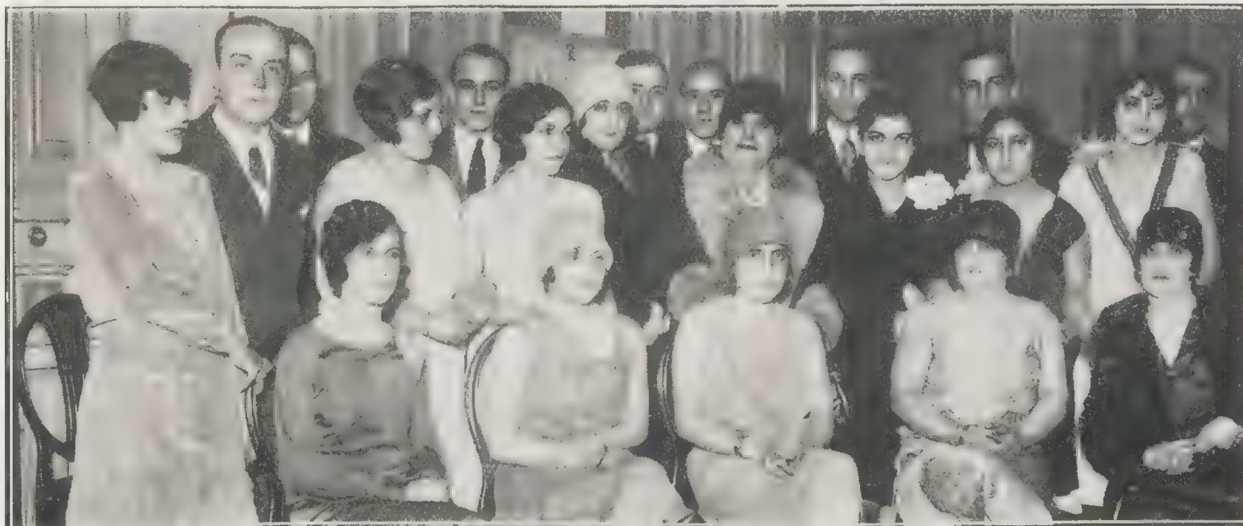
FALLECIMIENTO DEL DOCTOR GONDRA



El presidente de la República y parte del numeroso cortejo fúnebre que asistió al sepelio del presidente del Banco Hipotecario Nacional, doctor Luis Gondra, cuyo reciente deceso fué hondamente lamentado en nuestros círculos sociales y políticos.

Fiesta organizada por la Escuela Comercial de Mujeres Sur.

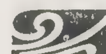




Un núcleo de familias concurrentes a la fiesta organizada por la Escuela Comercial de Mujeres Sur, y llevada a efecto en los salones del Majestic Hotel



Homenaje al escritor Ricardo Aramburu.



Con motivo de su reciente nombramiento de cónsul de la República Argentina en el Japón, el distinguido escritor y colaborador de FRAY MOCHO, don Ricardo Aramburu, fué objeto de un afectuoso homenaje por parte de los colaboradores de la revista "Orientación", consistente en un banquete que se realizó en Lomas de Zamora. — En la parte superior: el obsequiado y los comensales que le acompañaron en el sitio de honor. — Abajo: vista parcial de la mesa, durante el acto.

Sociedad Científica Alemana





En el local de la Sociedad Científica Alemana pronunció una interesante conferencia el astrónomo de La Plata, señor Numa Tapia, sobre temas relacionados con la mecánica celeste. — A la izquierda: el conferenciante durante su disertación científica. — A la derecha: parte del auditorio que asistió al acto.

NOTA DEPORTIVA



Doctor Augusto H. Rouquette, secretario de la A. A. A. de Football, cuya acertada actuación está mereciendo generales elogios.

INVENTO RURAL ARGENTINO



Durante las pruebas realizadas en la Escuela de Agricultura de Santa Catalina, con la máquina cosechadora, deschaladora y embolsadora automática de maíz, sistema "Gayraud", ensayada con todo éxito ante comisiones del Círculo Argentino de Inventores y del Círculo de Ingenieros Agrónomos.

SOCIALES



ENLACES. — Señorita Elena Calegaino, recientemente desposada con el señor Roberto I. Filipino



Señorita Delia Elidia Castaldo cuyo enlace con el señor Pedro F. Viaggio se realizó últimamente



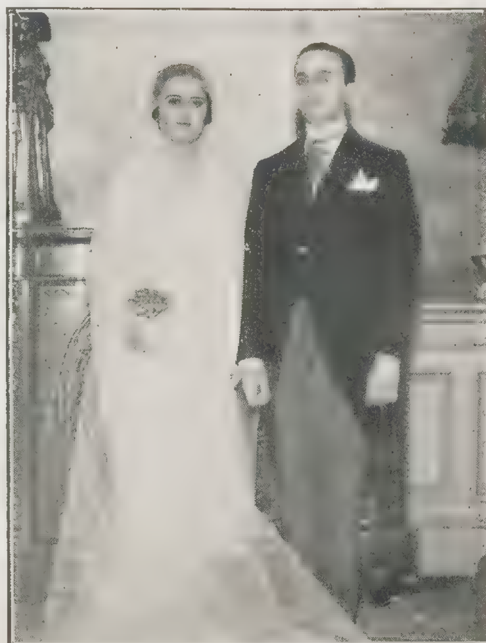
Señorita Ermela A. Vitali que contrajo matrimonio con el doctor Eudoro Vallejo



Señorita Rosa de la Riestra con el señor Alfredo Ortiz



Señorita Susana Bombal cuyos desposorios con el señor Hughes Hermanos se efectuaron recientemente.



Señorita Martha Casanegra con el señor Luis Casanegra



Señorita Sara Pueyrredón con el señor Alejandro Vicente López



Señorita Elena Balparda con el señor Jorge Alfredo Chute



Sta. Judith Sara Cavenago con el Dr. Martín Bertin



Sta. Clotilde Jorgelina Pittaluga con el señor Roberto B. Folco



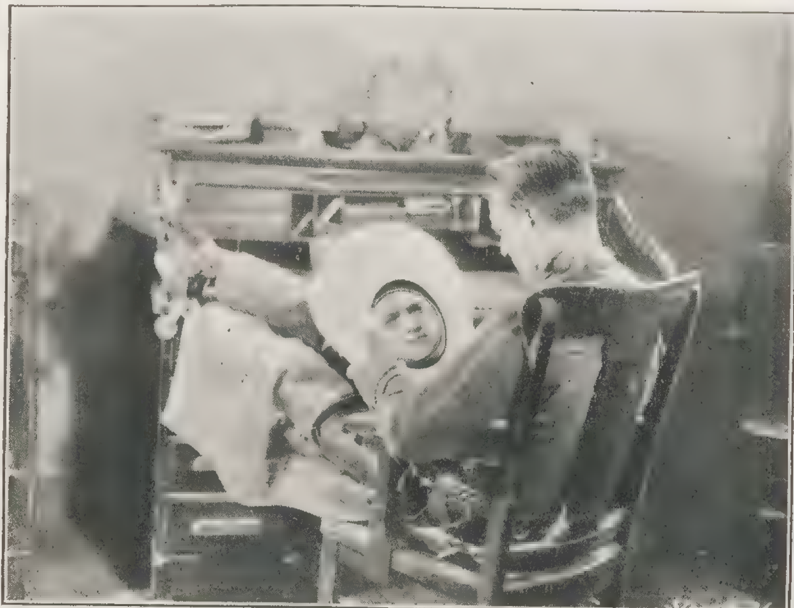
Sta. Pura Tassara con el señor Pedro Fumagalli

ACTUALIDADES CINEMATOGRAFICAS


Irene Rich en "La esclava de plata", que la General exhibe desde el viernes último.


Gilda Gray y Olive Brook en "La bailarina diabólica", que empieza a exhibir Artistas Unidos


Marceline Day y Lara Hauson en "La barca infernal" que está exhibiendo la Metro-Goldwyn - Mayer


Tom Mix en "Valle Plata", que la Fox estrenará el jueves próximo


Jason Robaras y Gertrude Short en "Donde nacen las estrellas", que la Corporación exhibe desde anteayer.


Alice Joyce, George Lenis y Helen Foster en "La casa N.o 13", cinta Jewel que la Universal estrenará hoy


Ward Crane y Mac Busch en "Compradores de belleza", que la Corporación estrenará el domingo próximo.



Información Gráfica del Interior

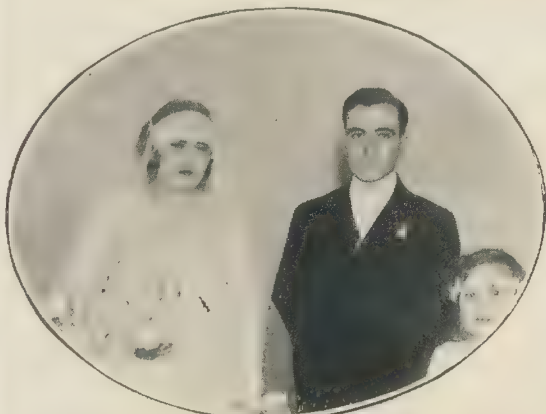




QUEMU - QUEMU. — El señor Julio Jordán contestando al discurso pronunciado por el señor Jáureguiberry en pro de la unión de las dos repúblicas hermanas: Uruguay y la Argentina



El señor Zenón Marini agradeciendo, en nombre de la Municipalidad, el obsequio de un árbol del Uruguay traído por el señor Jaureguiberry y donado a la localidad



ROSARIO. — Enlace Carmen Palermo - Miguel Trivisono



Enlace Rosa Paladino - Eugenio Artigas



Enlace Beatriz Lily Sims - E. H. Higginbothan



SAN LUIS. — Enlace Hartung - Thiedemann



QUEMU - QUEMU. — Comisión de señoras y señoritas que tuvo a su cargo el bazar rifa durante las fiestas realizadas por la Federación Agraria Argentina



El gobernador de La Pampa, señor Ignacio Laza, acompañado por la manifestación realizada por la Federación Agraria Argentina



RIO CUARTO. — El jefe político señor Froilán Cabral, acompañado de otros funcionarios policiales, y algunos amigos al hacerse cargo de la jefatura política de la ciudad

Fots. Carretero, Aranda, La Vía y Agostini.

El suspiro del lirio

Por Arturo Alezzandrini

Allá en los tiempos de la infancia incipiente, exenta de pecados; allá en la inocencia, abuelito gustaba contarme la "Historia del Lirio blanco".

¡Dulce fábula era esta en labios de aquel anciano venerable y romántico!

—Erase que se era — modulaba pausada y melodiosamente mi abuelo — un jardín lozano. — Los pajarillos, las mariposas y las abejas dábanse en él cotidianas citas: En medio de un pequeño rectángulo de césped emergía, con la altivez de su belleza inmaculada, una planta de lirio coronada por una sola flor, blanca, purísima...

Las avecillas y los insectos admirábanla, y ninguno de ellos se atrevía a rozar sus pétalos. Unas y otros, se extasiaban, contemplando el brillo anacarado y el delicado aspecto de aquella soberana del jardín.

Un día vino a interrumpir la placidez del vergel el zumbido penetrante de un raro insecto. Era éste parduzco y cartilaginoso, del tamaño de una almendra y hacía, al revolotear, un murmullo así: "maan... gaan... gaan"

Entonces, los admiradores del lirio resolvieron bautizar al intruso de acuerdo con la monotonía de su cántico: Mangangá.

... Y Mangangá pasó a formar parte de la cofradía, aunque no resultaba, en manera alguna, un miembro simpático. Sus modales eran groseros por demás. Succionaba las flores hasta el hartazgo, sin dejar ni una gotilla de néctar a las abejas y mariposas. Su glotonería, andando el tiempo, le creó por último el vacío y Mangangá tuvo que verse privado de la compañía y vivir solitario.

...Pero como era también de instinto perverso, púsose a la tarea de buscar una venganza.

—Martirizaré al lirio—pensó

...Y una tarde canicular y silenciosa, Mangangá se posó en la corola de la soberana del jardín y dióse a la faena de destruir sus encantos. La flor, herida por el bárbaro, soportó con estóico silencio la tortura; al cabo, desfalleciente, dejó escapar un suspiro supremo.

—¿Suspiras de amor o de dolor? —preguntóle el diabólico Mangangá.

—No, malvado, es mi alma perfumada que se aleja...

—¿Dónde va? Quiero martirizarla.

—Vano intento. Se irá dónde tú no puedes llegar...

—Yo la encontraré...

—Eres necio como todos los perversos. Mi alma se alojará en una mujer blanca y sútil como mis pétalos, de cabellos de oro como mi pistilo, altiva y pura como mi aspecto. Búscala si te atreves.

—La buscaré. Adios y resignación — díjole socarronamente, al tiempo que emprendía la fuga.

Más no pudo ir muy lejos. Los admiradores del lirio blanco recién llegados, tuvieron tiempo de cobrarse la brutal profanación... Y Mangangá fué ultimado por el pico de un Sietecolores.

* * *

Momo, el rey grotesco, descendido una vez más hasta la humanidad viviente, para pigmentar de fantasía la tragi-comedia de la vida. ¡El carnaval! ¡Luces, carcajadas, policromía, danzas, ficciones.

Esa noche no sabía qué hacer, dónde ir. Tomé asiento a la mesa de un café, en la acera, y bebía el tercer pipermint. Mi ánimo estaba embargado ante el espectáculo de la calle Corrientes, por la que se deslizaban automóviles con racimos de máscaras, y trotaban bullangueros murguistas estrafalarios, unos detrás de otros, como informes tablestacas de "camouflage".

—Si al menos alguno tuviera la gracia aproximada de Francois Villon—pensaba.

Una que otra máscara gentil me arrojaba una serpentina, al pasar del vehículo acompañada de una sonrisa.

Poco después, mi amigo Andrés Navarro vino a sacarme de todo un embrollo de meditaciones.

—¿Qué haces aquí?

—Ya me ves... festejando el carnaval con menta. Siéntate y pide lo que gustes.

—¿No piensas divertirte?

—¿Quieres más diversión que ésta?

—Déjate de tonteras. Mira tengo dos invitaciones para el Club Belgrano ¿Quieres que vayamos?

—Bueno.

Al cabo de dos horas ambos estabamos en el Club.

Era aquel un ambiente de distinción y buen gusto.

La orquesta irrumpió con un fox-trot. Se agolparon las parejas en el semicírculo, al tiempo que hizo su entrada en el salón una manola, tras la cual seguía una señora de edad madura.

—Jamás había visto una muñeca humana tan maravilosa y delicada: Silueta escultural; melena hasta los hombros, de guedejas doradas, albas, con ligeros tonos rosados en la punta de los dedos, boca pequeña; cutis ebúrneo. En suma, recuerdo que dije a Navarro:

—Esa mujer es la materialización de la belleza...

—¿Esa de mantón amarillo?

—¿Y cuál otra puede ser?

—Desde luego, es hermosa.

Cesó la música. Traté de tonificar mi ánimo, pero la emoción me dominaba aún. A pesar de todo me aproximé para invitarla:

—¿Me permitiría usted la próxima pieza?

Me midió altivamente con la mirada. Descubrí entonces que se sabía bella. ¡Temblé!

—Con mucho gusto—me contestó.

Un gran alivio recorrió mi espíritu, devolviéndome la tranquilidad. La señora acompañante había tomado asiento próximamente.

Al instante las notas cadenciosas de un tango hicieron que yo estrechara en mis brazos aquella maravilla corpórea. Mi sensibilidad estaba de parabienes.

—¿Gusta usted del baile?—le pregunté.

—Me encanta — respondió.

ANECDOTA

A uno de los autobuces que circulan por la Avenida Marceau, de París, subió una elegantísima mujer que, llegado el momento de pagar, entregó al cobrador un billete de cien francos.

—No tengo cambio, señora — la dijo el cobrador.

En vano aquélla se esfuerza en buscar en su portamonedas alguna moneda con que abonar el boleto.

—¿Qué debo hacer? — pregunta entonces — ¿Desciendo del coche?

—De ninguna manera. Ya me pagará usted en otra ocasión.

—Pero es que yo soy española. Me voy a marchar, y puede darse el caso que no vuelva usted a verme.

—Eso sería desagradable, no para mi cartera, sino para mis ojos — contestó amablemente el cobrador, al mismo tiempo que, atentamente, se quitaba la gorra.

La señora objeto de esta galantería fué la actriz Catalina Bárcena.

—Está animada la fiestas? verdad?
—Sí...
—¿Es usted belgranense?
—No...
—Suponía que lo fuera
—No lo soy...
¡Gran Dios, aquella criatura adorable era lacerantemente lacónica! ¿Qué hacer?... ¡Y yo, víctima de mi sensibilidad, me sentía casi enamorado...!

Finalizó el tango. Algunos aplausos hicieron bisarlo. Reanudamos la danza. ¿Qué decirle? ¡No se me ocurría nada! Por fin, la blancura deliciosa de su escote, me trajo el recuerdo de la fábula de mi abuelo.

—Usted me vá a permitir que la haga víctima de una expresión, que no es un halago, sinó precisamente una justicia.

—Soy toda oídos.

—Creo que si los lirios suspiraran, usted sería eso: el suspiro de un lirio.

No pudo menos que reír, mostrando la doble línea de una dentadura prieta y luciente.

—¡Exagerado! — me reprochó.

—Más tarde sabrá que no hay tal exageración.

—¿Por qué más tarde?

La pieza dió fin. La hermosa muñeca se tomó de mi brazo.

—...Un poquito de tiempo es necesario para que yo recuerde algunos detalles.

—¿Acaso nos conocemos...?

—Nada de eso... sin embargo... hablaremos...

—No comprendo.

—Ya le contaré. Mientras tanto ¿le parece bien que nos sentemos en aquel rincón? Hay dos asientos vacíos. La señora que le acompaña no nos perderá de vista.

—Acepto con la condición de que me aclare ese enigma...

—¿Intrigada?

—Sí, perfectamente intrigada.

—Encantado de haberlo conseguido.

Llegamos al lugar y le ofrecí uno de los asientos. Una anciana espectable nos examinó con el impertinente. Tres jovenzuelos, algo más distantes, se mordieron simultáneamente el labio inferior.

* * *

Unas horas más tarde, Lidia —¡simbólico nombre!—conocía la

—¡Pero Dios le libre si llegara a ser una intringa baladí!

—¿Se enojaría entonces?

—Algo peor; me decepcionaría.

fábula del preámbulo. Y yo había sabido de ella muchos cosas además; ambos comprobamos una amistad que databa desde la niñez.

Recordamos aquel "primer grado" lejano de la escuela mixta y de cómo sabía ella sustraer flores al cotidiano ramillete "de la maestra" para que yo las coleccionara entre las páginas de mi libro de lectura. Al año siguiente nos separamos, ella había ingresado a otra escuela. Supe además que Lidia tenía novio y vendría a la fiesta de un momento a otro. Me explicó, como a un viejo confidente, las circunstancias poderosas que la obligaban a renunciar al amor, porque lo detestaba cordialmente.

A poco alguien se aproximó. Era un hombre proveto, con indumentaria impecable y rostro avinagrado.

—¿Recién llegas? — se apresuró a preguntar Lidia.

—Hace unos minutos, saludé a tu mamá; está un poco descompuesta y desea irse a casa.

—Pero si estaba lo más bien hace un instante?

—Sin embargo, desea irse ¿me explico mal?

Lidia se incorporó. Me tendió la mano tras una mirada emotiva, y sin decir palabra se perdió entre las parejas, tomada del brazo por aquel señor provecto, grave e imperativo.

Un vals trajo a mi ánimo más indignación aún.

—¡He aquí el espíritu de Mangangá — pensé — ¡Si yo hubiera asumido la actitud del Sietecolores!... Pero, ¡pobre de mí! Los tiempos son otros... y la vida no es como el jardín lozano de la fábula. Quizá algún día aquella hermosa criatura encuentre otro pajarillo heróico... y entonces la historia es posible que se repita.

El narrador de cuentos

(CUADROS MARROQUIES)

El narrador de cuentos, es un tipo popular en todas las ciudades del Mogreb. Dotado de una maravillosa imaginación, reviste los motivos más vulgares de extraordinaria fantasía.

A falta de periódicos, donde volcar su pintoresca fraseología, lo hace en las plazoletas ó a las puertas de los "fondáks" donde reune de inmediato numerosos oyentes, que le escuchan boquiabiertos y en medio de un religioso silencio.

Conocí en Alkázar al Xeij-Buaraj, un negro atlético que, además de ser "un cuentista" consagrado, recitaba admirablemente las "kasidas" (poesía popular).

Nadie, como él, sabía acompañar a la palabra con una mímica más elocuente, las inflexiones de voz eran distintas, según los personajes que actuaban en el cuento, los ademanes expresivos y justos.

Los oyentes ora prorrumpía en una franca carcajada, ora se sobrecogían de espanto, unas veces se electrizaban con las bellezas de un poema guerrero, otras se regocijaban con las picarescas aventuras de Lala Rajina.

El Xeij-Buaraj poesía el secreto de subyugar al auditorio. Para el moro, el narrador de cuentos es un libro ameno donde por unos ochavos su espíritu va desde el sainete hasta el drama. En una palabra es "su teatro".

Hallábanse una noche en el café de Hamed el-Rumi (el extranjero) un andaluz que llegó a Marruecos sin una peseta, se afeitó la cabeza, puso el turbante e introdujo, su cuerpo serrano en una burda yillaba, convirtiéndose, por obra y gracia de la necesidad, en un verdadero muslím.

Había pocos parroquianos y muchas moscas. Un negro formidable sorbía con intenso placer el agua de castañas que despachaba Hamed. Era el Xeij-Buaraj.

De pronto se oyó en la calle, un tropel, gritos y algunos tiros de fusil.

—¡Los bereberes... mardita zet! — exclamó Hamed desahogándose en su lengua de origen.

Era un grupo de montañeses de las kabilas del Yebel, que bajaban a la ciudad a efectuar compras y durante su estada cometían un sinnúmero de desmanes, por lo que en general de cuarenta o cincuenta que llegaban, solían volver a la kábila media docena; el resto iba a la cárcel.

Una veintena de aquellos energúmenos hizo irrupción en el Café del Rumi gritando !Kajhua! ¡Kajhua! (café) mientras algunos se sentaban en los poyetes de piedra sobresalientes de la pared y el resto de pie, con la mirada brillante y gesto despreciativo, se entretuvieron en insultarnos. Comprendí que las cosas se ponían feas.

Hamed-el-Rumi los exhortó a guardar orden en nombre del Caid. Esta observación los exasperó y como si obedecieran a una orden echaron mano a los puñales.

En ese momento una voz tonante detuvo el ademán de los bereberes. El Xeij-Buaraj se adelantó, subióse parsimoniosamente a una mesa y con sus gestos habituales comenzó una narración.

A medida que adelantaba en su relato, los "yebalas" fijos los ojos en el negro, como sugestionados, iban sentándose en el suelo, uno a uno hasta guardar una actitud de momias.

El Xeij-Buaraj habló de la magnanimidad de Alah quien dijo tenía preferencia por los montañeses; siguió luego con algunos versículos del Korán que exhortan a la paz entre los hombres y terminó con un chiste oportuno sobre cada uno de sus oyentes adjudicándoles solemnemente una "hurí" por cabeza.

Fué mágico el efecto de aquella narración tan oportuna. Los revoltosos, depositaron en el suelo, quien diez ochavos, quien medio "hasani" y después de un respetuoso "selam a-leikum" (la paz sea con vosotros) salieron silenciosamente a la calle.

El Xeij-Buaraj, bajó de su improvisada tribuna y sonriendo continuó bebiendo a pequeños sorbos su taza de café, ya frío.

Me convencí de que aquel hombre con un simple cuento podía provocar una guerra o sellar una paz; cosa enormemente diferente a lo que provocamos los narradores de cuentos "civilizados" o sea el bostezo de los lectores o la cólera del director del periódico.

Carlos V. DUMONT

LA AGRICULTURA

En todos los pueblos antiguos, la agricultura ha sido la delicia de los grandes hombres, y aun la misma naturaleza parece que se ha complacido y complace en que los hombres se destinen a ella; y si no, ¿por qué se renuevan las estaciones? ¿Para qué sucede el frío al calor? Para que repose la tierra y se concentren las sales que la alimentan. Las lluvias, los vientos, los rocíos, en una palabra, este orden maravilloso e inmutable que Dios ha prescrito a la naturaleza, no tiene otro objeto que la renovación sucesiva de las producciones necesarias a nuestra subsistencia.

Manuel BELGRANO

VIAJERO

Por Juan Manuel Prat.

Raúl, fué el único pasajero que bajó del tren en Tunquillo, diminuta población enclavada en plena sierra cordobesa, siendo ya noche cerrada. ¡Noche fea aquélla! Densos nubarrones oscuros zangoloteaban por el firmamento haciendo imposible que se viese objeto alguno a varios pasos de distancia, y el viento helado de cumbres cordilleranas hacía cimbrar quejumbrosos los árboles cercanos y castañear los dientes de Raúl con tamborileos de pandereta.

En el andén se hallaban reunidas escasas personas entre las que pudo reconocer al jefe por su gorra galoneada, y al inevitable sargento de policía. A ellos se dirigió, todo arrebujado en el sobretodo impecable y en la bufanda de seda que le cubría hasta la punta de su pobre nariz aterida, llevando en las manos, a falta de changador, sus dos maletines de viaje.

—Buenas noches, señores — saludó.

Lo observaban inquisidores como quien analiza un bicho raro.

—Buenas noches, — respondió el corro.

—¿Quisieran informarme dónde vive Dionisio Ceballos?

—Pues, a tres leguas, más o menos. Cerquitita de Río Cebáios.

Enterado como antes, Raúl siguió preguntando.

—¿Y aquí no hay dónde pasar la noche?

Fué a su vez el sargento el que respondió:

—No, señor, en Tunquiyo habrá hotel, cuando la saltona deje de prenderse en durazniyo joven.

Con una risotada festejaron todos la chuscada de la autoridad.

Raúl, quedó fastidiado e irresoluto. Se reprochaba el no haber enviado a su amigo Dionisio Ceballos un telegrama anunciándole su llegada, que le hubiera evitado esa situación enojosa. Y siguió preguntando:

—¿Habrá al menos algún vehículo que pueda conducirme?

El jefe hizo un movimiento dubitativo.

—Con este tiempo e' perros...

Era evidente que todos ellos se gozaban de la intranquilidad del forastero, y, como no dando importancia a su presencia, comentaron que Martín Gil, había predicho en los diarios de "Güenos Aires" el tiempo infernal que hacía. Raúl se daba a todos los diablos y se convencía que su situación era cada vez más desairada, mientras el frío le inundaba los ojos de lágrimas.

No quedaban ahora en la estación sino el jefe, el sargento y Raúl, pues los demás hacía ya rato que se habían despedido.

Una figura empochada, caminando reciamente con sus botas de cuero de potro y con el ala del chambergo caída sobre los ojos, emergió materialmente de entre la oscudad.

No supo por qué, en ese instante Raúl se acordó del mandinga de los cuentos de Daireaux.

El jefe vió quien se acercaba, y luego, rápidamente, se metió en el recinto de la casa de la estación, casi sin saludar. El sargento, como con prudencia, se alejó unos pasos. Raúl en su preocupación observó con indiferencia estos detalles, pero más tarde los recordó nítidamente. A decir verdad, notaba con disgusto que sus polainas color patito se habían salpicado de barro.

El hombre emponchado se paró frente a él.

—He oído en la pulpería que queréis dir a la estancia de don Dionisio — pronunció en un tono melífluo que contrastaba con la reciedumbre de su cuerpo atlético — y como yo tengo un sulky me brindo a éio.

Raúl aceptó, satisfecho, ya que no le arredraba el pensamiento de hacer un viaje de tres leguas en sulky, a pesar del temporal desencadenado.

Mientras trataba, impaciente, con el paisano, las condiciones del viaje, observó su fisonomía a la mortecina luz de una lámpara a kerosene. Barba espesa de varios días, hacía resaltar la dureza de su rostro achinado y la mirada fugitiva que parecía querer encontrarse con la de él, todo ello en una mole de gigante.

—El viaje han de ser veinte pesos — pidió el otro abusando de la situación especial del viajero.

El precio no ofreció discusión, pues Raúl ansiaba marcharse. El paisano miraba de soslayo al sargento que denotaba encontrarse nervioso.

Al salir ya de la estación y cuando Raúl saludaba desdeñosamente al policía, éste le hizo señas bastante significativas señalándole al paisano con gestos negativos y como pidiendo que no fuera en su compañía.

Raúl, alarmado, quedó parado en seco. Pero el otro, conduciendo las valijas se encaminaba con paso elástico en dirección al sulky. Luego, maquinalmente lo siguió y también maquinalmente, sin tiempo material de negarse a hacerlo, se sentó a su lado.

El tiempo seguía de mal en peor. El viento arreciaba frigidísimo y la lluvia, pesada y continua, daba la sensación de un mar compacto desplomándose de los cielos.

Raúl hizo esfuerzos para que su sombrero no se volara. Trató de olvidar la mímica del sargento, pero, a su pesar, pensamientos escalofriantes lo embargaban por completo.

No se explicaba como el paisano podía guiar el caballo que trotaba con dificultad, por aquella oscuridad y en ese andurrial de camino. Casi admiró su vista felina. El, que estaba a su lado, veía su cuerpo como una mancha informe que resaltaba más opaca aún, de entre las tinieblas que los rodeaba.

Pensamientos angustiosos volvieron a dominarlo y para saber qué clase de acompañante se había deparado, insinuó una conversación que el otro sólo contestó con monosílabos que se dispersaron con los silbidos lúgubres del viento. Raúl siempre había sido flojo; nunca le agradaron las aventuras y en su vida sedentaria de hombre de fortuna, jamás había tenido incidencias que pudieran conceptuarse como tales.

La decoración siniestra que los circundaba, tenía la virtud de aplanarlo hasta dejarlo laxo. Vió perspectivas desoladoras por todos lados. Y pensó que no contaba, como armas de defensa, ni con un ligero cortaplumas.

A todas luces el paisano era un hombre de avería, bien claro el gesto del sargento. Hombre de avería, hombre de avería..

Se incrustaba en su cerebro y lo torturaba. Hombre de avería...

Un golpe de viento más fuerte que los demás, casi le arrebata el sombrero. Hombre de avería... Cantinela obsesionante.

¡Ah, si hubiera expedido un mensaje telegráfico a Dionisio Ceballos!

Sonó el chasquido del látigo al caer sobre el cuerpo del bruto.

—¡Pingo trompeta éste! — el paisano vociferó al caballo y masculló un juramento.

Raúl se sobresaltó dolorosamente como si a él le hubieran dado el golpe. El traqueteo del sulky, que parecía no tener muelles, le molía los huesos, mientras que su pensamiento central, actuando en un círculo vicioso, lo tenía inutilizado. Agrandaba desmesuradamente los ojos tratando de ahondar las tinieblas impenetrables.

Por una rápida asociación de ideas, recordó el confort que reinaba en su departamento de solte-

VERA RUSTICA

(Canto de la era).

A la luna, amor;
al amor, cantar;
al arroyo, flores...
Nada más, nada más.

El que vive pobre
vive de esperar.
Una estrella brilla...
Nada más, nada más.

Pase la fortuna
con su grande afán.
La vida es lo mismo...
Nada más, nada más.

Esteros que corren
camino del mar.
Benditas las aguas...
Nada más, nada más.

Ay! de la fortuna
que ha de tropezar.
Benditos los pájaros...
Nada más, nada más.

A la era el viento
llega a trabajar.
Trabaja cantando...
Nada más, nada más.

No hay ninguna espiga,
no hay ninguna ya.
Sólo hay trigo y paja.
Nada más, nada más.

Tendremos harina
y tendremos pan.
Bendita la tierra..
Nada más, nada más.

Alegre la era
como nunca está.
Hubo un viento bueno...
Nada más, nada más.

A la luna, amor;
al amor, cantar;
a las flores, besos...
Nada más, nada más.

Jorge GONZALES BASTIAS.

Santiago, Chile.

ro inveterado. Su club, con la diaria partidita de poker, su sillón mullido...

Pierna de reyes... escalera real...

El caballo chapoteaba el fango líquido del camino.

—¡Mancarrón sotreta!

Raúl pegó un respingo sobre su asiento. Notó que el frío le seguía calando los huesos a pesar que habían amainado las ráfagas de viento. Una claridad ténue que iba acentuándose paulatinamente, permitía, ahora, apreciar la silueta del paisano.

Lo miró de hito en hito. ¿A dónde lo conduciría el foragido? Y sospechó que lo arrastraría hasta alguna guarida solitaria en donde podría ultimarlo con el placer feroz de sus instintos primitivos y bestiales.

El paisano, al sentirse observado, clavó sus ojos torvos en Raúl.

—Noche fieraza — comentó secamente, volviendo en seguida a su posición anterior.

A Raúl se le estranguló la respuesta en la garganta, y, al examinarse tan apocado, tan insignificante, acurrucóse tratando de dejar el mayor espacio entre los dos cuerpos, que inevitablemente se entrechocaban debido al continuo trepidar del sulky.

Su pie nervioso tocó de pronto un objeto duro caído en el fondo del vehículo. Una herramienta quizá, aunque no hubiera podido precisarlo. Entonces, con todo disimulo, agachóse y, subrepticiamente, la tomó en su mano enguantada. Era un fierro largo y angosto con una abertura en la punta, semejante a una llave inglesa de gran tamaño.

No pudo evitar un supiro de satisfacción. Había encontrado algo con qué defenderse y ahora podía esperar los acontecimientos, aunque, desde luego, sin muchas ilusiones, pues barruntaba que las armas del paisano serían formulables. Y no solamente las armas, sino el corpachón aquel de troglodita!

—¿Me habrá visto este animal? —se preguntó medroso.

El fierro que pretendía disimular, temblaba como azorado en su mano.

Y seguía pensando, pensando... La mente se le poblaba de fantasmagorerías y la idea fija, pertinaz, lo sumía nuevamente en un precipicio de terrores. Las fugas precipitadas del sargento y del jefe de la estación, eran, por demás, significativas. En realidad, ¿qué se podía esperar de un bandido que tenía el desparpajo de operar frente a la policía? En las novelas y el cinematógrafo los bandidos siempre tienen su merecido, pero en el caso que a él le ocurría — ¡tan luego a él!...

La claridad, mientras tanto, era cada vez más acentuada, y, finalmente, un rayo de luna, tapizando de plata la campiña, le permitió escudriñar rápidamente el paisaje. A su vera, unos cuantos árboles; ni tan siquiera un modesto rancho. Lo lejos todo circundado de montañas de tonalidad sombría. Allá, en el cielo, las estrellas titilando como avergonzadas de dejarse ver y la luna abriéndose paso valientemente por entre nubarrones cenicientos que le van en pos como pretendiéndola raptar.

Una interjección barbotada por el paisano, dejó a Raúl en suspenso.

—¡Este mancarrón hijo'e perra! —rugió aquel, tironeando de las riendas y deteniendo la marcha del vehículo.

Los terrores de Raúl recrudecieron como por ensalmo.

Al instante pensó que ese era el sitio elegido para matarlo y despojarlo. El paisano, como para confirmar el aserto, se paró y saltó a tierra y alzando su poncho que concluía en flecos, sacó de la cintura un facón reluciente. Su semblante adusto tenía algo de diabólico, algo del mandinga de los cuentos de Daireaux.

Raúl, lívido, lo miraba hinoptizado. ¡Con ese mismo cuchillo lo iba a asesinar!

El paisano hizo uña finta con el arma y luego se dirigió a Raúl.

—Apíese, pues, don...

Raúl no escuchó más. Como un muñeco de resorte se paró violentamente en el sulky, dejando escapar un sonido gutural de espanto. Relampagueó en sus ojos desorbitados una llamarada de locura.

Empuñaba su mano la herramienta y, frenético, con un ímpetu que jamás se sospechó, la tiró a la cabeza del paisano.

Después cayó desvanecido.

. . . .

Cuando volvió en sí, Raúl parpadeó repetidamente y se encontró rodeado de oscuridad. Paulatinamente, se fueron agolpando en su magín los detalles del drama truculento del que fuera protagonista.

—El bestia ese me ha matado — pensó con rabia.

El cacareo de una gallina llegó a sus oídos.

—¡Diablos! — se dijo — parece que en ultratumba hay espíritus de gallinas que ponen huevos. Mejor, porque me encuentro con un apetito!...

Le molestaba su pierna encogida y la estiró blandamente.

—¡Pero si estoy en la cama! — suspiró con sorpresa.

En ese instante abrióse una puerta, entrando un raudal de luz de sol y con él la voz alborozada de Dionisio Ceballos.

—¡Hombre, el enfermo sigue mejor y se mueve!

Efusivo, se acercó y lo abrazó. Raúl, estupefacto, lo dejaba hacer y lo miraba como pidiéndole una explicación. Sin embargo, el intrigado parecía ser Ceballos.

—Pero dime, — le preguntó — ¿qué es lo que ha pasado con Roza?

Evidentemente, Roza, era el paisano.

Raúl se lo explicó mientras Ceballos reía de buena gana.

—Casi lo matas al pobre; — comentó por fin — es un infeliz que tiene cara de malo. Lo vimos aparecer a media noche, todo empapado y trayéndote a la rastra completamente idiota. Ahora recién comprendo todo el asunto. Cuando Roza te pidió que bajaras del sulky, fué para evitar que el caballo, que es muy sensible y coceador, hiciera alguna trastada, ya que él tenía que atarle una correa que se le había desprendido cerca de los ijares y hacerle un nuevo ojal; por eso lo del facón...

Raúl no le dejó concluir.

—No, no, — arguyó, — ¿y las señas del sargento?

—El también estuvo esta mañana. Resulta que como con Roza son enemigos, al verle acercarse se retiró un tanto y cuando se dió cuenta que te cobraba veinte pesos por un viaje de tres leguas, que sólo se paga 5 o 6, te hizo señas de que no fueses con él porque te robaba. Salió en defensa de tus intereses pero no podía...

—¡Ah! — musitó Raúl desencantado.

—... intervenir directamente en un negocio privado. En lo que se refiere al jefe de la estación, sospecho que siendo ya tarde se fué a comer tranquilamente.

,I. hr cmf shrdlu shrdlu shrdluuuu

AQUELLA PENA NO ERA NADA...

Aquella noche yo lloraba...
Aquella noche yo gemía...
Aquella noche yo pensaba
que ningún pecho laceraba
pena más grande que la mía.

Sólo... abatido sobre el lecho
que nuestro amor había mecido,
mi corazón, sentía en el pecho,
sangrar, en lágrimas deshecho...
"Ella"... mi bien ¡se había ido!...

Aquella noche yo pensaba
que como yo nadie sufría.
Aquella noche me engañaba...
¡Hoy sufro más y se me clava
más fuerte aún la pena mía!

Porque hoy que mi alma, ya curada
por otro amor, la había olvidado,
"ella" ¡mi mal! ha retornado.
Aquella pena no era nada...
"Ella" ha venido... ¡y se ha quedado!...

J. QUESADA NOFUENTES

París, abril **1928**

Buscando el lado favorable al negocio

Un pobre diablo penetra en un modesto bar e inquiere del mozo el precio de un "moka" con leche servido en una mesa.

—Veinte centavos, señor.

—Conque sentado, veinte centavos. ¿Y de pie, en el mostrador?

—Quince.

Nuestro hombre duda breves momentos y por fin...

—Bueno—dice—; entonces me lo tomaré en cuchillas, pues no tengo más que dos cobres.

AGONIA

Por Eduardo Zamacois

Les había visto juntos muchas veces y siempre me inspiraron esa curiosidad que enciende la intuición de los grandes secretos.

"El", blandengue y ahilado, con los débiles hombros muy altos, el tórax deprimido, la mirada cobarde de los enfermos de la médula y la frente angosta de los tontos sobre quienes la imbecilidad descargó su primer mazazo. Su mirada era fría; sus ademanes desmañados, sus piernas caminaban con paso incierto, cual si avanzasen por un terreno húmedo...

"Ella", su mujer, era alta y hermosa, con esa hermosura mate de los temperamentos ardientes; el talle largo y esbelto, el semblante vivificado por la expresión inolvidable de sus ojos: ojos de calenturienta, con mucho negro y mucha luz en la pupila...

Al principio parecióme inverosímil que aquel macho débil fuese dueño de hembra tan poderosa; después fuí muy amigo de los dos: él logró conmoverme con su melancólico empaque de niño enfermo; ella, por el contrario, se sugestionó con sus apasionamientos y sus criminales ardores de hermosa bestia encelada; terrible como Pandora, y, como ésta, fuerte y adorable.

—No no le quiero — me dijo con voz vibrante de rencor; — pocos días después de casarnos, ya no le quería. Es insignificante, es débil, es vulgar... y mi temperamento salvaje de artista odia lo pequeño. Yo anhelaba un esposo como Nana-Saib, no un habitante del Liliput...

Me había recibido en el despacho, para que mi presencia no fuese sospechosa a la servidumbre, y desde el sitio donde me hallaba veía claramente su rostro pálido iluminado por la luz de la lámpara.

Yo estaba sentado en un sillón; ella delante de mí, devorándome con sus rasgados ojazos negros en los que bullía el turbulento silabario de los amores ardientes.

—Le odio — continuó;— a su lado siento frío, ese frío repulsivo que inspiran los anfibios; y cuando sus labios me besan o sus manos me acarician, mi cuerpo vibra como si sobre él se deslizase un caracol...

Tras un momento de silencio, agregó:

—Dí, ¿me crees?

Había tanta ansiedad en su interrogación, que depuse toda reserva.

—Sí — te creo — dije — porque necesito creerte para vivir. Necesito saber que eres mía en cuerpo y alma, que vives para mí, que te engalanas tanto, para gustarme más, que soy el amante de tus pesadillas...

Sugestionada por las zozobras que en mi corazón producían los tormentos del suyo, manifestóse tal cual era, revelándome el gran secreto, el misterio criminal de su existencia de mujer casada; y lo dijo de prisa y con extraños barboteos, cual si una mano invisible la apretase fuertemente el cuello.

—Quiero ser tuya completamente — prosiguió; — para ello necesito enviudar... y, créeme... enviudaré muy pronto...

Y como yo hiciese un gesto de horror, exclamó sonriendo con su espantosa risa de sirena:

—No te figures que soy una de esas criminales adocenadas que emplean el cuchillo o el veneno. ¡Nunca! ¡Yo no soy vulgo!... El veneno por mí empleado no cabe en ninguna fórmula química; es intangente. "El" morirá y morirá entre mis brazos, sus yertos labios apoyados sobre los míos, bendiciéndome... ¡Morirá de amor!... Todas las noches, aunque no quiera, le sirvo una buena dosis de dulce veneno. La muerte viene a pequeñas jornadas, pero viene... y ten por cierto que del tremendo drama no quedarán rastros...

* * *

Otro día conversé con él...

Tan débil, tan lacio, con sus labios anémicos, su mirada incierta y su cráneo desdibujado de idiota. Me habló de ella.

—Me quiere mucho — dijo; — durante el día, no bien estamos solos, acude a sentarse sobre mis rodillas, me estrecha la cabeza entre sus manos, me adormece con las palabras más suaves, me besuquea en los labios...

¡Oh, unos besos muy fuertes, muy duraderos, que si bien me hacen muy feliz, también me causan infinito daño!...

Calló para destocer con esa tosecilla seca, entrecortada, de los tísicos; luego continuó:

—Por las noches su cariño se exacerba más aún. Ahora, como estoy tan delicado, no voy al teatro, casi nunca; además, si alguna vez me acomete el antojo de ir al café, ella me lo quita de la cabeza. Pues bien; ella es quien me da el brazo para ir desde el comedor al dormitorio, quien me desnuda, quien me tibia el lecho acostándose antes que yo... y ya ensabanados, con qué esmero me abriga y sube el embozo, echándome los brazos al cuello y cosiéndose a mí como niña miedosa!... ¡Ay! ¿Qué quieres? Reconozco que estos excesos de cariño me son fatales, pero ella me quiere tanto que no sabe reprimirse... y yo tampoco acierto a regatearla mi amor.

La voz doliente de aquella pobre víctima explicando y disculpando las crueldades de su verdugo, era altamente conmovedora.

—Y tú ¿la quieres? — pregunté.

—¿Yo? ¡Con toda mi alma! No tengo padres, ni hijos; mi único bien es ella. Si ella me faltase me moriría...

Habló de sus proyectos, de sus ambiciones. En cuanto llegase el verano iría a baños; luego, si lograba restablecer un poco los descalabros de su salud, emprendería algún negocio.

—Y esas expediciones, ¿las hará con ella?

—¿Cómo no — respuso, — si ella es mi cielo y mi tierra... todo?...

Aquellos diálogos no pueden borrarse de mi memoria. La temible catástrofe no ha ocurrido aún, pero puede suceder hoy, mañana... cualquier día. "El" decae visiblemente; sus piernas se arrastran por el suelo; sus ojos se cierran, la fiebre extremece sus labios descoloridos... "Ella", en cambio, es la hembra alta y poderosa de siempre, con su rostro marfileño y sus ojos fulgurantes de loca; nunca le deja y a todas partes le lleva del brazo.

¡Oh, la quiero mucho, mucho!... Con una de esas pasiones bravías que solo saben inspirar los malos; más, no obstante, me repugna su crimen, la estúpida candidez del mártir, me acometen tentaciones de descubrir a éste el peligro que corre.

Pero, ¿para qué? Es inútil; la sentencia que le condena a morir es irrevocable; sin ella, le mataría la pesadumbre; con ella, le matará el deleite...

Que siga, pues, así.

¡Es tan dulce morir soñando!

FLOR DE MI JUVENTUD

Flor de mi juventud, ¿para qué vales?
¿qué perfuman tus pétalos marchitos?
Los jardineros del amor, ahítos
estudian la tristeza de tus males.

Fuiste ardiente capullo, te elevaste
sobre todas las flores compañeras,
más roja que las rosas tempraneras
los pensiles del alma perfumaste.

Y después? Y después... ¡Oh, vida mía!
Hay quien te habla cual nadie te hablaría,
y te arroja del búcaro querido.

Flor de mi juventud, ¿qué harás ahora
si el perfume de tu alma soñadora
en unos labios de mujer se ha ido?

Eduardo María de OCAMPO

La Caja Popular de Ahorros, de Tucumán, es una institución altamente benefactora.

Sus nuevos directores se aprestan para grandes iniciativas

Tucumán, que marcha a la vanguardia de las provincias argentinas, por la cultura de sus habitantes y su apego al trabajo y sus extraordinarias fuentes de riqueza, debía contar con una institución que redundara en beneficio de empleados y obreros — todos los que laboran la grandeza de su suelo — e hiciera posible el bienestar común, a base de una obra sólida, que si bien no pudo realizarse al principio, por algunos tropiezos, a veces justificables, está ahora en franca vía de lograrse definitivamente, y ya ha dado óptimos frutos.

La Caja Popular de Ahorros.—

Hemos nombrado a la Caja Popular de Ahorros de la provincia de Tucumán, institución benefactora que ha llenado un gran vacío en ese rico estado facilitando el trabajo en todas sus formas.

La Caja Popular de Ahorros, fundada sobre la base de una vasta obra económico-social, ha logrado, en los últimos tiempos, regularizar sus acciones al extremo de encontrarse ahora, en pleno florecimiento y en manos de hombres capaces de aumentar día a día su radio de acción benefactora, en todos los órdenes del trabajo humano, facilitando préstamos a empleados, obreros, empresas contructoras, incorporando nuevos establecimientos a la actividad industrial de la provincia, ayudando a los agricultores y tratando de realizar uno de los más bellos ensueños: el cooperativismo.

Una insttiución benefactora.—

Es eso la Caja Popular de Ahorros de la Provincia de Tucumán: una Institución benefactora.

El advenimiento de esta institución, en pie firme ahora y con miras a nobles realizaciones ha sido promisor para la actividad industrial de la provincia.

Causas ajenas a su finalidad, sustrajeron por varios años a la Caja Popular de Ahorros de los fines iniciales de su fundación, de su verdadera esencia, pero ahora ha logrado ampliar su radio de acción, como lo ha dicho en su mensaje el Dr. Campero, gracias a la regularización de las finanzas del Estado.

Ese radio de acción comprende por ahora tres objetivos capitales:

"Préstamos para las construcciones de casas para empleados públicos".

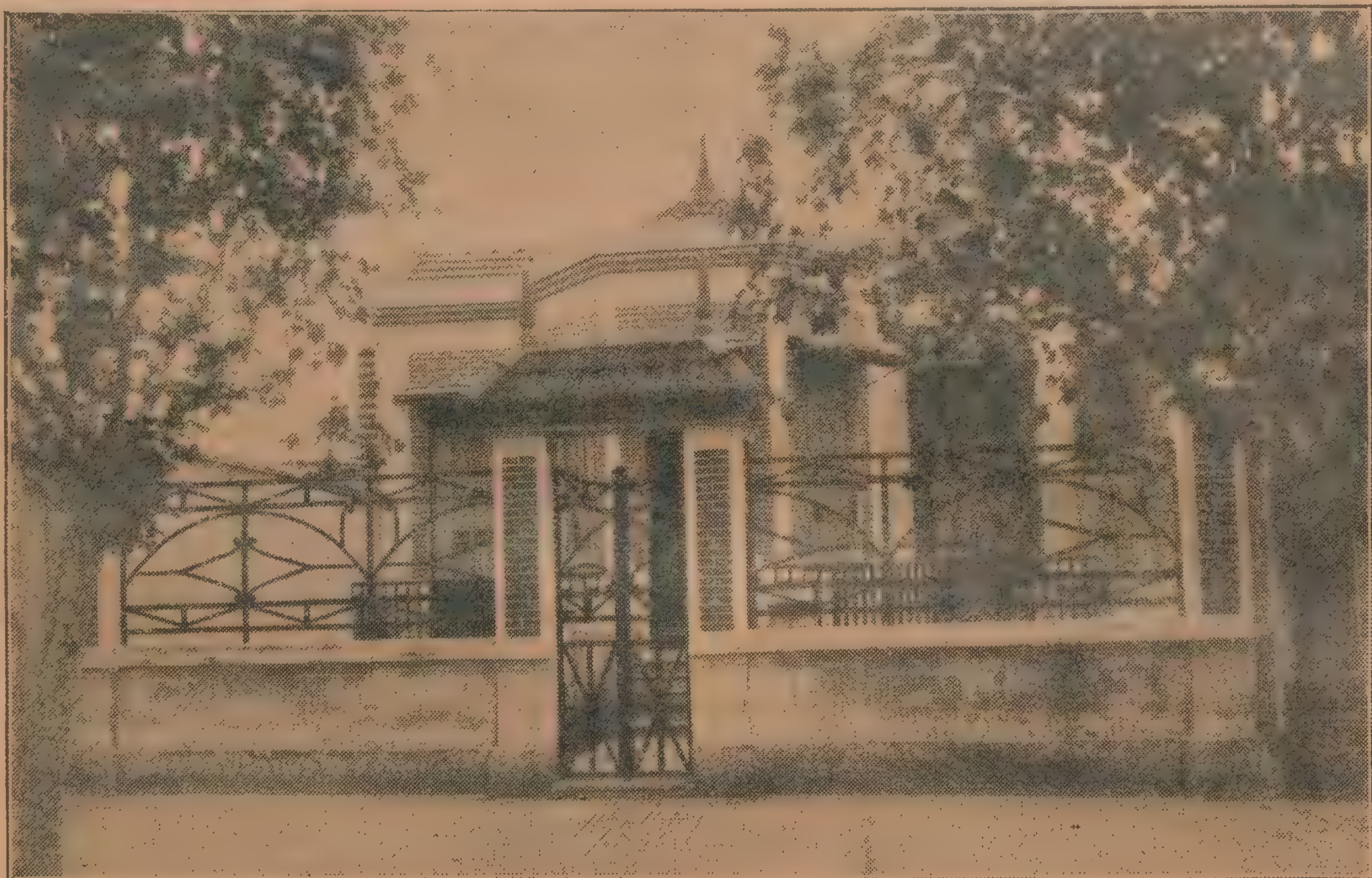
"Préstamos Hipotecarios a corto plazo" y "Cooperativa Azucarera Villa Alberdi Limitada". Indudablemente, para el porvenir económico de Tucumán, esta obra estará llamada a ser verdaderamente trascendental. La obra en que se ha empeñalo la Caja Popular de Ahorros, que ahora, por su nueva dirección entra en otro período que sin duda será próspero, es digna de todo aplauso y apoyo porque ella no beneficiará solamente a un estado argentino sino que beneficiará a toda la nación.

Los directores de la Caja Popular.

Los nuevos directores de la Caja Popular de Ahorros se aprestan a la difícil tarea. Son ellos suficientemente conocidos y capacitados para tan magna obra y lograrán realizarla plenamente.

El Director de la Caja, Dr. Miguel M. Campero, ostenta como garantía su reciente gobierno. Hombre de sólida cultura, y de vastos conocimientos industriales no defraudará en su nueva misión, en la difícil misión que se le ha encomendado, y sus colaboradores se completan con él. Los colaboradores del Dr. Campero, son también hombres que han realizado una extensa labor en la provincia.

Los vocales Don Manuel Martínez y Don Miguel Viaña suficientemente conocidos se aprestan a la colaboración con entusiasmo. Ambos son en todo una garantía de probidad y de capacidad. Don Manuel Martínez, que estuvo al frente de la jefatura de Policía de Tucumán durante el anterior gobierno y que ocupó durante largos años puestos de responsabilidad, y Don Miguel Viaña, que conoce a fondo las finalidades y el desarrollo anterior de la Caja Popular de Ahorros, y ha ocupado también altos puestos en la provincia, serán eficaces colaboradores del Dr. Campero.



Tipo de chalet construído por la Caja Popular de Ahorros de Tucumán, destinado a empleados públicos de acuerdo con el decreto fecha 3 de julio de 1915. — El valor de la propiedad debe amortizarse en 40 semestres. Se requieren cinco años de servicios, como mínimun para que la solicitud del peticionante sea atendida. La bonita residencia que reproduce el grabado pertenece al empleado de policía señor Macario Ricci.

A propósito de una poesía gauchesca

Buenos Aires, 9 de Julio de 1928.

—Señor director de FRAY MOCHO.

Estimado amigo.

Defiriendo a su gentil pedido, me atrevo a enviarle la adjunta poesía gauchesca que ha merecido una por demás bondadosa consagración de S. E. el señor embajador de España, don Ramiro de Maeztu.

Me adhiero así al resurgimiento de tan simpática "revista"; la que no podía dejar de volver, cual nueva "Ave Fénix", pletórica de vida, a luchar por nuestra tradición.

Bienvenido sea, pues, FRAY MOCHO en esta nueva era, a no dudar, perdurable, dada la pujanza de la pléyade de buenos escritores que la sustentan, y de su no menos acertada y meritísima dirección.

Y vaya, asimismo, un voto reverente para esa España, víctima propiciatoria de aquella estupenda hazaña quijotesca, asombro de los siglos y que perdurará en lo infinito que se llamó "La conquista y el coloniaje".

De ella surgió ese puñado de viriles pechos criollos, por cuyas venas circulaba sangre ibérica, que en un día como éste, el 9 de julio de 1816, allá, en las frondosas y perfumadas tierras tucumanas; en el "jardín de América" que cantaran los poetas; digno anfiteatro para tan magno acontecimiento, lanzó el grito máximo de virilidad: ¡Independencia!, que, desgarrando las entrañas de la invicta madre, en alumbramiento feliz, hizo nacer ante las miradas atónitas del mundo esta "nueva y gloriosa nación".

*Y ante la venturosa realidad, que en nuestros días palpamos, pregunto yo: **¿No será mi patria un nuevo "Persiles" cervantino,** que el artífice confeccionador de la España de la Conquista y el Coloniaje, pretende terminar?*

Con el aprecio de siempre, su affmo. y adicto amigo. — ENRIQUE ALIO.

LA LECCION DEL QUIJOTE

Crónica gauchesca de la conferencia dada por el Excmo. Señor Embajador de España en la República Argentina, don Ramiro de Maeztu, en la Biblioteca del Jockey Club, la tarde del 19 de Abril de 1928.

Por invitación gentil
Del güeno de ño Miguel,
Teniendo en cuenta el cartel,
Juí derecho al Barracón
Donde daban la junción
Y cáiba gente a granel.

En una sala grandota
Con mucho libro embreao
(Biblioteca — la ha llamao
Un sabiondo escribidor).
Un hembraje de mi flor
Se acomodó muy callao...

¡Por Cristo! ¡Qué gran rodeo!...
Si me ordenan apartar...
¿Diande?... Ni pa empezar
Mi tropilla me alcanzaba!...
¿A cuál me le endierezaba?
¡De juro, me iba a boliar!...

Acomodao, muy garifo,
En el medio, a la dentrada,
Vide al Taita e' la manada:
Su Ecelencia, el Presidente;
Otros paisanos, de frente
Vicheaban a la mozada...

Allí usté se priesentó,
Y comenzando el fandango
En el lomo de un chimango
Colocó lo que traiba:
"La Conferiencia" — deciba—
"Señores, yo me arremango".

De dentrada nos explica
Lo que el gaucho Heine cantó:
"Que el Quijote resultó
"Pura chacota corrida
"De todo lo que en la vida
"A la gente entusiasmó."

Que esto era pura macana;
Que usté créiba, dende antes,
Que ño Miguel de Cervantes,
Se mantuvo consecuente
Al ideal prepotente
De la España petulante.

Y solo le tomó el pelo,
Rilatando así, en bolazo,
Pa dimostrar, pongo el caso,
La errada del proceder;
Porque es muy fiero, á su ver,
Largarse del lao del lazo...!

Otro trabajo e'Cervantes
Nos lo trujo á colación,
Pa probar en la ocasión,
Que el hombre quiso rayar...!
Superando, y mejorar
Su Quijote, con unción.

Y ya bichoco y cansao,
Un potro dentró á domar,
Que le risultó sin par,
Blando e'boca y parejito,
Sin cosquillas y mansito:
El "Persiles" singular.

Parejero como luz;
Toda carrera en que entraba,
De juro que la ganaba;
Y aunque modesto en verdá
"Aquiles de cristiandá"
Todo el pago lo llamaba.

Pero, al cuete son las mentas
Y las güenas intenciones...!
En las grandes ocasiones
Naide al "Persiles" ricuerda,
Y es difícil que se pierda
Del Quijote las lecciones;

Porque en este parejero,
Y en su pujanza grotesca,
Se encuentra, aunque no parezca,
Del ser humano el dualismo,
Simulando el heroísmo,
Que la quimera le ofrezca...!

Conociendo su fracaso,
La humana naturaleza,
Se enhorqueta con destreza
Al más fiero reservao,
Que en un corcovo endiablao,
Lo larga por la cabeza...!

Con perfecta claridá,
Dijo—"que parsimonia
"Es: no domar en un día,
"Con zonza tetarrudéz,
"Potro que requiere un mes,
"Sobrándose en la porfía..!"

"Y entre chacota y chacota,
"Y con profunda moral,
"Ordena el amor filial,
"El respeto á la mujer,
"Siempre al débil proteger
"Y castigar al bagual...!

"Es lo que enseña el Quijote,
"Que en burla, pinta con maña:
"La historia toda de España,
"De Cervantes y su tiempo,
"Y encarna perpetuo ejemplo
"De inútil y fiera hazaña."

Se apretó las antiojeras,
Ño Ramiro, y nos contó
Todo lo qeu sucedió;
Y al final, dispués de hablar
De un franchute liberal,
Un tal Jaurés, que murió.

Nos dijo, muy suelto e'cuerpo:
"Que si Roma jué *Poder*,
"Atenas juera el *Deber*
"Y Jerusalén *Amor*,
"España, con gran primor,
"Rejuntaba ese valer"

"Que naides la basureaba;
"Que ño *Byron* macaneó
"Cuando dice que escribió
"En versada este brulote:
"Es un gran libro el Quijote,
"Aunque á un gran pueblo mató"

Y perdone Embajador,
Que atrevido me entrevere,
Y *quijoteando*, me apere
Con recao de intelectual.
No pretiendo ser su igual
Y le ruego me tolere...!

Al llegar a la junción,
Yo creíba que iba usté á hablar
De la raza caballar;
Y que, al mentar el Quijote,
De "rocinante" grandote,
Pretendía discursear...!

Cuando vide el Jockey Club,
Ansina yo lo creí;
Por lo mesmo, me afligí
Al ver que muchos sufrían;
Como benditos dormían
Sin compriender tanto así...!

Una disculpa reitero
Pa este *Lechuzón Pajero.*

Enrique ALIO

Embajada de España-Buenos Aires

Buenos Aires, 26 de Abril de 1928

Señor Don Enrique Alió. — Mi distinguido amigo: Muchas gracias por sus graciosos versos gauchos. Burla, burlando, la esencia de lo que yo dije en mi conferencia queda en ellos expresada, sólo que más pintorescamente de lo que á mí, pobre jinete, se me hubiera ocurrido.

La comunidad de los jinetes es una de las grandes masonerías del mundo, solo que, quizás la más simpática. El llanero de Venezuela, el gaucho argentino, el guajiro cubano, el boyardo de la Europa oriental, el mozo andaluz, el jockey inglés, etc., etc., forman una de las hermandades de la tierra.

De niño monté á caballo, pero no lo volveré á hacer nunca, y me quedé en la infantería. Pero admiro a Martín Fierro, á don Segundo Sombra y á todos los que les siguen y me gustaría infinito poder hacer versos á la gaucha, con alusiones á las cabalgaduras.

Reciba de nuevo las gracias de su affmo. colega.

Ramiro de Maeztú

ANECDOTA

El marqués de Cortina aristócrata español, es hombre que goza fama, bien ganada, de experto hacendista y avisado hombre de negocios. Una respetable señora, amiga del marqués, que acababa de quedar viuda y que poseía una crecida cantidad de dinero en moneda extranjera, se había decidido a liquidarla y no hacía otra cosa que molestar al marqués, para consultarle la forma más acertada y práctica de colocar el dinero que poseía.

Cortina le daba su opinión clara y concreta, pero la buena señora no se decidía a seguir el consejo y continuaba importunando.

Un día, coincidiendo en un casino donde se jugaba fuertemente a la ruleta, la señora volvió a interrogarle con el consabido disco:

—¿Dónde colocaré yo bien mi dinero, marqués?

Cortina, un poco molesto ya, reparó en la mesa de juego y se apresuró a contestarla:

—Colocándolo bien... nada mejor que la ruleta.

Victoriano Sillero

Por Miguel Martos

(Del libro "Cuentos andinos", recientemente aparecido).

—Victoriano Sillero se llamaba —dijo el viejo Laguna, dando comienzo a la historia, mientras el mate iba y venía — y por Dios que nunca hi conocío persona que le venga el nombre tan de medida, porqu'era silletero de oficio y hacía sillas de totora...

—No le digo... — apuntó, interrumpiendo, uno de los contertulios, con una risa picaresca.— Si este viejo a todo animal le ha de hallar la matadura. El día menos pensao nos va a salir contando qu'el se llama Laguna porque ha nacío a l'orilla de un charco entre los sapos y las ranas.

—De rana tenís la cara y los hechos... — retrucó el viejo un poco amoscado; — pero de rana de "albañal", d'esas que son overas por arriba y negras y patudas por abajo... meztizas de sapo, d'esas con que se suelen engañar los gringos...

—Güeno, po, compadre, — interrumpió el viejo Celedón, — siga el cuento y deje los "mosquitos" de mi cuenta, que al primero que güelva a cantar, lo voy a reventar de un manotón...

—A su mano me confío, compadre, — contestó el viejo haciendo un guiño. — Duro con los mosquitos pero blando con las moscas...

—Ya sé a lo que se refiere, compadre — contestó el aludido con cierta malicia.— Esa ha sío siempre su debilidá. Pero por esta güelta sólo le voy a dar bola a la cebadora de mate qu' es güena moza y no se le corta la yerba más que cuando la mira...

No ha e ser tanto... lo del ojo que teniéndolo en la mano le vaya a guiñar el otro...

Apuntó otro de los circunstantes que andaba arrastrándole el ala a la simpática cebadora, al mismo tiempo que a ésta se le volcaba la yerba de puro abatada...

—Párese en ese altito, compadre —dijo el padre de los cuentos, sujetando el brazo del viejo Celedón, que se levantaba en son de broma sobre la cabeza del intruso, —perdoneló por esta güelta qu'el mozo, en tren de presunsión, se ha puesto corbata y cuello a lo pueblero, ni aunque le asienten como un par de yuguillos y sería lástima revolcárselos en la ceniza del fogón...

—Es que me voy perficionando —arguyó el aludido con petulancia. — Hay que dir dentrando en la cevilización imitando a las personas destinguidas y enteligentes...

—No te digo que no — repuso el viejo Laguna, — pero si te has créido que la inteligencia se conoce por el cuello y la corbata, estás más errao qu'el caballo del comisario... A los burros tamién se les puede poner corbata como a los gatos y "tarro de unto" como a los gobernadores, pero siempre va a ser burro lo mesmo... L'inteligencia está en la cabeza y en el corazón de los hombres... Si seguís en ese tren el día menos pensao te vamos a ver pastoriando, las cabras con levita y antiparras...

—Güeno, don Laguna — interrumpió la cebadora un poco contrariada — si no va a seguir el cuento dejo el mate y me voy a dormir...

—Allá va, niña — contestó con presteza el viejo gaucho. — No me perdonaría nunca el haberle ocasionao un disgusto. —Con placer estaría cien años contándolé cuentos con tal de qu'esas manos primorosas no dejaran de cebarme mate...

—¡Qué florida está la Pampa!... — apuntó con malicia una de las viejas de la casa qu'estaba haciendo sopaipillas. — Si hasta yo m'estoy reverdeciendo con ganas de retoñar!...

—¡Ni Dios permita!... que vaya a temblar agora qu'estamos tan tranquilos— dijo el viejo vaqueano haciéndole un guiño a don Caledón...

—Y, como iba diciendo... Victoriano sillero era español, silletero y gracioso p'hablar que no tenía pareja. Ya era un hombre cincuentón, pero tan remozao y coloradote como un muchacho.

Tenía mujer e hijos y hacía muchos años qu'estaba radicao en San Juan, en un distrito que le llaman "La Bebida", pal lao de la sierra.

Tenía una viñita y un potrerito y no lo pasaba del todo mal. Era güenazo como pan mojao en vino e inocentón y *a la güena fin* como los antiguos.

Le gustaba el anisao como azúcar y era dao a la francachela y a la farra, como güen andalúz...

Una vez le pasó un caso tan gracioso como él...

De "La Bebida" al "Marquezao", qu'es también otro distrito, pero más poblao, hay una distancia de media legua larga. En el trayecto en ese tiempo no había un alma viviente. Esto pasó un domingo. Don Victoriano estuvo ese día en el festejo de un paisano en el "Marquezao".

Entre copa y copa y churrasco e hígado frito de chancho, porque hubo matanza ese día, y entre una copla española y una cueca criolla, se pasó el día sin saber a que hora y llegó a la noche...

A eso e las dos de la madrugada más o menos, don Victoriano, cargado de alcohol hasta los pelos de la coronilla, tomó el camino e su

SEA NIGHTS

Para FRAY MOCHO

Oh, nights that are unlike all other nights!
Nights when the moon is full and seas stretch wide,
And the silenced soul, groping on rare heights,
Feels the mystery of beauty surge like a tide!

Here's quiet where the bluish moonlinght lies,
A sanctifying veil, on deck and spar;
And murmurous the warm wind soughs and sighs
Of scented southern gardens, left afar.

The foremast's gay with palely gleaming gems
As it rides through heaven to the rhythm of the bow;
And moon laved clouds in night's hair are diadems;
And cloven waves roar softly fron the prow.

Francis BRYDON SMITH.

casa sin despedirse de naide; de otro modo no lo hubieran dejao dir; porque la fiesta estaba en lo mejor.

Estos españoles son como garrapatas cuando se le prienden al mosto, a los jamones y a las guitarras... parecen criollos...

La noch'era de luna y parecía de día...

Don Vitoriano tomó el camino, como digo, pero haciendo más *eses* que si hubiera estao en la escuela...

A los trompezones con cuanta jarilla y con cuanto pobre tronco e retamo había en el camino, unas veces hocicando en los "quiscos" y otras sentándose de cu...ando en cuando en las rosetas, no cejaba y seguía rumbo a la querencia...

Pero, lo que son las cosas... El diablo no duerme y parece que le gusta bromear cuando el hombre no está como pá recibir bromas...

Cuando iba por la mitá e la Pampa, sintió un tropel a lo lejos... Se paró a escuchar por si se había equivocao, pero no; cada vez se sentía más claro y más cerca...

S'empinó como pudo, pero nada alcanzó a ver a causa e los montes; todo el campo, salvo uno que otro pedregal, estaba cuajao de jarillas, chilcas, algarrobos, retamos, chañares y garabatos. Estos últimos, bravos como diablos porque tienen unas espinas en forma de doble anzuelo; propiamente un garabato, que cuando s'engancha en la ropa o en la carne no afloja sin quedarse con una lonja...

Don Vitoriano comenzó a sentir una cosa rara... parecía como si la sangre se le juera helando en las venas y los pelos de junto a las orejas se le pusieron tiesos como los del lomo e los gatos cuando están asustaos...

Y no era por cierto el anisao quien tenía la culpa... él tenía sus razones... En esa época, del año noventa y ocho, más o menos, solían llevar al "Marquezao" tropillas de reses bravas pal matadero...

Ya habían pasao varios percances serios con esas novilladas y aunque siempre llevaban los arreos a altas horas de la noche, más de un trasnochador había quedao con la panza p'arriba de un topazo...

Todas estas cosas pasaron por la imaginación aguardentosa de don Vitoriano como un relámpago y se le jueron las cabras al corral... ¡Al más gaucho se la doy, de a pie!...

No sabía qué hacer; el tropel se oía cada vez más cerca... Disparar hubiera sío peor porque los animales hubieran acudío al ruído y no había un árbol ande subirse, ni una cueva ande meterse...

Se tiraba de los pelos, corría p'acá, p'allá... se agachaba atrás de esta jarilla, atrás de aquel retamo, pero que, eso no era resguardo... Y el tropel se echaba encima... En eso vido a pocos pasos un monte grandote, como de diez metros de circunferencia; a la luz de la luna parecía un garabato, pero a él se le antojó una planta e manzanilla... ver el garabato, amujar la cabeza y atropellar como toro encelao, todo jué uno... ¡Dios te salve María!...

Jué a dar con las narices al mesmo tronco del primer rempujón... y esto qu'el garabato tenía una ramazón de tres meses d'espesor por cada lao...

Ni pá qué decir que la mitá e la ropita dominguera y güena parte del pellejo se los dejó en la primera rama nomás... Ya ustedes saben lo que son los garabatos...

Ni siquiera se apercibió... Tal como si se hubiera metío entre un bosque de azucenas...

Se quedó acurrucao, quietito, ni respiraba por el temor de que lo sintieran los toros...

Ya el tropel se venía encima y empezaron a crujir los montes cercanos... El s'encomendó a San Vitoriano bendito y esperó con los ojos medio entornaos como pá no verse las tripas desparramadas por el suelo...

. . . .

Un momento más y se quedó como de piedra... frío como si le hubieran echao un balde de agua helada por la coronilla... Abrió bien los ojos, los volvió a cerrar, se los restregó, los volvió a abrir... pero seguía viendo lo mesmo... Una tropilla e burros cargaos de leña que venían de la sierra arreaos por un muchacho.

Eran los burros de los Naranjo, más conocidos que la ruda en aquella santa tierra...

Los Naranjo eran una familia d'ese apellido que tenía una finquita sin grandes recursos en "La Bebida" y todos los días traían de la sierra, en sus burritos, unas cargas de leña que vendían en el poblao...

Pá qué decirles lo que le costó a don Vitoriano salir del garabato. Los primeros rayos del sol lo hallaron tuavía peliando con las espinas de gancho...

Lo que no pudo sacar jué la ropa; gracias que sacó el cuero, ni aunque bien rajuñao y con muchas lonjas menos...

—¡Por vida de Dios! — gruñía poniéndose una mano adelante y otra atrás. — ¡Tener que llegar a mi casa con el mesmo traje con que vine al mundo!...

Y echando sapos y culebras por la boca contra todos los burros del mundo y mirando avergonzao pa todos laos por si alguien lo veía, tomó el camino e las casas con el traje de nuestro padre Adán...

Congreso de Municipalidades de la Provincia de Tucumán.

Una importante resolución es la tomada por el Concejo Deliberante de la ciudad de Tucumán, al ordenar que se realice el segundo CONGRESO DE LAS MUNICIPALIDADES DE LA PROVINCIA, en la Villa de Monteros.

El principal programa á desarrollar consiste en la reforma de la Ley Orgánica de las Municipalidades; aparte de otros temas de alto interés para el mejoramiento administrativo, económico y social de las ciudades representadas. Sabemos que muchos de los trabajos presentados versan sobre la unificación de tarifas de automóviles, y otros impuestos, simplificando los procedimientos; la conservación de los caminos municipales y la vialidad pública en general; la igualdad en la percepción de la renta y los problemas de orden político local, tales como el voto de la mujer y los procedimientos electorales.

El actual congreso estará formado por la totalidad de los concejales, el Intendente y el Asesor Letrado de la Municipalidad de la Capital y de la Provincia y de tres Concejales y los Intendentes de las Municipalidades de Concepción, Monteros y Aguilar, habiéndose fijado el plazo que expiró el 30 de Junio para la presentación de trabajos.

Son Presidentes honorarios del Congreso las autoridades superiores de la Provincia, señores:

Exmo. Señor Gobernador, Ing. José C. Sortheix.
Presidente del H. Senado, Dr. Alejandro Pérez.
Presidente de la Cámara de Diputados, Sr. Alberto Barros.
Obispo Diocesano, Dr. Bernabé Piedrabuena.
Jefe de la 5.a División del Ejército, General don Juan Esteban Vacarezza.
Presidente de la Suprema Corte de Justicia, Dr. Esteban Faubecq.

Presidirá las sesiones de este Congreso el Presidente del Concejo Deliberante Municipal de Tucumán Don Brigido Terán y actuará de secretario el doctor Amancio Alvarez.

La espectativa por el resultado, á no dudar sumamente beneficioso de este Congreso, es muy intensa y evidencia su verdadera importancia de todo órden, como se justifica con la actitud asumida por toda la prensa de la provincia y de todo el país, en forma altamente elogiosa para los fines que se persiguen, como así mismo para los resultados prácticos del mismo, dada su selecta composición y en cuya colaboración actuarán los elementos más ponderados de cada localidad.

Oportunamente hemos de tener al corriente á nuestros lectores de las sesiones de tan interesante reunión intelectual.

Injertos de pelo para curar la piel

El doctor P. Carnot ha dado cuenta recientemente de los excelentes resultados que ha obtenido en la cicatrización de las heridas y llagas, cubriéndolas con lo que él denomina "injerto piloso".

Sabido es que, para cicatrizar ciertas llagas, es necesario provocar la reconstitución de la epidermis, aplicándole trozos de piel arrancados al mismo paciente o a otra persona.

Los injertos de este género son de una técnica muy delicada; la obtención de la piel sana es dolorosa, y a veces es difícil encontrar una piel adecuada a la que se trata de reparar. Pero el doctor Carnot procede de un modo mucho más sencillo.

Con unas pinzas de depilar arranca unos cuantos pelos a la barba del paciente o de otro individuo, y después de haber cortado en fragmentos muy pequeños la parte del pelo próxima al bulbo, echa estos fragmentos esparcidos sobre la superficie de la llaga y lo cubre todo con un apósito especial.

Las células del pelo, que son de origen epidérmico, se transforman poco a poco, y al cabo de un espacio de tiempo bastante corto se reconstituye la epidermis.

El secreto del éxito

Por Damián Roda

¿El secreto del éxito? He aquí una de tantas frases sin sentido, de esas que, batidas sobre la mesa, suenan a cartón. Ni la conquista del éxito tiene secreto alguno ,sino una técnica rigurosa, matemática, estricta; ni el éxito es otra cosa que un poco de optimismo imaginativo, bien avenido con las circunstancias.

Desde pequeño se veía que Félix iba derecho hacia un desastre fatal, irremediable. Era un muchacho dócil, pensativo y sentimental. Leía, pensaba y soñaba. Quería cultivarse, saber, pensando con lógica banalidad, que de ese cultivo podrían obtenerse, como de los otros, los correspondientes frutos.

Su hermano parecía por el contrario, obedecer impulsos de una raza antipódica. Duro, irreflexivo, enérgico. Su mejor razón, el puño, y también el pie, como se verá. Su más valiosa cualidad, la de su opulencia física de Discóbolo joven, con los miembros muy duros y la cabeza más dura todavía.

No era difícil el vaticinio. Bajo el mismo marchamo familiar se juntarían otra vez, como tantas otras, el éxito y el fracaso absoluto. ¿Por qué? Sencillísimo. La flecha de Félix, ambiciosa, apuntaba verticalmente hacia las estrellas. La de su hermano, hacia blancos más cercanos y razonables.

Y el vaticinio se cumple. A los treinta años Félix es uno de esos pintores dotados de un talento fantástico y una originalidad enorme, a quien — naturalmente — no comprende nadie. Le comprenden, sí, como media docena de iniciados, que aun no lo están, desgraciadamente, en las prácticas mecenianas. Se lanzó tras de su flecha ambiciosa y vive en el aire. Desde allí nos dice que él pinta para la posteridad. Será la posteridad, pues, quien adquiera sus lienzos.

Cuanto al joven Discóbolo—Tarín, como le nombra la fama, que ya tramonta las fronteras—, es nada menos que un portero; un portero grande, inmenso, único.

No crean ustedes — por si acaso — que uno de esos porteros ornamentados con grandes botones, encargados de hacernos saber que el *ascensor no funciona*, sino de los otros, esto es, de los que dan brillo, no a los metales de la cancela, sino al mismo nombre de la patria. Un portero romanceado con el bonito sobrenombre de guardameta.

Tarín es todo esto, y además es el orgullo de su equipo — Tachuela Club —. No sólo de su equipo, sino más bien el orgullo de Cabezamayor, la noble ciudad, surgida de la más densa obscuridad geográfica merced a las proezas de once beneméritos *equipiers*.

Cada vez que el Tachuela-Club, capitaneado por Tarín, se desplaza hacia alguno de los campos comarcales, Cabezamayor en pleno, como un solo hombre, se lanza en seguimiento de sus ídolos, y en particular de Tarín, que es, lógicamente, su hombre representativo.

—¡Qué traigas el triunfo, Tarín!

—¡Viva el gran capitán!...

—¡Viva el Tachuela!

Pero la gracia de los dioses no es eterna. Así, los encargados de fabricar, a golpes de popularidad, la fama de Tarín—Apolo de calzón corto y camiseta a rayas—, se han cansado, a lo que parece, de derramar sus dones. En consecuencia, Tarín, que hoy no era portero, sino medio centro, en una manera de sacrificio rendido a las exigencias del bien público, ha salido del campo con un tobillo fracturado.

Para Cabezamayor esto ha constituído un verdadero desastre, ya que la desgracia reseñada ha refilado hacia una finalidad trágica. Se ha perdido el partido, y, sobre él, la hegemonía gloriosa de la ciudad.

Pensando que Tarín se quede inútil para el juego, todos sus admiradores se han puesto a pensar en su porvenir. A uno se le ha ocurrido hacerle propietario, mediante una subscripción. A otro, de más luminosa mentalidad, hacer que el famoso guardavalla ingrese como portero auténtico en un cine o teatro de la ciudad. Mas parece que todas estas ideas serán desechadas ya que, afortunadamente, el pie del ídolo recobra por momentos su antigua actividad.



Y ahora, tranquilos por ese lado, un poco embriagados por la ola de optimismo que parece envolver a toda Cabezamayor, hagamos una de estas tonterías que sólo se le ocurren a uno en medio de estas rachas jubilosas. Visitemos la tienda donde Félix ha colgado sus últimas obras.

Dos o tres visitantes tienden sobre los lienzos sus miradas impregnadas de un cierto estupor.

—Esto—dice el crítico de arte—esto parece pintado por Gauguin. Fíjense; antes de la primera flor del impresionismo, antes de Cézanne, de Corot...

—A mí no me venga usted con historias — protesta uno de nuestros noventa cronistas deportivos—. Esto parece pintado con los pies. Y nada más.

Y entonces tercia en el diálogo el tercer visitante.

—Eso, no. Si Félix tuviera en los pies esa habilidad que usted le adjudica, otra sería su suerte.

Y ésta es la frase que, cerrando la cuestión, ha caído al suelo tintineando como un timbre de alarma.

En todos nosotros — menos en el cronista deportivo — ha habido como un sacudimiento nervioso.

PAPEL Y TINTA

'Del infinito amor", por Arturo Capdevila: Librería Cabaut y Cía., 1928.

"Del infinito amor", de Capdevila, es un bello breviario, en donde los amores de Abelardo y Eloisa, protagonistas de esta obra, se convierten en un poema de amor, de un excelso amor, muy diferente de aquellos "grotescos remedos que suelen por ahí llamarse amores".

Cuando la fatalidad los reunió —dice el autor—, Abelardo tenía treinta y ocho años; Eloisa, quince y estaba escrito que se habían de amar y que su amor sería de los pocos amores memorables de la raza.

Bien. Para la divina Eloisa, no hay sino un Abelardo: amante y poeta, numen de belleza y de amor. Y para éste, no existe otra mujer, que la sobrina del canónigo Fulbert, quien de pie, ante un atril, en el convento de Argenteuil, medita con los libros santos, cuando no sonríe y sueña con los libros profanos.

Y así, en torno de estos amores, el señor Arturo Capdevila nos va hilvanando sus propios amores; y, dejándonos aquí y allá, a través de sus sueños de poeta romántico, sus análogos deseos, sus infinitas inquietudes, hasta aquietarse un día, de cara, hacia el horizonte...

Leer pues, este libro, supone vivir de nuevo: rememorar sus pasados amores, en quien los tuvo; y en los otros, aprender a embellecer su vida.

"El indio del desierto", por Dionisio Schoo Lastra. Librería "El Palacio del Libro", 1928.

Lujosamente presentado, con multitud de interesantes grabados y oportunas reproducciones, en tricromías, de diferentes prendas y otros enseres de los años 1535 a 1879, el señor Schoo Lastra ha compuesto este libro bajo el evocativo título de "El indio del desierto" que se lee con agrado, y de un solo tirón. Pues, a más de tener capítulos de carácter histórico, también se entremezclan cuadros de intensa emoción y acertadas descripciones, en donde se advierte un mucho de fantasía; aunque, digamos a su favor, esto no perjudica en nada la parte documentada de su obra; vale decir, no quita la seriedad de ser este trabajo una página verídica de la conquista del desierto de la época del Gral. Roca.

En esta obra se describe, a veces con datos fidedignos, contados por sus propios autores, hechos o cosas vívidos por ellos mismos, dándonos así la sensación de una plena realidad, en cuanto se refiere a la pintura del ambiente de nuestra pampa, o a los carácteres de los hombres que actuaron en la campaña contra los indios, en más de la mitad de la provincia de Buenos Aires. Juntamente a estos episodios, hay otros que mantienen el interés, realzando el valor intrínseco de la obra misma.

Como puede verse, "El indio del desierto", de Schoo Lastra, es una obra que viene a enriquecer el acervo de nuestra literatura nacionalista.

'La gloria del tirano Rozas", por Félix Frías y "Obras completas", por Almafuerte: Librería "El Ateneo", 1928.

La biblioteca "Grandes escritores argentinos", acaba de publicar los tomos XIII y XIV, correspondientes a los epígrafes que encabezan estas líneas.

En el primero de ellos, "La gloria del tirano Rosas", se agrupan los escritos que encierran más valor permanente y que reflejan, de una manera indudable, los diversos aspectos de la múltiple personalidad de Dn. Félix Frías. Vale decir, que forman este volúmen una selección de los trabajos que integran las obras completas del escritor, periodista, orador, político y pensador; pues este hombre de acción, en vida, fué todo eso, y, más aún, hasta preconizó un catolicismo exaltado, sin dejar de admirar por eso, el fervor religioso de países como Inglaterra y Alemania.

Esta selección es tan importante, que, en verdad, nos es difícil poder destacar cual de los escritos es el más valioso; todos ellos nos parecen de sumo interés. Además de un oportuno prólogo subscripto por el Dr. Alberto Palcos, trae otro debido a la pluma de Dn. Domingo Faustino Sarmiento.

El tomo segundo, o sea las "Obras Completas", de Almafuerte (Pedro B. Palacios), se refieren al primer volúmen de poesías de los cuatro tomos — dos en prosa y dos en verso — que esta biblioteca piensa publicar más adelante, a fin de dar a conocer a sus admiradores o detractores, las obras completas del poeta Pedro B. Palacios, el cantor de la chusma.

Bienvenida sea esta buena iniciativa, pues era ya hora de que se conozca, en su versión original, toda la producción de este poeta — pensador, poeta — filósofo, e inspirado, original y apóstol de la poesía americana.

Las poesías aquí insertas, fueron recopiladas por Dn. Alfredo J. Torcelli, amigo del poeta, de acuerdo a los textos definitivos del autor.

Como puede colegirse, este primer tomo de las "Obras Completas", de Almafuerte, constituye toda una primicia.

José Mauricio PEIXOTO

"El hombre que se perdió a sí mismo", por Aristeo Salgueiro: Editorial Latinoamericana.

A su regreso de la capital de Cuba, a donde se dirigiera en el carácter de asesor de la Delegación Argentina a la Segunda Conferencia Internacional de Inmigración, el señor don Aristeo Salgueiro ha entregado a la imprenta un volumen de novelas titulado "El hombre que se perdió a sí mismo".

Estas producciones aún inéditas, reflejan el estado de madurez de este jóven escritor que ha logrado pulcritud en el estilo, claridad en los pensamientos y vigor en las imágenes.

Ya ha demostrado sus buenas condiciones de escritor en anteriores publicaciones en la prensa. Es un antecedente que ha sido superado por la edición que se anuncia.

El título de la obra de Salgueiro es el de la primera de las cinco novelas que la integran.

Son trabajos literarios interesantes y sugestivos.

Roque CEPEDA VERON

Fenómeno luminoso en el mar de las indias.

El capitán de un vapor inglés ha publicado en una revista técnica londinense una curinosa observación hecha por él en el mar, en el Estrecho de Malaca, hace pocas semanas.

Se trata de un fenómeno luminoso, de series de rayos curvilíneos, que parecen correr en el agua girando alrededor de un centro alejado, con la concavidad de los rayos vuelta en el sentido de la marcha.

El sistema de estas ondas era perfectamente regular; la anchura de las franjas luminosas fué estimada en unos dos metros, y su distancia es el doble de su anchura.

Lo más extraño del caso es que al paso de las franjas luminosas aparecían amplias manchas de fosforescencia marina, siendo aquéllas más sombrías en los intervalos.

Créese que este fenómeno pudiera tener origen en la fosforescencia de los organismos marinos, manifestado en circunstancias excepcionales y complejas.

Conocimientos útiles :: *Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar*

Impermeablización de los pavimentos. — Hay que empezar por tapar las ranuras que existen entre las tablas. Para ello se emplea un mastic a base de "cera de petróleo", subproducto del refino de los petróleos, y del cual se extrae la parafina. Se prepara en caliente la mezcla siguiente:

Cera de petróleo . . .	70 gramos
Cera de carnauba . . .	20 "
Cal hidráulica	20 "

Después se vierte en las ranuras previamente bien limpias de polvo, cuya presencia impediría la adherencia á la madera. Las ranuras, muy grandes, las ranuras sin fondo y los agujeros por donde se escaparía la susbtancia líquida, se tapan con un mastic compuesto de 5 partes de cera de petróleo y 3 partes de blanco de España pulverizado.

Para la impermeabilización propiamente dicha, conviene emplear la mezcla siguiente:

Cera de petróleo . . .	20 gramos
Parafina	100 "

Se frota el pavimento con el producto, y la masa se adhiere fuertemente á la madera. Basta aplicarla una vez al mes. Dura mucho más tiempo que la cera de abejas. Todos los días se pasa una rodilla húmeda, y cuando se ha secado el pavimento, se frota con una almohadilla de lana, la cual le da gran brillo.

Para quitar las manchas de barniz de las manos se frota la piel con trapos empapados en alcohol, y al mismo tiempo con piedra pómez pulverizada, y luego se lava con jabón blando y agua fría.

Si se emplea agua caliente con sosa, hay que aclararse las manos con vinagre para contrarrestrar la acción de la sosa.

Esmalte para metal. — Se hace una mezcla de silicato fósil, con un poco de ácido bórico, 200 gramos de grafito y 20 de ocre rojo. Se bate bien y se le añade 0.05 solamente de agua y 0.75 de vidrio soluble á la sosa.

Hecha la mezcla, que debe ser muy homogénea, se extiende con igualdad sobre las superficies metálicas que se deseen esmaltar y luego estas se pasan por el fuego, obteniéndose así el resultado apetecido.

Mastic para pegar los tubos de vidrio en el hierro. — Puede emplearse una simple mezcla de litargirio y de glicerina, haciendo con estos cuerpos una pasta consistente que adquiere una extraordinaria dureza al secarse.

Cuando el mastic ha de someterse á elevadas temperaturas se hace otra pasta, mezclando una parte de aluminio, cuatro de arena, una de cal apagada y media de bórax, en la suficiente cantidad de agua.

Para quitar las manchas de grasa de los tejidos de seda se disuelven en 200 gramos de alcohol 100 gramos de jabón cortado en pedacitos y con un cepillo de dientes suave, mojado en esta solución, se frota por el revés la parte manchada. El tejido de seda se coloca sobre un paño blanco muy limpio para hacer esta operación.

Cuando la mancha ha desaparecido se aclara varias veces con agua y se tiende el tejido sin retorcerlo.

Si la mancha es fresca y pequeña se coloca el tejido sobre el paño blanco y se toca la parte manchada con una muñequilla mojada en éter. Esto debe hacerse de día y lejos de la lumbre, porque el éter es muy inflamable y conviene tomar precauciones á fin de evitar accidentes.

Revelado de papeles de bromuro de diamidofenol ácido. — Un fotógrafo notabilísimo preconiza el empleo del revelador del diamidofenol combinado con bisulfito de sosa, á fin de obtener un baño ácido.

Su procedimiento tiene la ventaja de poderse aplicar a toda clase de papeles y de atenuar mucho cualquier exceso o falta de exposición.

El baño se compone de:

Agua	150 c. c.
Diamidofenol	1 gr.
Sulfito anhidro	2 gr.
Bromuro potásico al 10 por 100	5 c. c.
Bisulfito de sosa del comercio	10 c. c.

Antes de usarlo hay que agitarlo con una varilla de cristal y tener cuidado de no usar cubetas ni copas que contengan el menor rastro de sustancias alcalinas.

El baño se echa sobre la prueba colocada en la cubeta con la gelatina hacia arriba y si se forman burbujas de aire se quitan con un pincel.

El revelado no es muy rápido y se puede dar perfectamente el tono deseado.

El fijado se hace en hiposulfito y después se lavan y secan las pruebas como de ordinario.

Para ablandar el cuero de las mangas de riego que tanto inconveniente ofrece, cuando se endurece, para el funcionamiento de las bombas, no hay más que mojarlo en aceite de ricino hasta que esté bien esponjado.

Si no desaparece la rigidez hay que emplear un compuesto de cuatro partes del mejor aceite de linaza que se pueda encontrar, dos partes de aceite común, una de esencia de trementina, dos de aceite de ricino, media nada más de cera de abejas y 1|4 de pez.

Se funde y mezcla todo a fuego suave en una olla o puchero de barro, y cuando hierve, se moja en ella el cuero. Por muy gordo que sea, estará completamente empapado en menos de un cuarto de hora.

Se destruye la carcoma que ataca a los marcos y bastidores de madera de roble, frotándolos repetidas veces, y a cortos intervalos, con una esponja empapada en trementina, hasta que desaparezca todo rastro de polvillo de la madera.

Para limpiar los cepillos de la cabeza se echa media cucharada pequeña de amoníaco líquido, en un litro de agua fría y se lavan en ella durante unos momentos las cerdas, cuidando de que no se humedezca la parte de arriba del cepillo.

Los cepillos de cabeza no deben lavarse nunca con agua caliente, porque las cerdas se reblandecen.

El cristal se puede cortar con cualquier instrumento de acero siempre que éste se halle bien mojado en trementina en la que se haya disuelto alcanfor. En estas condiciones el acero corta el cristal como si fuera latón. Con una sierra hecha de un muelle de reloj y bien mojada en el líquido citado, se sierra perfectamente el cristal.

Se extermina la polilla de las alfombras poniendo encima de las partes infestadas un paño blanco humedecido y pasando sobre él una plancha caliente.

La operación hay que repetirla una o dos veces, con intervalos de quince días.

Las manchas de petróleo se quitan de la ropa con la siguiente mezcla: agua, 10 partes, jabón en polvo, una y aceite de anilina, una. Se empapa bien la mancha con esta preparación, y al cabo de cinco o seis minutos se lava con agua fresca. Si es preciso se repite varias veces la operación.

Una cucharada o dos de sal marina disuelta en agua caliente es el mejor preventivo contra el frío y los sabañones de las manos porque endurece la piel. El remedio no debe aplicarse a la cara porque quita la tersura del cutis. Se aplica por la noche.

Para barnizar las paredes húmedas no hay mejor que darles una mano de esta composición:

Goma laca en hojuelas ..	1 parte
Nafta	2 partes

Cuando se haya secado pueden empapelarse perfectamente sin temor a la humedad.

Para limpiar los tapones de corcho usados se los encierra en un recipiente dispuesto de tal suerte, que por medio de una chapa perforada se impida que sobrenaden, porque es muy importante que se bañen por completo en el líquido que hay que echar hasta cubrir la chapa. El líquido es agua hirviendo con una vigésima parte de ácido sulfúrico. A los quince o veinte minutos se tira este líquido y se echa agua clara, la cual se tira a su vez, para echar agua pura hirviendo que también se tira luego. Entonces se bañan durante media hora los tapones en una solución de 0'15 partes de alumbre en 8.500 de agua. Al sacarlos de este baño, se ponen los corchos al sol durante dos o tres días, teniendo cuidado de retirarlos por la noche de la intemperie.

La Empresa Reyes Hermanos

De las capitales norteñas de nuestro suelo, destácase con caracteres que la singularizan la de Tucumán a la que el verbo elocuente de Avellaneda — su hijo predilecto — denominara "Jardín de la República". Muellemente reclinada al pie del Aconquija y ofreciendo a la pupila absorta del peregrino el feérico espectáculo de sus vegas florecidas en perenne primavera, aromatizadas de naranjeros en flor, bajo la diafanidad de su cielo profundamente azul en las mañanas y luminosamente constelado en la gloria de sus noches tropicales...

Centro, esta urbe, de una cultura superior que condice, a maravilla, con la fronda y armoniosa naturaleza que la circunda, posee una sociabilidad exquisita, reflejada en las múltiples actividades que despliegan en el diario contacto de la vida de relación, sus mujeres, modelos de gracia y de belleza y sus hombres que reproducen el viejo tipo hidalgo de la estirpe.

Yunque y crisol de pensamiento, y de trabajo, cuenta Tucumán con esforzados "pionners" de progreso y, entre ellos, a los señores Reyes hermanos, que administran el teatro Odeón espléndida sala abierta a las manifestaciones más puras del Arte y cuyo empeño en difundir las obras maestras de la literatura y de la música clásicas y contemporáneas, como asímismo las novedades brillantes del mundo del tinglado, merece, con justicia, se estimule por el público que allí encontrará las nobles emociones que gustan los espíritus selectos y que significan el patrimonio intelectual, elevando el ya alto nivel de la propia cultura colectiva.

Entendemos que la empresa Reyes se mostrará accesible a cualquier sugerencia que reciba respecto al orden y calidad de sus funciones, allanándose al deseo del "soberano" y persistiendo en el loable propósito de realizar labor de superiores quilates, digno, por todo concepto, de conquistar su aplauso, y, con ellos, las voces de aliento precisas, para proseguir, sin cansancio, las jornadas del camino.

FRAY MOCHO con una periodística finalidad de difusión, en las precedentes líneas, subraya los estimables valores eficientes con que actúa la empresa de los señores Reyes hermanos.

Notas cinematográficas

EL CASO DE DOLORES DEL RIO SE JUSTIFICA POR SUS TRIUNFALES INTERPRETACIONES EN "RESURRECCION" Y "RAMONA". — En el cinematógrafo, durante este último tiempo, son incontables los artistas extranjeros que han figurado y figuran, en los elencos de las distintas compañías, y hasta diré que parece existir una manifiesta competencia entre ellas; por presentar algo completamente nuevo y de tierras remotas. Entre estas adquisiciones, está, Dolores Del Río, la sugestiva mejicana, de intrigante belleza. Su personalidad ha sido muy discutida, pero finalmente ha triunfado ampliamente. Sus dotes interpretativas, son superiores indiscutiblemente y forzosamente debía triunfar. Dolores fué descubierta por un director americano, Edwin Carewe; durante una fiesta, celebrada en Méjico. Le impresionó tan profundamente, que de inmediato le propuso actuar para el cinematógrafo. Dolores se mostró encantada. Ni su esposo, ni ella, a pesar de disfrutar de una excelente posición financiera y pertenecer a la mejor sociedad, lo titubearon en aceptar. Así fué como la bella Dolores llegó a la ciudad de los rascacielos. El ambiente le fué hostil al principio, pero muy pronto su encanto y belleza poco común conquistaron todas las simpatías.

El pueblo americano tiene marcada predilección por los artistas extranjeros, esto es indudable. De ahí el gran auge que éstos han tomado a últimas fechas. New York resulta una Meca obligada para el que quiere llegar a ser algo en el mundo de las candilejas; por no decir nada de Hollywood, lugar consagratorio de las estrellas del cine. El caso de Dolores del Río, mujer de exquisita sensibilidad artística, pero de ninguna apariencia teatral, que ha obtenido un éxito tan grande como rotundo es el caso de tantos otros, con sus mismos antecedentes. Es el amor del público, a lo desconocido, a la que se figura novelesco, a lo que su propia imaginación trata de rodear de misterio. Es más difícil para una belleza de California o de New York, triunfar allá, que para una Fraulein de Budapest o Viena, para una argentina española o mejicana. La eterna atracción de lo que no se conoce, por lo demás muy explicable por cierto. Y esto no otro, es el porque del éxito de tanto artista extranjero en los Estados Unidos.

Yo personalmente, conozco a Dolores del Río, y tengo de ella una muy grata impresión. Al poco tiempo de llegar ella a Nueva York, fuí comisionado por un común amigo, compatriota de la actriz, de presentarle sus saludos; pues este señor estaba en California en este tiempo. Fuí introducido, inmediatamente a su presencia, y atendido en la forma más gentil que darse pueda. Recuerdo que su encantadora belleza morena... armonizaba perfectamente, con una magnífica toilette color solferino. Sus negrísimos y lacios cabellos estaban sencillamente peinados, en un estilo muy parecido al que hizo famoso, la Cleo de Merode. Su rostro de una palidez ambarona, estaba animado por el brillo extraordinario de los ojos negros de mirada profunda y aterciopelada y por unos labios de grana que sonreían a menudo. Hablamos de Méjico su tierra natal, que yo había tenido oportunidad de conocer recientemente. No puede Ud. figurarse lo que yo deseaba venir a los Estados Unidos. Es un país tan maravilloso — me decía con su dulce voz — Pero le aseguro que me siento encantada de poder ahora hablar español con Ud. Es increíble como se echa lo menos, la tierra en que se ha nacido y el propio idioma. Pero, está Ud. contenta de ser actriz? le pregunté. — Nada puede gustarme más. Como que siempre fué mi sueño dorado...

"EL FANTASMA DEL MAR" —

Emocionante drama marino inspirado en la novela "White and Yellow", del famoso escritor Jack London. Producción Tyffany Pictures.

PERSONAJES E INTERPRETES

El capitán Blake, (Montagú Love;) Alice, su esposa, (Alice Lake;) Ben, el hijo de ambos, (Ray Hallor;) El contramaestro Spencer, (Tom Satschi;) Amina, una corista, (Dorothy Sebastián;) Pearl su compañera, (André Tournier;) Li, tabernero chino, (Sojin).

Síntesis del argumento. — Los cinco mástiles del "Alción" eran bien conocidos en muchas islas del vasto mar del Sur, refugio de aventureros de todos los países. Pero los isleños conocían más bien el buque por el nombre de "El fantasma del Mar", pues aparecía cuando nadie lo esperaba y desaparecía del mismo modo. Es que su dueño y capitán, William Blake, llevaba consigo el remordimiento o de una tragedia. En cierta ocasión, sospechando que su esposa pudiera tener relaciones culpables con el contramaestre Spencer, la embarcó en un bote junto con su hijo Ben y abandonó a ambos en medio del océano. El contramaestre Spencer yacía encadenado en uno de los calabozos del barco y en él descargaba sus iras de beodo y de loco el capitán Blake. Los lamentos del preso tenían aterrorizada a la tripulación, que creía hubiese fantasmas a bordo, pero nadie osaba acercarse a determinado lugar del entrepuente, pues se sabía que el capitán Blake castigaba con la muerte, como dueño y señor absoluto de su buque, cualquier indiscreción.

El capitán Blake, además del alcohol, tenía otra pasión: la de las mujeres. Cada vez que tocaba en un puerto isleño, desaparecía alguna. Por eso su presencia en la isla de Makemo, donde el chino Li tenía una taberna de dudosa reputación, producía temor. Unico "hotel" de la isla, allí se había refugiado Amina, corista de Broadway que hacía escala forzosa a causa de un naufragio, y Ben, joven desconocido llegado años antes en compañía de una dama a la sazón fallecida.

Al día siguiente "El fantasma del Mar" navegaba a velas desplegadas lejos de tierra, llevando a bordo dos nuevos huéspedes: la corista y Ben. Para el capitán Blake no había nada imposible. Codiciaba a la muchacha blanca y poco le importaba que estuviese enamorada de Ben, a quien maltrataba sin piedad, y sin saber que fuera su propio hijo, aquél a quien abandonara con la madre en alta mar.

Cansada la tripulación de malos tratos, se produce un motín. Una lucha horrible tiene lugar y el capitán Blake queda preso en el calabozo del contramaestre, mientras el buque se incendia y se hunde poco después, arrastrando a los abismos los últimos vestigios del drama que paseó por toda la Oceanía. Solo dos de los náufragos se salvaron: Amina y Ben, quienes recatados de la resaca hirviente, van a tierras mejores a recomenzar la vida sobre una base de recíproco amor.

"EL PARAISO TERRENAL" APLAUDIDO. — Cuando se pasó en el Teatro "Roxy" de la ciudad de Nueva York la producción Tiffany Stahl titulada "EL PARAISO TERRENAL", la concurrencia, que ascendía a la enorme suma de 6.000 personas aplaudió al final de la exhibición.

El Teatro "Roxy" de Nueva York, es sin duda alguna, sino el principal, uno de los más importantes cinematógrafos del mundo entero, y el público que allí asiste es la mejor crítica que puede soportar una película. El éxito de "EL PARAISO TERRENAL", es justificado, pues es una hermosa producción, interesante de todo punto de vista.

Esta película ha sido filmada en una de las islas del Sud, en el Océano Pacífico y no solo interesa por su trama, sino también por el sinnúmero de animales salvajes que en ella aparecen, como asimismo por verse la erupción real de un volcán, con sus innumerables ríos de lava que cubren en un momento el total de la isla en que se desarrolla el drama.

Esta película se distribuye en la Argentina por la Corporación Argentino Americana de Films, y fué recientemente estrenada en los primeros salones de Buenos Aires.

AGENCIA DE MONTEVIDEO.— Hasta hace poco la Corporación Argentino Americana de Films estaba representada en la República Oriental, por la National Film de Montevideo. Desde la fecha, la oficina de Montevideo, será una agencia directa, cambiándose el nombre de National Film, por de "Corporación Argentino Americana de Films".

LA PRIMERA GOTHAM DEL AÑO 28. — La Productora Gotham Film que ha venido mejorando día a día la calidad de sus películas acaba de terminar la primera producción que corresponde al plan de trabajo del año 1928. Este film viene a justificar las esperanzas que se habían puesto en las producciones de esta Compañía, pues ella será sin duda alguna, muy apreciada por el público.

El título en inglés es: "SAN FRANCISCO NIGHTS", y en ella trabajan artistas de renombre tales como Percy Marment, Mae Busch y Tom O' Brien.

"SAN FRANCISCO NIGHTS", será estrenada por la Corporación Argentino Americana de Films, en el presente mes, en su programa Arte Especial, y bajo el título de "ALMAS HUERFANAS".

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLÍFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

N.o 10 — CHARADA

Prima, tercera, segunda
una prenda es de vestir,
llegando sin la *tercera*
edificio a construir.
La *primera* con la *quinta*
de un verbo es *prima* persona
que invertida, la cabeza
de muchas viejas corona.
Yo no *tercia cuarta quinta*,
porque es mala educación,
mas sin la *cuarta* un objeto
resulta de adoración.
Por fin, para terminar,
te diré, caro lector,
que es mi *todo* para un novio
lo que persigue en su amor.

N.o 11 — COMPRIMIDO

D N
500
D N

N.o 12 — JEROGLIFICO

1
RE
MI FA
SOL LA SI

N.o 13 — JEROGLIFICO

Nota 50 Nota F
I 100 A R
Pedro Gonzalez

N.o 14 — CHARADA

Era *tercia*, solo *tercia*,
un precioso *prima dos*,
que al dios *primera* doblada,
en gracias aventajó.
Al año doble *segunda*
de encontrarse en mi poder,
murió el pobre, envenenado
por muchas nueces comer.
Amigo querido: el *todo*
el álgebra al estudiar
debes haber conocido,
pues en ella es muy usual.

N.o 15 — INTERPRETATIVA



N.o 16 — JEROGLIFICO



N.o 17 — COMPRIMIDO

DA DE
DO DU K 2

N.o 18 — CHARADA

Por que dije que el *todo* era el de la lucha y no de prima dos, el profesor me plantó un golpe con la *segunda tres* que me hizo dar una *segunda prima dos*. Desde ese momento he confesado que tiene la *segunda tres* menos suave que la de *segunda dos*.

N.o 19 — COMPRIMIDO

K M A

N.o 20 — ADIVINANZA

—¿Qué fué lo más dramático del Diluvio?

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

N.o 1—El hombre tiene en el perro su más fiel defensor.
„ 2—Domadura.
„ 3—Unos pequeños granujas.
„ 4—El codo derecho.
„ 5—Escuche usted tres palabras.
„ 6—María.
„ 7—Letra devuelta.
„ 8—Cencerro.
„ 9—Pa los patos.

Una industria del Canadá

La extracción de azúcar del arce

Entre las múltiples variedades de la familia de las Acerinas, existe una el "Acer saccharinum" o arce del azúcar oriunda del Canadá y de la parte Nordeste de los Estados Unidos, que es una verdadera fuente de riqueza en aquellos países, sobre todo en las provincias canadienses de Ontario y de Quebec, en donde la extracción del azúcar de este valioso árbol ha llegado a constituir una industria verdaderamente nacional.

Florece el arce en abril y mayo y adquiere de ordinario una altura de 10 á 12 metros, llegando a veces hasta 24 metros.

El beneficio del azúcar obtenido con su savia es tan grande, que la producción aumenta de año en año, habiéndose triplicado su explotación en pocos años.

Aparte del azúcar que produce, este arce es muy apreciado por su madera, que es excelente y se emplea en Norteamérica para hacer cajas de fusil, obras de torno y trabajos de ebanistería.

En otro tiempo el jugo vegetal de estos arces del azúcar se recogía en grandes cuencos de madera o de corteza de sauco, y en este jugo se echaban piedras calentadas al blanco en el fuego de grandes hogueras.

Por medio de este sencillo y primitivo método el líquido azucarado entraba en ebullición y se quedaba convertido en espeso jarabe, listo ya para el consumo.

La industria ha ido poco a poco perfeccionando el sistema, y los grandes idustriales emplean métodos más modernos y efectivos, pero aún quedan muchísimos pequeños labradores en el Dominio del Canadá que conservan el antiguo procedimiento indio de las piedras candentes, pues están convencidos, según dicen, que el azúcar de arce o "maple sugar", según se llama allí, pierde mucho de su sabor si se trata por los procedimientos modernos. A pesar de todo, el sistema de las piedras lo han modificado, mejorando algún tanto su manipulación.

El procedimiento para la extracción del jugo del arce se parece bastante al que aquí empleamos para obtener la resina de los pinos. De un hachazo se abre la herida en la parte baja del tronco de la acerina, y allí se sujeta con alambre o cuerda, una vasija de madera de una sola pieza y de madera bien curada, en donde se va recogiendo la savia que corre con abundancia.

Cada dos o tres horas, un hombre provisto de un par de cubos de madera, recorre los árboles sangrados y va transvasando el jugo de las vasijas a los cubos preparados al efecto.

De trecho en trecho, en los claros del bosque se alzan trípodes que sostienen sobre un fuego vivo y constantemente alimentado, enormes calderas en donde se echa la savia recogida para que hierva al aire libre y por la evaporación del agua adquiera el espesor deseado.

El espeso jarabe o melaza así obtenido contiene muchas impurezas, y presenta un sucio color obscuro. Esta substancia se somete después a operaciones que tienen por objeto purificarla y refinarla para darle un aspecto aceptable en el mercado.

Desde hace ya más de cincuenta años, esta industria se ha modernizado considerablemente, gracias al establecimiento de fábricas azucareras en los grandes bosques de arces de la provincia de Quebec que es la que va a la cabeza de esta industria, en el gran Dominio del Canadá.

En estas explotaciones, ya no se emplea el hacha para sangrar los árboles sino que se perfora el tronco con una larga barrena que atraviesa todas las capas por donde circula la savia. En el agujero que deja el taladro, se introduce un tubo metálico que tiene en la extremidad, que queda fuera del tronco un gancho del que pende un recipiente de metal blanco rerrado para qué no caigan impurezas al recibir el jugo de la sangría.

La savia se recoge en los recipientes y se va echando en grandes cubas que en carros son llevadas a la factoría donde se echa en grandes depósitos cerrados donde se la hace hervir para la evaporación y condensación.

Finalmente, después de la evaporación del líquido azucarado en grandes pilas de metal, el jarabe resultante se mete en bidones para llevarlo al mercado o se dispone para la exportación.

TEATROS

"QUERER", EN LA COMEDIA

Por lo común, la debilidad de los novelistas es la psicología femenina, y, en el teatro, abundan los escritores afectos a trazar heroínas y ofrecer problemas sentimentales en que se ven envueltas las mujeres. El señor Miguel H. Escuder, ha dado varias piezas a la escena nacional, en la mayoría de las cuales se ha complacido en presentar tipos femeninos en trance de conflicto de amor.

En "Querer", comedia en tres actos que ha estrenado en la Comedia recientemente la compañía Rivera - De Rosas - Franco, el autor ha querido, sin duda, superarse a sí mismo, ideando y desarrollando un asunto harto delicado por la calidad de los personajes que actúan en la fábula, que aparecen, en ciertos momentos, accionando y reaccionando como sólo pueden hacerlo seres que superponen la delicadeza del espíritu a los mandatos subalternos de la materia. Así, mejor que ningún otro, parece ser la protagonista, Nora, esposa del novelista Jorge, quien desbarata la dicha del hogar con sus culpables amores con Elena, hermana de Nora. Esta pasión criminal, lejos de provocar venganza en Nora, la mueve a poner en evidencia toda su capacidad de sacrificio, eliminándose en una renunciación que está más cerca de la novela que de la vida.

Sería injusto negar determinados aciertos en la elección de efectos, como el final del primero y segundo actos, que acreditan dotes de comediógrafo en el señor Escuder; pero tampoco sería justo afirmar que la obra "Querer" cuenta con mayores virtudes que defectos. Entre éstos, puede citarse la exagerada extensión del primer acto y la abundancia de episodios ajenas a la acción principal.

Las actrices Rivera y Franco matizaron bien sus respectivos papeles, imprimiéndoles feminidad y relieve. De Rosas interpretó correctamente el Jorge, personaje que por momentos enturbia su psicología.

"MAMA ESTA CABRERA" EN EL LICEO

Si se recuerda el franco éxito alcanzado en la época de su estreno por la pieza de Federico Mertens titulada "Mamá Clara", no ha de extrañar que la reducción de la misma a un acto, hecha por el autor, haya gustado ahora al público del Liceo. Bien es verdad que el papel de protagonista estuvo a cargo de Orfilia Rico en la versión original, pero sin pisar el odioso terreno de las comparaciones, cabe asegurar que en la representación de "Mamá está cabrera", Pierina Dealessi llenó holgadamente su papel (un papel nuevo para el público, creación de la inteligente artista), sin que el recuerdo dejara a nadie descontento.

La pieza ha ganado en agilidad, sin que ello haya afectado la comicidad de la obra. Pocas variaciones ha experimentado el asunto, y, en cuanto al diálogo, no cabe decir sino que ha conservado sus efectos reideros en toda su integridad.

Compartieron con el autor los aplausos, además de la primera actriz, nombrada, los demás elementos de la compañía.

"GIACOMO MUSSOLINI (Acrata)" EN EL COMICO

Dos Antonio, Botta y De Bassi, se han reunido una vez más para llevar a la escena una pieza cómica que, si la memoria no nos traiciona, está vagamente vinculada a otra producción de los mismos autores. No constituiría ello ninguna especie de delito, puesto que la repetición no es cualidad privativa de los relojes ni de los mensajes presidenciales.

En esta obra se explota la veta cómica que ofrece un pobre diablo metido a petardista por la influencia de lecturas ácratas, igual que hay repentistas literarios bajo los efectos tóxicos de ciertos circulillos del sovietismo artístico.

De gran hilaridad son los episodios a que dan lugar el entusiasmo del neófito y su miedo cuando la suerte o la desgracia lo ponen a prueba. Si a ello se agrega que el papel de terrorista aterrorizado está a cargo de Arata, no hay que entrar en más detalles para explicar el éxito alcanzado por esta pieza.

"LOCOS DE REMATE" EN EL SMART

Octavio Sargenti se ha especializado en la confección-valga, por lo expresiva, la palabra — de pochades, que siempre han resultado del agrado del público. Y si ocurre que la dificultad principal en esta clase de obras estriba en la complicación progresiva del argumento hasta presentar una madeja inextricable, ello es el fuerte de este autor, que con rara habilidad mantiene la brújula en sus viajes alrededor de un lío y va conduciendo con mano segura al espectador hasta un final más o menos sorpresivo, a través de complicaciones que se retuercen y entrecruzan cada vez más, sin que por ello se pierda la línea general de cada personaje y de su vinculación entre sí y con la trama fundamental.

En "Locos de remate" las situaciones se tornan más enrevesadas por la mezcla de locos y cuerdos en la acción, obedientes todos ellos a la orden de divertir al público, única finalidad del autor y, por cierto ampliamente lograda, por Ruggero y su compañía.

AL POLITEAMA

El 14 del actual debutará en el Politeama la compañía italiana que encabezan Dora Menichelli, Migliari y Pescatori, la que desarrollará una breve temporada de despedida, pues regresan a Europa dentro de un par de meses.

JOSE GOMEZ

Ha reprisado la compañía de José Gómez, que actúa en el Ateneo, la pieza dramática de Vacarezza, "La casa de los Batallán", preparando la reposición de la obra de Florencio Sánchez, "Barranca abajo", título que asociará al lector el recuerdo del malogrado actor Pablo Podestá, que creó el protagonista.

PARRA PREPARA...

...una novedad, para cuando "En Villa Bonete" no quede un sólo habitante. Ensaya "El barón de don Florencio", pieza cómica de Ricardo Hicken, autor que ha tenido sonados cohetes y halagadores aplausos con muchas comedias estrenadas por Parra.

Esperemos, pues, que el ingenioso ingeniero teatral haya concebido y realizado su "varón" escénico con arreglo al más acertado cálculo infinitesimal, materia la más difícil en ingeniería.

ACTRIZ QUE NIEGA DOS VECES

La compañía de la Sra. Olona ha debido estrenar el viernes la última comedia de Jacinto Benavente, obtenida en exclusiva y que se titula "No quiero, no quiero". A su hora el cable notició el éxito de la obra al estrenarla la Xirgú en Madrid.

La repetida negativa, dicha por la Olona, motivará nuestro comentario en otro número.

BUENOS AIRES

Al éxito de 'El cabo Rivero", que ha pasado las trescientas representaciones y continúa en cartel, hay que agregar ahora el de la pieza de Manuel Romero, "Gran circo Rivolta", que sigue interesando. Veremos cuando renueva Muiño su cartel.

PERDIGUERO

"El día menos pensado", de Antonio Estremera, pieza obtenida en exclusiva por la compañía que actúa en el Mayo, ha sido dada a conocer con aplauso. En otra edición, comentarios.

VALERO Y COMPAÑIA

A pesar de que en "El país de los deseos", no es el más deseable de los países revisteriles, la compañía que dirige Valero en el Avenida lo defendió con plausible espíritu espartano. Quizás a estas horas ya esté en escena "A morir los caballeros o ya mandan las señoras", clasificada como zarzuela-revista futurista madrileña, con la que piensan ganar laureles y pesetas. Amén.

ESTRENO LA PAGANO

En momentos de ponerse en prensa esta edición, la compañía que dirige Angelina Pagano estrenó la comedia dramática en tres actos del celebrado escritor Dr. Ricardo A. Paz, "La ley de las madres", a la que aludiremos próximamente.

NADA NUEVO EN EL NUEVO

La compañía de Roberto Casaux se mantiene en sus trece — si es que el trece es el número de la suerte — con las piezas "La calle Corrientes" y "Colón era gallego".

Sigue la buena racha para Casaux que ha encontrado en el teatro por horas la solución que buscaba para volver a ver llena la sala como en los mejores días.

EL BATACLAN

Sigue funcionando todavía el bataclán en algunos teatros de la capital, con el reducido público que aún cree divertirse viendo piernas torcidas y escuchando pavadas sin picardía, a fueza de groseras y chabacanas. El género está llamado a desaparecer, por lo menos de los teatros céntricos, lo que es de desear ocurra cuanto antes para que no tengan que peregrinar por provincias o el extranjero buenos artistas, a causa de encontrarse ocupadas las salas de la capital.

LA CUESTA DE AGOSTO

La cuesta de agosto se hace sentir en todas las salas de espectáculos y hasta ha sembrado el pánico en muchas partes. Cada teatro ha tratado de buscar la mejor solución, ya sean estrenos o reposiciones, pero lo que nos resulta más ingenioso y acertado es lo resuelto por el Nacional. En efecto, es lo que dice Carcavallo: ¿Hay que subir la cuesta de agosto? Pues nada hay como un cadenero.

Y dicho y hecho. Será enganchado al cartel del Nacional en estos días, "El cadenero" que ha llevado allí Camilo Darthés y que según las referencias que poseemos, es de muy buena estampa.

Merece sinceros plácemes la iniciativa, sobre todo si "El cadenero" no se tira a muerto y llena cumplidamente su importante misión.

GRAND SPLENDID

La hermosa sala de Max Glücksmann desarrolla su temporada con el mayor éxito, siendo este cine el que atrae mayor número de familias de la aristocracia y de las clases pudientes.

En la semana en curso, la pantalla ofrecerá bonitos espectáculos cinematográficos, del mejor gusto artístico y más alta moral.

CAPITOL

Mucho público asiste a las funciones de esta sala, cuyo prestigio radica en los largos años que funciona. "Ramona", bella producción, ha sido muchas veces exhibida y se preparan novedades de gran interés para fecha próxima.

GLORIA

La acreditada sala de la avenida de Mayo que regentea con celo el señor Marcos Sánchez, sigue siendo una de las bien concurridas. Los carteles se renuevan casi diariamente y el público sale satisfecho de las películas que se pasan.

PARC

Este lindo salón situado frente a la plaza Italia, prosigue atrayendo a sus funciones las mejores familias de las inmediaciones, con la excelencia de sus programas, siempre interesantes.

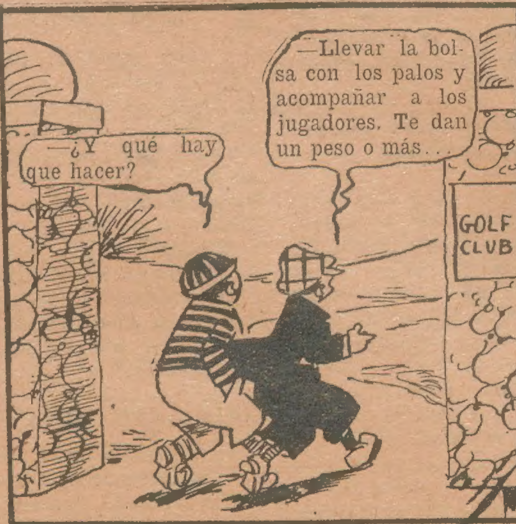
CORREO TEATRAL

Apuntador. — Sí, todo eso está muy bien y es muy de tenerse en cuenta, pero lamentamos decirle que en eso no podemos llevarle el apunte.

Amapola. — Por ahora no es fácil que esa compañía venga a Buenos Aires.

Y. I. N. — Muchas gracias.

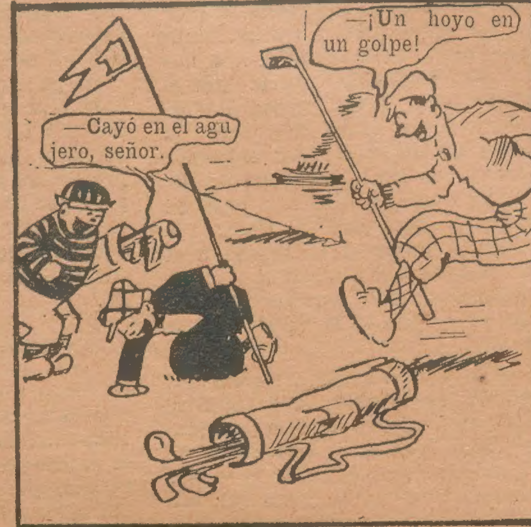

—Claro está que quiero ganar plata. ¿Cómo?
—Vamos al Club


—¿Y qué hay que hacer?
—Llevar la bolsa con los palos y acompañar a los jugadores. Te dan un peso o más...
GOLF CLUB

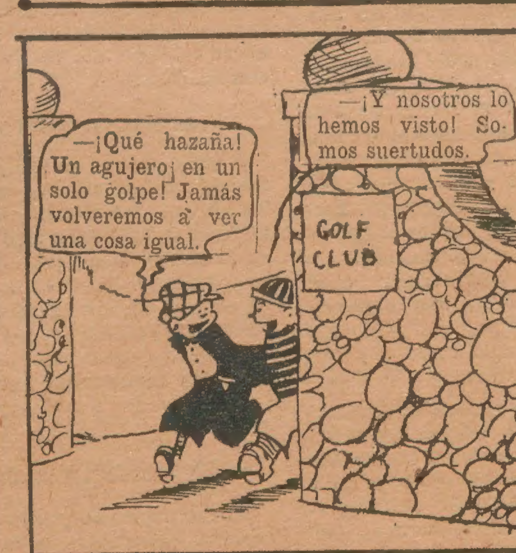

—Tengan... y sobre todo no se rían.


—Es lindo este trabajo
—Y muy divertido, porque a veces están media hora sin darle a la pelota... Pero si te ven reir se cabrean.




—Cayó en el agujero, señor.
—¡Un hoyo en un golpe!

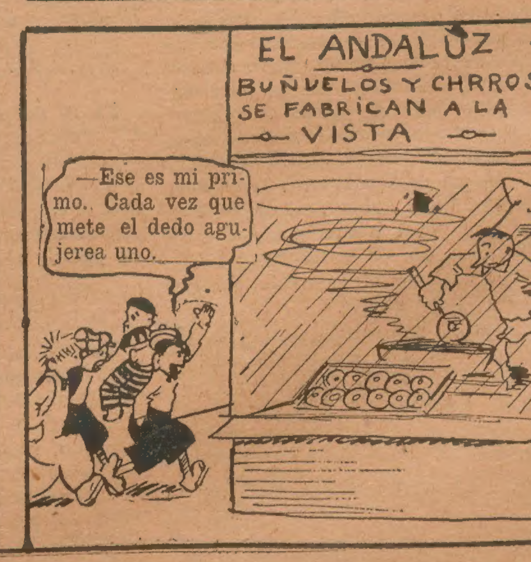

—No juego mas ....Hice un hoyo en un golpe... ¿Ustedes lo vieron muchachos? Les daré buena propina.


—¡Qué hazaña! Un agujero en un solo golpe! Jamás volveremos a ver una cosa igual.
—¡Y nosotros lo hemos visto! Somos suertudos.
GOLF CLUB


—Nosotros hemos visto una cosa que ustedes no verán aunque vivan un millón de años.
—¿Lo qué?


—Hemos visto a un jugador de golf que hizo un agujero de un solo golpe... Eso no lo hace nadie ni en un billón de años.
—¡Gran cosa! Mi primo, el Andaluz, hace un agujero de cada golpe


—¿Cómo? ¡Qué! ¡Macana!
—¿No me quieren creer? Vengan.


EL ANDALUZ
BUÑUELOS Y CHRROS SE FABRICAN A LA VISTA
—Ese es mi primo.. Cada vez que mete el dedo agujerea uno.

ULTIMAS CREACIONES DE LA MODA FEMENINA



1. Modelo Bernard. — Abrigo de lana color herrumbre, guarnecido con astrakán gris. 2. Modelo Félix Dupouy. — Traje sastre confeccionado en lana con fondo color "hierba doncella" y cuadriculado habana. Los tres bolsillos de la chaqueta así como el cinturón y el cuello están confeccionados con raso "hierba doncella" liso. Los botones que guarnecen la espalda están hechos con seda milanesa "hierba doncella". 3. Traje "trotteur" correcto, compuesto de chaqueta de fina sarga negra y falda de lana cuadriculada negro sobre fondo blanco, ribeteada con seda negra. La parte superior del traje es de crespón Georgette color azul cobalto.

BAGLEY

presenta su nueva creación

GALLETITAS

Merengadas

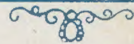


ALGO totalmente nuevo en galletitas. Masa tostada y quebradiza con relleno de crema de chantilly combinado con coco. Su rico sabor suave y delicado, será una revelación para Vd.

Muy livianas y nutritivas, son también un verdadero manjar para los chicos.

Con el te, licores o vinos generosos, dan una nota de distinción.

En vistosos envases de 1/4 y 1/2 kilo









Tall. Gráf. A. GARCIA & Cía. Perú 1746.